

EL SECRETO DE KILLIMOOIN

Enid =
Blyton



Lectulandia

Estos textos relatan las trepidantes andanzas de unos niños siempre en camino hacia la aventura: Nora, Peggy, Paul, Mike y Jack, un grupo solidario que todo lo realiza en equipo.

En esta ocasión los chicos reciben una invitación del padre de Paul, el rey de Baronia, para pasar las vacaciones y visitar su bonito país. Una vez allí, conocerán las hermosas montañas Killimoooin que encierran un bosque totalmente inaccesible: el Bosque Secreto.

¿Cuál es el misterio que encierra el Bosque Secreto?

¿Qué aventuras les estarán esperando allí?

Lectulandia

Enid Blyton

El secreto de Killimooïn

Colección Secreto - 04

ePub r1.2

Prometheus 25.05.14

Título original: *The secret of Killimooine*
Enid Blyton, 1943
Traducción: María Victoria Oliva Buxton
Ilustraciones: José Correas
Diseño de cubierta: José Correas

Editor digital: Prometheus
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO UNA BUENA SORPRESA

En el andén de la estación había tres muchachos que, llenos de emoción, esperaban la llegada del tren.

—Se ha retrasado —dijo Mike con impaciencia—. Ya pasan cinco minutos de la hora.

—Yo daré las noticias a las niñas —dijo Jack.

—No, se las daré yo —replicó el príncipe Paul, y sus grandes ojos negros relucían—. Son noticias mías, no vuestras.

—Está bien, está bien —dijo Mike—. Habla tú a Nora y a Peggy. ¡Pero no tardes demasiado si no quieres que intervenga yo!

Los tres niños esperaban a Nora y a Peggy, que regresaban del colegio para pasar las vacaciones de verano. Mike, Jack y el príncipe Paul iban al mismo pensionado, y los tres habían llegado el día anterior. Mike era el hermano gemelo de Nora, y Peggy hermana de los gemelos, a los que llevaba un año.

Jack era hermano adoptivo de los tres. No tenía padres. Por esto el capitán Arnold y su esposa, que eran los padres de los tres hermanos, lo habían acogido en su familia y lo consideraban como un hijo más. Lo llevaban al mismo pensionado que a Mike, y Jack se sentía muy feliz.

El príncipe Paul también iba al mismo colegio que Mike. Era muy amigo de los niños, porque, hacía dos años, lo habían libertado de la prisión en que lo tenían sus secuestradores. Su padre era el rey de Baronia, y el príncipe pasaba la vida entre el pensionado inglés y las vacaciones en Baronia, su lejano país. Era el más joven de los cinco.

—¡Ya llega el tren! ¡Viva! —gritó Mike al ver a lo lejos una nube de humo blanco.

—Las niñas estarán asomadas a las ventanillas —dijo Jack.

El tren se acercaba y la máquina resoplaba cada vez con más fuerza. Corrió a lo largo del andén, fue aminorando su velocidad y al fin se detuvo. Las puertas se abrieron.

El príncipe Paul empezó a gritar:

—¡Miradlas! ¡Están allí, en el centro del tren!

Así era; allí estaban las risueñas caras de Peggy y Nora, asomadas a la ventanilla. Luego, la portezuela de su departamento se abrió y las dos niñas saltaron al andén. Nora tenía el pelo oscuro y rizado, como Mike. El pelo rubio de Peggy relucía al sol. Había crecido, pero era la Peggy de siempre.

—¡Peggy! ¡Nora! ¡Qué alegría volver a veros! —gritó Mike.

Abrazó a su hermana gemela, y también a Peggy. Los cinco niños rebotaban alegría al volver a verse juntos. ¡Habían corrido tantas aventuras, habían compartido

tantas dificultades, peligros y emociones!... Era magnífico estar reunidos de nuevo y poderse decir: ¿Recuerdas esto? ¿Te acuerdas de aquello?

El príncipe Paul empezó por comportarse tímidamente con las niñas. Les tendió la mano con un gesto de buena educación. Pero Peggy lanzó una exclamación y echó los brazos al cuello del príncipe.



—¡Paul! ¡No seas tonto! ¡Dame un abrazo!

—Paul tiene noticias —dijo Mike, recordando este detalle súbitamente—. ¡Desembucha ya de una vez, Paul!

—¿Qué tienes que decirnos? —preguntó Nora.

—Que he recibido una invitación para todos vosotros —contestó el príncipe—. ¿Queréis venir conmigo a Baronia para pasar allí las vacaciones?

Las dos niñas dieron un salto de alegría.

—¡Iremos a Baronia contigo, Paul! ¡Ha sido una gran noticia!

—¡Una noticia maravillosa!

—¡Desde luego será maravilloso! —exclamó Paul, radiante—. Estaba seguro de que os alegraríais. Mike y Jack están también entusiasmados.

—Un viaje a Baronia será una verdadera aventura —dijo Mike—. ¡Un país oculto entre montañas, con pocas pero hermosas ciudades, con centenares de pueblos escondidos y grandes bosques!... ¡Será algo soberbio!

—¡Oh, Paul! ¡Qué amable ha sido tu padre al invitarnos! —dijo Nora rodeando con el brazo los hombros del príncipe—. ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar?

—Poco. Iremos en mi aeroplano —dijo Paul—. Ranni y Pilescu, mis dos guardianes, vendrán mañana a recogerlos.

—¡Es demasiado hermoso para ser verdad! —exclamó Nora, bailando de alegría.

Tropezó con un mozo que iba cargado.

—¡Oh, perdón! Ha sido sin querer... Bueno, vamos a recoger nuestro equipaje. ¿Veis algún mozo desocupado?

Pero no había ninguno disponible, y los cinco niños tuvieron que esperar. No les importaba. ¡Nada les importaba! Era maravilloso irse al país de Paul al día siguiente.

—Nosotras creíamos que iríamos a la playa con papá y mamá —dijo Nora.

—Íbamos a ir —dijo Jack—, pero ayer llamó por teléfono el padre de Paul y dijo que mandaba el avión para recoger a su hijo y que podíamos ir con él todos nosotros si nos lo permitían.

—¡Y ya sabéis que a papá y a mamá les gusta que viajemos, que veamos y aprendamos muchas cosas! —dijo Mike—. Les gustó tanto como a nosotros, aunque les supo mal que no podamos estar con ellos durante las vacaciones.

—No nos llevaremos mucha ropa —dijo Jack—. Paul dice que nos vestiremos con trajes baronianos, que son mucho más vistosos que los nuestros. ¡Me pasaré el día pensando en que visto de un modo raro y gracioso!

Las niñas se miraron alegremente. Ya se veían vestidas con faldas anchas y blusas de vivos y alegres colores. Se sentirían verdaderas baronianas.

—¡Bueno, basta de charla! —dijo Nora—. Hemos de ver si encontramos a alguien que nos lleve el equipaje. El andén está ya casi vacío. ¡Eh, mozo!

Éste se acercó arrastrando su carretilla vacía. Puso encima las maletas de los

niños y las arrastró hasta la salida. Allí buscó un taxi y los cinco muchachos subieron a él. Aquella noche la pasarían con sus padres.

La familia se reunió para la merienda. La alegría era general. El capitán Arnold y su esposa sonreían al ver a los niños tan emocionados. Regresar a casa para pasar las vacaciones era siempre un acontecimiento feliz, pero regresar a casa y enterarse de que todos se iban a Baronia al día siguiente era tan emocionante que casi no se podía expresar con palabras.

En años anteriores los niños solían explicar los acontecimientos del curso: lo que se habían divertido jugando al tenis, o lo competidos que habían sido los partidos de críquet, o lo hermosa que era la nueva piscina, y lo pesados que habían sido los exámenes. Pero esta vez no se decía nada de lo que había pasado durante el curso que acababa de terminar: sólo se hablaba de Baronia; Paul rebosaba de satisfacción al verlos a todos tan contentos, pues estaba orgulloso de su país, como es natural.

—Baronia no es muy extensa —dijo—, pero sí muy hermosa. Es un país selvático. Ya veréis sus imponentes montañas, sus inmensos bosques, sus pintorescos poblados. Sus hombres son nobles y rudos; sus mujeres, bonitas y simpáticas; sus comidas, deliciosas.

—¡Hablas como un poeta, Paul! —exclamó Peggy—. ¡Continúa!

—No —dijo el príncipe, poniéndose colorado—. Os reiríais de mí. Los ingleses sois un poco raros. Amáis a vuestro país, pero no lo alabáis. En cambio, yo podría estar hablándoos horas y horas de las bellezas de Baronia. Y no sólo de sus bellezas, sino también de sus bandidos.

—¡Oooh! —exclamó Peggy, entusiasmada.

—Y de los animales feroces que hay en las montañas —añadió Paul.

—¡Los cazaremos! —gritó Mike.

—Y de los caminos secretos que hay en las laderas de las montañas y de los espesos bosques que nadie ha explorado todavía...

—¡Salgamos ahora mismo para Baronia! —dijo Nora—. ¡No puedo esperar más! Seguramente tendremos aventuras, aventuras tan emocionantes como las que hemos tenido otras veces.

El príncipe movió negativamente la cabeza.

—No, no tendremos aventuras emocionantes en Baronia. Viviremos en el palacio de mi padre y mis guardianes nos acompañarán a todas partes. Desde que me secuestraron, no me permiten ir solo por Baronia.

Sus amigos le miraron desencantados.

—Desde luego —dijo Mike—, da mucha importancia eso de tener guardaespaldas, pero es un engorro. ¿Nos permitirán subir a los árboles y otras cosas por el estilo?

—A mí nunca me lo han permitido —dijo Paul—. Pero allí soy el príncipe y

siempre he de portarme con dignidad. Aquí puedo hacer cosas que allí no hago.

—¡Eso es verdad! —dijo Mike mirándole con una sonrisa—. ¿Quién atravesó el estanque de los patos para recoger la pelota y salió cubierto de barro?

—¿Y quién se hizo jirones el abrigo al saltar la cerca de espino, huyendo de una vaca furiosa? —preguntó Jack.

—Yo —dijo Paul—. Pero aquí soy igual que vosotros y he aprendido a portarme de un modo distinto. Cuando vayamos a Baronia también vosotros tendréis otros modales. Por ejemplo, habréis de besar la mano a mi madre.

Mike y Jack le miraron, inquietos.

—¡No entiendo mucho de esas cosas! —exclamó Jack.

—Y tendréis que aprender a inclinaros —dijo el príncipe muy divertido—. Así.

Se inclinó gentilmente. Luego se irguió y juntó los tacones con un golpe seco y sonoro. Las niñas se reían de buena gana.

—Será graciosísimo ver a Mike y a Jack hacer estas cosas —exclamó Nora—. Debéis empezar a hacer prácticas ahora mismo. A ver, Mike; inclínate ante mí. Y tú, Jack, bésame la mano...

Los muchachos protestaron.

—No seas tonta —refunfuñó Mike—. Si he de hacerlo, lo haré; pero no a ti ni a Peggy.

—No creo que la etiqueta sea tan rigurosa como la pinta Paul —dijo la señora Arnold, sonriendo—. Se está burlando de vosotros. ¡Fijaos: se le escapa la risa!

—Podréis hacer lo que os parezca —dijo Paul, soltando una carcajada—. Pero no os extrañéis de las costumbres de los baronianos. Son mejores que las vuestras.

—¿Habéis acabado ya de merendar? —preguntó el capitán Arnold—. No creo que ninguno de vosotros pueda comer algo más, pero es posible que esté equivocado.

—Yo me comeré otro trocito de pastel —dijo Mike—. ¡No nos dan pasteles como éste en el colegio!

—Ya te has comido cuatro trozos —le dijo su madre—. ¡Me alegro de no tener que alimentarte durante todo el año! Anda, toma el quinto pedazo.

Aquella noche prepararon pocas cosas: sólo los pijamas, los cepillos de dientes, algunas prendas de ropa interior y unas cuantas cosas más. Los niños deseaban lucir las alegres ropas del país de Paul. Habían visto fotografías de los baronianos y los trajes de los niños les gustaban mucho.

Todos estaban tan nerviosos, que les fue muy difícil hacer este pequeño trabajo. Hablaron con el capitán y su esposa, se entretuvieron con sus juegos durante unos minutos y luego se fueron a la cama.

Ninguno podía dormirse. Estaban acostados en diferentes dormitorios y se llamaban unos a otros. Al fin, la señora Arnold subió y les dijo muy en serio:

—¡Si oigo una sola palabra más, no iréis a Baronia! Desde este instante reinó el

silencio y los cinco niños permanecieron inmóviles en sus camas, pensando en el día siguiente, que se anunciaba como uno de los más emocionantes de su vida.

CAPÍTULO II EN MARCHA HACIA BARONIA

Fue maravilloso despertar al día siguiente y recordarlo todo. Jack se sentó en la cama y empezó a dar voces para despertar a los demás. Muy poco después todos estaban vestidos y preparados para el desayuno. Tenían que ir al aeropuerto para encontrarse con Ranny y Pilescu, y habían de estar allí a las 10. Todas las cosas que tenían que llevarse las pusieron en una maleta.

—¡Qué poco te veré durante estas vacaciones, mamaíta! —exclamó Peggy—. No puedes figurarte cuánto lo siento.

—Papá y yo iremos a recogeros en avión —respondió la madre—. Es posible que vayamos un par de semanas antes de la apertura de curso. Así podremos estar unos días con vosotros en Baronia.

—¡Oh, eso sería maravilloso! —exclamaron Nora y Peggy a la vez.

Todos estaban locos de contento.

—¿Iréis en la «Golondrina Blanca»?

La «Golondrina Blanca» era el nombre del famoso avión del capitán Arnold. Los esposos Arnold habían volado en este aparato miles de kilómetros. Los dos eran muy buenos pilotos. Habían tenido muchas aventuras, y, seguramente por eso, les gustaba que sus hijos aprendieran a vivir por su cuenta y tuviesen sus propias aventuras.

—No es conveniente atar ni proteger demasiado a los chicos —dijo el capitán a su esposa, repitiendo lo que le había dicho muchas veces—. Ni a ti ni a mí nos gustan los niños blandos. Preferimos que, tanto los chicos como las chicas, sean listos y valientes. Queremos que sepan mantenerse firmes y serenos ante las adversidades. Deseamos que crezcan fuertes y audaces y sirvan para algo en este mundo. Por eso no debemos decir que no cuando se les presenta una ocasión para fortalecerse y aprender a ser independientes.

—¡Ojalá lleguemos a ser como tú y como mamá cuando seamos mayores! —dijo Peggy—. Intentasteis ir volando a Australia antes que nadie y desde entonces habéis conseguido muchos records. ¡Hemos de procurar que también a nosotros nos gusten las aventuras!

—Ya os gustan —dijo la madre, riendo—. Habéis tenido muchas, y extraordinarias; más de las que tienen la mayoría de los chicos en toda su vida.

Cuando llegó el coche para llevarse a los viajeros al aeropuerto, todos bajaron apresuradamente la escalera.

—¡Bien! Es un automóvil grande —observó Mike—. Somos nada menos que siete.

Todos subieron. El coche tomó velocidad y pronto llegaron al aeropuerto. Atravesaron la puerta de entrada. Mike, que miraba por la ventanilla, empezó a gritar:

—¡Ahí está tu avión! Ya lo veo. Es el mayor que hay en el campo.

—Y el más bonito —añadió Nora, contemplando admirada el hermoso aparato hacia el cual se dirigían. Era de un azul brillante y tenía las puntas de las alas plateadas. Todo él relucía bajo el sol. El coche se detuvo cerca del avión. Todos bajaron. Paul gritó:

—¡Allí está Pilescu! ¡Y también Ranni! Miradlos: están detrás del avión.

Los dos hombres baronianos, hombres de considerable estatura, habían oído el motor del automóvil y acudían a recibir a los niños. Pilescu lanzó esta exclamación:

—¡Paul! ¡Mi pequeño señor!

Paul corrió hacia Pilescu. El hombretón de barba roja se inclinó y alzó al muchacho con sus fuertes brazos.

—¡Hola, Pilescu! ¿Cómo estás? Me alegro mucho de volverte a ver —dijo Paul en baroniano, lenguaje que a todos los niños les parecía muy raro.

Pilescu adoraba al príncipe. Le había tenido en sus brazos cuando era un recién nacido y prometió cuidar de él mientras viviera. Con tanta fuerza apretaba a Paul, que éste protestó, pues no podía respirar:

—¡Pilescu! ¡Me estás ahogando! ¡Suéltame!

Pilescu sonrió y le dejó en el suelo. Paul se volvió hacia Ranni, que se inclinó profundamente y le hizo una torpe caricia. Le dio un abrazo de oso, apretándolo tanto o más que Pilescu.

—¡Ranni! ¿Tienes un poco de ese chocolate que me gusta tanto? —preguntó Paul.

Ranni se llevó la mano al bolsillo y sacó un gran paquete de chocolate envuelto en un papel de alegres colores. Llevaba escrito encima un nombre baroniano. A Paul le gustaba más que todos los chocolates que había probado, y lo había compartido con Mike y Jack muchas veces, siempre que recibía un paquete de Baronia.

Ranni y Pilescu saludaron a los demás niños. Estaban muy satisfechos de verles a todos reunidos, y también de ver al matrimonio Arnold. Todos ellos habían corrido juntos una extraña aventura en África, ocultos en la Montaña Secreta. Era natural que se alegrasen de tenerlos de nuevo a su lado.

—Vigile a todos estos bribonzuelos, Pilescu —dijo la señora Arnold mientras se despedía de los muchachos—. Bien sabe usted que pueden hacer toda clase de locuras.

—Señora, conmigo y con Ranni los niños están seguros —dijo Pilescu.

Su roja barba relucía al sol. Se inclinó profundamente y aprisionó con sus manazas la pequeña mano de la señora Arnold, para besarla con gran respeto. Mike se dijo que él nunca sería capaz de besar ninguna mano de aquel modo.

—¿Está ya preparado el avión? —preguntó el capitán Arnold subiendo a la nave para echarle un vistazo—. ¡Caramba, qué hermosura de aparato! ¡No cabe duda de que en Baronia tenéis buenos diseñadores de aviones! Casi superan a los nuestros,

que ya es decir.

Los niños comían chocolate y hablaban con Ranni. El hombretón se sentía feliz al verlos de nuevo. Nora y Peggy iban colgadas de su brazo, recordando los días colmados de peligros y emociones que habían pasado en África, en el interior de la Montaña Secreta.

Un mecánico subió al aparato y dio los últimos toques al motor. Al cabo de un par de minutos su hélice empezó a zumbiar y un ruido ensordecedor llenó el aire.

—¡Cómo me gusta ese ruido! —exclamó Mike—. ¡Ya nos vamos!

—¡Despedíos y subid, muchachos! —dijo Pilescu—. ¡Vamos a despegar!

Los niños abrazaron a sus padres y Paul se inclinó y besó la mano de la señora Arnold. Ésta se echó a reír y le dio un golpecito en la mejilla.

—Hasta la vista, Paul. Confío en que no arrastrarás a nuevos problemas a estos cuatro ciclones. Jack, vigílalos a todos. Mike, cuida a tus hermanas. Nora y Peggy, procurad que los chicos no hagan ningún disparate.

—¡Hasta pronto, mamaíta! ¡Adiós, papá! Escribidnos. Venid a recogernos cuando las vacaciones estén a punto de terminar.

—¡Hasta la vista, capitán Arnold! ¡La esperamos, señora Arnold!

El zumbido del avión ahogaba todos los demás sonidos. Pilescu ocupaba el puesto de mando. Ranni estaba junto a él, y detrás, los niños, sentados en cómodos sillones. El aparato zumbaba cada vez con más fuerza.

—¡R-r-r-r-r-r-r! ¡R-r-r-r-r-r-r...!

La poderosa máquina se deslizaba por la pista con creciente velocidad. Luego, con la ligereza de un pájaro, despegó del suelo, pasó por encima de las cercas y de los cables telegráficos, y, dos minutos después, estaba ya muy alto, perdido en el cielo.

—¡En marcha hacia Baronia! —exclamó Mike, sintiendo los latidos de su corazón.

—¡Empiezan nuevas aventuras! —dijo Jack—. ¡Qué divertido!

—El aeropuerto parece tener sólo unos centímetros de largo —dijo Nora, que lo miraba por la ventanilla.

—Dentro de media hora estaremos sobre el mar —dijo Paul—. ¡A ver quién lo ve primero!

Era maravilloso hallarse de nuevo en el aire, en aquel gran aeroplano. Los niños estaban acostumbrados a volar y les gustaba la sensación de viajar por las alturas del cielo. A veces las nubes pasaban por debajo del avión, semejantes a grandes campos de nieve. El sol las hacía brillar y entonces despedían una luz tan fuerte, que los viajeros no podían mirarlas.

De pronto, las nubes se rasgaron y Mike lanzó un grito:

—¡El mar! ¡Mirad! ¡Allí!... ¡Ranni!, ¿verdad que eso es el mar?

Ranni se volvió y asintió.

—¡Volamos a gran velocidad! —gritó—. Queremos llegar a Baronia a la hora de la comida.

—¡Qué contenta estoy! —exclamó Nora con ojos resplandecientes—. Tenía grandes deseos de ir a Baronia, Paul. Y ahora este sueño se realiza.

—También yo estoy contentísimo —dijo Paul—. Me gusta vuestro país y os quiero a vosotros; pero prefiero Baronia. A lo mejor también a vosotros os gusta más.

—¡Qué tontería! —exclamó Mike—. ¡Como si pudiera haber un país más hermoso que el nuestro!

—Cuando veáis Baronia, podréis hablar —dijo Paul. Y preguntó—: ¿Queréis más chocolate?

Los niños alargaron la mano hacia el paquete de Paul.

—Desde luego, yo prefiero vuestro chocolate al nuestro —dijo Mike, saboreándolo—. ¡Mirad! Otra vez se ve el mar. Está en calma.

Era divertido observar aquel mar que aparecía y desaparecía entre los jirones de nubes. Luego el avión voló de nuevo sobre tierra. Las nubes se dispersaron y los niños pudieron ver allá abajo un hermoso panorama que se extendía como un inmenso mapa de brillantes colores.

Volaron sobre grandes ciudades envueltas en humo y sobre extensiones de verde campiña, donde los sembrados y las casas aparecían como si fueran de juguete. Vieron los ríos que serpenteaban como gusanos azules y plateados. Volaron sobre altas montañas y advirtieron que en las cumbres de algunas de ellas había nieve.

—¡Es curioso! ¡Nieve en pleno verano! —exclamó Mike—. ¿Qué hora es?... ¡Ya son las doce! Así que llegaremos dentro de un par de horas.

El avión proseguía su viaje zumbando. Ranni ocupó el sitio de Pilescu y éste pudo dedicarse a hablar con los niños. Mike se dijo que parecía un gran perro venerando a su dueño. Pensó que para Paul era una suerte tener tales amigos.

—Pronto veremos el palacio —dijo Pilescu, mirando hacia abajo—. Ahora volamos sobre la frontera de Baronia, Paul. ¡Mira, allí está el río Jollu! Y aquella ciudad es Kikibora.

Paul empezó a dar muestras de emoción. Hacía tres meses que no había estado en su casa y deseaba ver a su madre, a su padre y a sus hermanos.

Mike y Jack guardaban silencio. Se preguntaban si la madre de Paul iría a recibirlos al aeropuerto y si tendrían que besarle la mano. «Me sentiré como un tonto», pensó Mike, nervioso.

—¡Allí está el palacio! —gritó de pronto Paul.

Los niños vieron un hermoso edificio junto a una colina. Parecía un palacio de un cuento de hadas. Era una maravilla. Sus torreones y sus minaretes relucían como el oro y debajo había un lago azul en el que se reflejaba la imagen del palacio.

—¡Qué hermoso es! —exclamó Nora—. Paul, me siento persona importante.

¡Vivir en un palacio! A ti te debe de parecer una cosa natural, pero para mí es algo maravilloso.

El avión dio media vuelta y empezó a descender. Detrás del palacio había una pista que utilizaban los aviones reales para tomar tierra. El aparato se posó suavemente, como un pájaro. Sus grandes ruedas giraron sobre la pista. El avión fue perdiendo velocidad y al fin se detuvo no lejos de un grupo de personas.

—¡Bienvenidos a Baronia! —exclamó Paul con un brillo de entusiasmo en los ojos—. ¡Bienvenidos a Baronia!

CAPÍTULO III

EL PALACIO DE BARONIA

Ranni y Pilescu ayudaron a los cinco niños a bajar del avión. Paul echó a correr hacia una bella dama que sonreía. Se inclinó profundamente, le besó la mano y luego la abrazó, mientras le hablaba rápidamente en baroniano. Era su madre, la reina. Ésta reía y lloraba al mismo tiempo, mientras acariciaba el cabello del príncipe y besaba sus mejillas.

También estaba allí el padre de Paul, que era un hombre apuesto, alto y delgado. Vestía de uniforme. Paul le saludó con gravedad y respeto, y luego se arrojó a sus brazos. Después se volvió hacia los cinco niños, menores que él, que permanecían en pie junto a los reyes, y que eran sus hermanos y sus hermanas. Paul besó la mano a sus hermanitas y saludó a sus hermanos. Luego todos se abrazaron hablando al mismo tiempo.

Después les tocó el turno a las dos amigas de Paul. Ya conocían al padre del príncipe, y les era muy simpático, pero nunca habían visto a la reina. A Nora y a Peggy les pareció una verdadera soberana, y tan hermosa, que era digna de ser reina de un cuento de hadas. Llevaba con donaire el traje baroniano, y su ancha falda, roja y azul, se balanceaba graciosamente cuando la reina andaba.

Besó a Nora y a Peggy y les dijo en inglés:

—¡Bienvenidas, niñas! Me alegro de conocer a los amigos de Paul. Habéis sido muy amables con él en Inglaterra. Deseo que seáis muy felices aquí.

Después se acercaron los chicos. Los dos se habían sentido avergonzados y sudorosos al pensar que tenían que besar la mano de la reina; cuando lo hicieron les resultó sumamente fácil. Primero se adelantó Mike y la reina le tendió la mano. Mike se inclinó y la besó con la mayor naturalidad. Le siguió Jack, y luego los dos saludaron al padre de Paul.

—Ahora vayamos al palacio —dijo la reina—. Debéis de tener apetito después del largo viaje. Hemos preparado todos los platos preferidos por Paul y espero que también a vosotros os gustarán.

Los niños se alegraron de que la madre de Paul hablara inglés. Habían intentado que Paul les enseñara el baroniano, pero el príncipe no era buen maestro. Se reía a carcajadas ante su mala pronunciación de las voces baronianas, pronunciación que a veces resultaba verdaderamente cómica, y era difícil entenderlo cuando le daban aquellos ataques de risa.

Los niños contemplaban el palacio con admiración. Nunca habían visto otro igual, salvo en las ilustraciones de los libros. Era magnífico, aunque no demasiado grande. Detrás de él se alzaban grandes montañas, y más abajo estaba el lago azul. Era un lugar de ensueño. Atravesaron un jardín repleto de flores extrañas y de perfume delicioso y llegaron a una amplia escalinata. Subieron por ella y entraron en el

palacio por una gran puerta que estaba abierta de par en par y en la que les esperaban seis lacayos colocados en fila, vestidos con la librea azul y plateada de Baronia.

Tras ellos subieron los hermanos de Paul con sus nurses. A Peggy y a Nora les hicieron mucha gracia los más pequeños. Todos se parecían a Paul, con sus ojos grandes y oscuros.

—Estos pequeños dejarán de molestarnos muy pronto —dijo Paul con voz de dueño y señor—. Han venido a darme la bienvenida, pero se irán a la *nursery*. Nosotros tendremos nuestras habitaciones y Pilescu estará a nuestro servicio.

Al oír esto, los tres hermanos y Jack respiraron. Aunque los padres de Paul se habían ganado su simpatía, los niños se decían que les resultaría embarazoso convivir con un rey y una reina y sentarse a la mesa con ellos. Por eso se alegraron al saber que estarían solos.

Paul los llevó a sus habitaciones. A las niñas les correspondió un magnífico dormitorio con vistas al lago. El aposento estaba decorado en azul y plata. En el techo, pintado de azul, relucían estrellas plateadas. A las niñas les pareció una habitación magnífica. La colcha también era azul y tenía bordadas estrellas de plata.

—No me atreveré a dormir en esta cama —dijo Peggy, fingiéndose atemorizada—. Tiene dosel, como las camas que se ven en los grabados antiguos. En ella cabrían seis como nosotras. ¡Oh Nora, qué divertido es todo esto!

Los niños tenían que distribuirse en dos dormitorios. Mike y Jack ocuparían uno tan espacioso, que sus dos camas, colocadas una en cada extremo, estaban «a un kilómetro una de otra», como dijo Jack al ver la habitación. Paul tenía un cuarto para él solo al lado del de Jack y Mike, y quizá mayor aún.

—No comprendo que en el pensionado pudieras dormir en una habitación donde había once chicos más, teniendo para ti solo un dormitorio como éste en tu casa —dijo Mike a Paul. Y de pronto exclamó—: ¡Qué vista tan hermosa!

La habitación de Mike tenía dos hileras de ventanas: una que daba al lago y otra que tenía enfrente las montañas. Era un país maravilloso.

—Es salvaje, frondoso y escarpado —dijo Paul—. No como el vuestro, tan llano y tan suave, que hace pensar en un gatito manso sentado junto al fuego. En cambio, mi país es como un tigre que vaga por las colinas.

—¡Otra vez se nos pone poético! —exclamó Mike, lanzando una carcajada.

Pero había entendido muy bien lo que Paul quería decir. Baronia era un país bravío e impresionante. Aunque estaba muy hermoso bañado por el sol estival, no debía de ser tan apacible como entonces aparentaba. No tenía la calma de su propio país: era una tierra salvaje que tenía rincones enteramente inexplorados.

Los niños se lavaron en palanganas que parecían de plata y se secaron las manos en toallas bordadas con las armas de Baronia. Allí todo era refinado. Apenas se atrevía uno a manchar las toallas, e incluso a ensuciar y llenar de jabón el agua

transparente de las palanganas.

Paul y sus cuatro amigos se dirigieron al comedor. Aquel día tenían que comer con el Rey y la Reina, pero luego comerían en su cuarto de jugar, gran habitación próxima a los dormitorios, que Paul ya les había mostrado. Los juguetes que vieron en aquel cuarto les dejaron boquiabiertos. A un lado había un tren eléctrico con todas sus instalaciones preparadas. En el lado opuesto, el mecano mayor que los niños habían visto en su vida. Con sus piezas Paul había montado en sus vacaciones anteriores un gran puente que todavía estaba allí. Tenían todo lo que un niño pudiese desear. ¡Qué bien lo pasarían en aquella habitación!

La comida fue excelente. Los niños no conocían ninguno de los manjares que les sirvieron, pero todos les parecieron deliciosos. ¡Si las comidas de Baronia eran siempre como aquélla, qué rollizos se iban a poner! La Reina les habló en inglés y el Rey les contó varios chistes. Paul charlaba con sus padres a veces en baroniano y a veces en inglés. Les contó todo lo que había hecho en el colegio.

Jack se inclinó hacia Mike y le dijo al oído:

—Habla como si hubiera sido un as en todo. ¡Cómo nos vamos a reír de él cuando estemos solos!

Durante toda la comida reinó la alegría. Los niños tenían buen apetito, pero cuando la comida se acercaba a su fin, se encontraron de pronto con que no les cabía nada más. Jack miró tristemente un helado de color de rosa, decorado con algo que parecían rojas cerezas. Era muy apetitoso, pero Jack ni siquiera habría podido probarlo.

Ranni y Pilescu no se sentaron a la mesa. Permanecieron en silencio, uno detrás del sillón del Rey y el otro detrás de la silla de Paul. Al fondo del comedor había una hilera de soldados vestidos con uniformes azul y plata. Los cuatro niños ingleses se sentían personas importantes al comer con un rey, una reina y un príncipe, y con escolta militar. ¡Qué divertido iba a ser vivir en Baronia!

Paul les llevó después a recorrer el palacio. Era magnífico, un edificio de sólida construcción y cuyas habitaciones estaban distribuidas de modo que en todas entraba el alegre sol estival. La *nursery* estaba ocupada por los hermanos de Paul. Un niño de pañales descansaba en una cuna labrada y protegida por cortinas en las que se combinaban los colores. Sus grandes ojos negros estaban muy abiertos cuando las dos niñas se inclinaron sobre la cuna para mirarlo.

La *nursery* era tan espléndida como el gran cuarto de juegos de Paul. Los niños se asombraron al ver la gran cantidad de juguetes que en ella había.

—¡Esto parece un bazar de juguetes, el mayor que he visto en mi vida! —dijo Jack—. Sin embargo, cuando estaba con nosotros en el colegio, Paul prefería a cualquier otro juguete un barquito que yo le hice con un pedazo de madera.

Paul rebosaba de satisfacción al ver que a sus amigos les gustaba su casa. No se

daba importancia. Le parecía natural vivir en un palacio y tener todo lo que deseara.

Era un niño de buen corazón, que quería a sus amigos y le gustaba compartir todas sus cosas con ellos. Antes de ir a Inglaterra no tenía amistades, pero ahora tenía a Mike y a Jack, a Peggy y a Nora, y se sentía feliz de que estuvieran con él en Baronia.

—Nos bañaremos en el lago, iremos en barca hasta la otra orilla y subiremos en automóvil por las montañas —dijo Paul—. Lo pasaremos estupendamente. Confío en que no hará demasiado calor. Si lo hace, tendremos que irnos a la montaña porque allí se está más fresco.

Aquel día al anochecer, los niños estaban rendidos de cansancio. Tenían la sensación de haber recorrido muchos kilómetros por el interior del palacio y por sus alrededores; de haber explorado un sinfín de estancias y descubierto una serie interminable de torreones. Habían recorrido inmensos y maravillosos jardines donde había un verdadero ejército de jardineros que los saludaban y parecían muy contentos de verlos.

Merendaron —y también cenarían— en la terraza del cuarto de jugar. Grandes sombrillas protegían del sol a la mesa. El lago azul brillaba debajo de ellos.

—Siento haber comido tanto —refunfuñó Mike, al ver una magnífica bandeja de pasteles, bizcochos y bocadillos—. No sé qué hacer. No podré cenar si ahora meriendo, y si la cena se parece a la comida me moriré de pena si no tengo apetito.

—No te preocupes: estoy seguro de que tendrás apetito —dijo Paul—. Anda, come lo que te apetezca.

Antes de cenar, los niños dieron un paseo por el lago en la barca de vela del príncipe. Ranni los acompañó. En el lago se estaba bien: hacía un fresco agradable. Jack miró las caras de las niñas quemadas por el sol.

—Dentro de un par de días estaremos negros como el carbón —dijo—. Ahora ya estamos morenos, pero nos falta la segunda capa. Me arden los brazos. Pero no me los refrescaré con agua: me escocerían demasiado.

Entonces tendrás que ponerte los brazos sobre la cabeza para bañarte —dijo Mike—. ¡Estarás la mar de gracioso!

Cuando se retiraron, los niños estaban tan cansados que les costó un gran esfuerzo quitarse la ropa y bañarse, lanzando grandes bostezos se limpiaron los dientes y se bañaron. En cada dormitorio había una bañera hundida en el suelo y unos escalones para bajar a ella. A todos les sorprendió esto de bajar a la bañera en vez de pasar por encima del borde. Pero allí todo era sorprendente.

Las niñas se acostaron en su gran cama. Les hizo mucha gracia verse debajo del dosel. Aquel lecho les pareció inmenso comparado con las estrechas camas del colegio.

—Nos vamos a perder en esta inmensidad —dijo Nora a Peggy.

También los niños se acostaron en sus camas. Paul dejó abierta la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Mike y Jack, para poder hablar con ellos. Pero no hablaron mucho. A todos les pesaban de tal modo los párpados, que no podían mantener abiertos los ojos. Había sido un día agitado y repleto de emociones.

—Estamos en Baronia —susurró Peggy, hablando consigo misma—. Estamos en Baronia. Estamos en... —y se quedó profundamente dormida.

Y así, durmiendo profundamente, estuvo toda la noche, mientras las pequeñas olas del lago lamían la orilla.

CAPÍTULO IV UN VIAJE INTERESANTE

La primera semana pasó rápidamente, bajo un sol esplendoroso. Los niños se divertieron mucho, incluso Nora aunque solía quejarse del calor. Todos vestían el traje baroniano y se veían muy graciosos con él.

Las niñas lucían estrechos corpiños blancos y azules con grandes botones de plata y anchas faldas azules y rojas. No llevaban medias, sino unas bonitas botas atadas con cordones rojos. Los niños llevaban pantalones cortos bordados, vistosas camisas abrochadas por detrás y un ancho cinturón. También ellos calzaban botas e iban muy cómodos con ellas.

Al principio a todos les parecía que iban disfrazados, pero pronto se acostumbraron.

—No me gustará volverme a poner nuestros vestidos de siempre —dijo Nora, mirándose en el gran espejo—. Me encanta ver cómo se mueve la falda a mi alrededor. Mira, Mike: tiene kilómetros de tela.



Mike se estaba poniendo el cinturón. Se colgó en él su cuchillo de *boy scout* y se miró al espejo.

—Parezco un pirata o algo por el estilo —dijo—. ¡Cómo me gustaría que los chicos del colegio me vieran así! ¡Se los comería la envidia!

—Se reirían de ti —dijo Nora—. Nunca te atreverías a llevar estos trajes en

Inglaterra. Le pediré a la Reina que me permita llevarme este vestido cuando nos vayamos. Me lo pondré en un baile de disfraces y estoy segura de que ganaré el premio.

Su primera semana en Baronia fue inolvidable para los niños. Se les permitía hacer todo lo que querían, siempre que Ranni o Pilescu estuvieran con ellos. Cabalgaban por las colinas en pequeños potros montañoses; se bañaban en las tibias aguas del lago lo menos cinco veces al día; todas las tardes salían a navegar; fueron en automóvil a una gran ciudad próxima y allí se pasearon en autobús. Los autobuses de Baronia eran anchos y bajos y estaban pintados de azul y plata. Todo era diferente de lo que conocían; todo les parecía extraño.

—Inglaterra debió de parecerle al principio muy rara, Paul —dijo Mike al príncipe, comprendiendo por primera vez lo difícil que debió de ser para el niño baroniano acostumbrarse a vivir en un país extranjero.

Paul asintió. Le complacía enseñar las cosas de Baronia a sus amigos. Así, cuando regresara al colegio de Inglaterra y hablase de su casa y de su país, Jack y Mike le comprenderían y le escucharían con gusto.

Cuando la semana tocaba a su fin, Pilescu hizo esta proposición al príncipe:

—¿Por qué no lleváis a vuestros amigos a recorrer Baronia en avión? Así verán lo grande que es vuestro país. Os puedo llevar a todos.

—¡Oh, sí, Pilescu! ¡Es una gran idea! —gritó Mike—. ¡Volaremos sobre las montañas y los bosques y lo veremos todo!

—¡Os enseñaré el Bosque Secreto! —exclamó Paul.

Todos le miraron.

—¿Qué bosque es éste? —preguntó Jack—. ¿Por qué es secreto?

—Es un lugar muy raro —dijo Paul—. Nadie ha penetrado nunca en ese bosque.

—Entonces, ¿cómo sabéis que existe? —preguntó Mike

—Lo hemos visto desde los aviones —respondió Paul—. Hemos volado sobre él.

—¿Crees posible que nadie lo haya visitado nunca? —preguntó Peggy—. No, Paul, alguien habrá entrado en ese bosque alguna vez. No creo que hoy exista ningún lugar inexplorado en el mundo.

—Os aseguro que nadie ha entrado todavía en el Bosque Secreto —dijo Paul con firmeza—. ¿Por qué? Os lo voy a decir. Mike, haz el favor de darme el mapa.

Mike le entregó el mapa enrollado que Paul le pedía. El príncipe lo desenrolló y lo extendió sobre la mesa. Encontró el lugar que buscaba y lo señaló.

—Es un mapa de Baronia —dijo—. Como veis, es un país quebrado y montañoso. Fijaos en estas montañas.

Los niños se inclinaron para ver mejor lo que Paul les indicaba. Las montañas, pintadas de un tono castaño, tenían un nombre raro: Killimooiin. El dedo moreno de Paul se había detenido en ellas.

—Estas montañas tienen una forma singular —dijo el príncipe—: forman un círculo cerrado. Y en el centro, en un extenso valle, está el Bosque Secreto.

Su dedo señalaba una manchita verde cercada por las montañas de Killimooín.

—Aquí —dijo— está el Bosque Secreto. Es un bosque inmenso. ¡Sabe Dios los animales feroces que habitarán en él!

—Pero ¿por qué no ha ido nadie a explorarlo? —preguntó Mike—. ¿Es que no se puede atravesar ese anillo de montañas?

—No —respondió Paul—, y por una razón muy sencilla: nadie hasta ahora ha encontrado un paso para atravesar las montañas de Killimooín.

—¿Por qué? ¿Tan abruptas son? —preguntó Nora, extrañada.

—Sí —respondió Paul—: abruptas y peligrosas.

—¿Vive alguien en las laderas de las montañas? —preguntó Peggy.

—Sólo algunos cabreros —respondió Paul—. Pero no llegan muy arriba: no pueden subir por las escarpadas laderas. Tal vez las cabras suban hasta las cumbres, pero no los cabreros.

—¡Oh! —exclamó Mike, fascinado al pensar en aquel bosque secreto, inexplorado—. ¡Esto sí que es emocionante! ¡Volemos sobre ese lugar misterioso en tu aeroplano, Paul! ¡Cómo me gustaría penetrar en ese bosque!

—Os advierto que desde el avión no se puede ver gran cosa —dijo Paul enrollando el mapa—. Sólo se distingue una gran mancha verde. En fin, mañana iremos.

Todos estaban emocionados. Sería magnífico volver a volar y más aún por encima de las montañas de Killimooín, para ver, aunque fuera desde lejos, el Bosque Secreto. ¿Qué animales lo poblarían? ¿Cómo sería por dentro? ¿Habría pisado alguien alguna vez su verde suelo? Mike y Jack ansiaban explorar aquel gran bosque oculto.

Al día siguiente los cinco niños se dirigieron a la pista inmediata al hangar donde se guardaba el avión de Paul. Los mecánicos lo empujaban sobre la hierba. Los niños saludaron a Ranni y a Pilescu, que se acercaron a ellos vestidos con sus trajes de volar.

—Ranni, queremos ir a las montañas de Killimooín. Bien sabes dónde están.

—Y cuando lleguemos, vuele usted muy bajo: queremos acercarnos al Bosque Secreto cuanto sea posible —dijo Nora.

Ranni y Pilescu sonrieron y todos subieron al avión.

—Recorreremos toda Baronia —dijo Pilescu—. Y Killimooín. Es una región salvaje. No lejos de ella está el pequeño palacio que el Rey hizo construir el año pasado en la ladera de una montaña, donde el viento es muy fresco. Estos últimos veranos han sido muy calurosos en Baronia, lo que no es nada bueno para los niños. Es posible que todos os trasladéis al palacete si el calor aumenta.

—¡Ojalá vayamos! —dijo Paul con un brillo de entusiasmo en los ojos—. Nunca

he estado allí, Pilescu. Nos divertiríamos mucho, ¿no te parece?

—Os divertiríais, pero no del mismo modo que en el gran palacio —respondió Pilescu—. Los alrededores del palacio de verano son ásperos y montuosos. Parece más un castillo que un palacio. No hay buenos caminos. Por allí no se puede ir en automóvil. Lo único que podríais utilizar para ir de paseo serían los potros de montaña.

—Eso me gustaría —dijo Jack.

Se sentó en el gran avión y observó a los mecánicos que estaban poniendo en marcha la hélice. Luego se apartaron de un salto. El motor empezó a funcionar con un gran zumbido. Nadie podía oír lo que su vecino le decía.

El poderoso avión se deslizó sobre la hierba de la pista tan suavemente como un automóvil. Los niños apenas se dieron cuenta del momento en que despegó. Pero cuando miraron por las ventanillas vieron que la tierra estaba ya muy abajo. Pronto el palacio no fue mayor que una casa de muñecas.

—¡Ha empezado nuestro viaje! —dijo Jack alegremente—. ¿Dónde está el mapa, Paul? Dijiste que traerías uno para que pudiésemos ver dónde estábamos exactamente en cada momento.

A todos les interesó la tarea de buscar su situación en el mapa extendido.

—¡Estamos aquí! —dijo Jack, señalando una mancha azul en el mapa—. ¿Veis? Esto es el lago que está debajo de nosotros en este momento. Y allí tenéis el río que desemboca en el lago, según nos indica el mapa. ¡Esto es verdadera geografía! ¡Me gustaría que en el colegio estudiáramos así esta asignatura! ¡No me importaría tener clase de geografía a diario, si pudiésemos volar por encima de los lugares que estudiamos!

Los niños iban leyendo los nombres de las poblaciones que iban desfilando bajo el avión: Ortanu, Tarribon, Lookinon, Brutinlin.

—¡Qué nombres tan raros!

—Mirad. Aquí, según el mapa, hay montañas. Debemos de estar a punto de llegar a ellas.

—El avión se remonta. Sin duda nos hallamos sobre una de esas montañas. Sí; allí está. ¿La veis? Es una gran montaña.

—¡Qué verdes son los valles! ¡Mirad ese río! Parece un gusano de plata.

—¿Veremos pronto el Bosque Secreto? ¿Estaremos ya cerca de Killimooiin? ¡Vaya! Ahora no lo veo en el mapa. Y lo estaba viendo hace un momento.

—¡Qué tonto eres, Jack! ¿Cómo lo vas a ver si tienes la mano encima?... Sí, aquí está Killimooiin. ¿Lo ves? ¡Ya llegamos!

Ranni gritó a los niños.

—¡Mirad el Bosque Secreto! ¡Ya llegamos a la cordillera de Killimooiin! Su Alteza, que ya la conoce, puede vigilar y avisar a sus amigos.

Con gran emoción, los cinco niños aplicaron sus rostros a los cristales del gran avión. Éste se remontaba para salvar abruptas montañas. Los niños no recordaban haber visto montes tan bravíos y escarpados como aquéllos.

—¡Mirad! Ésas son las montañas de Killimooín —gritó Paul—. Como veis, forman un gran anillo, con sus cimas que se recortan bajo el cielo. Entre ellas no hay ningún puerto, ningún paso. Nadie puede llegar al interior de este círculo, donde está el Bosque Secreto, que ocupa el centro del anillo.



Los niños podían ver fácilmente que la cadena de montañas formaban un cerrado y áspero círculo. Hombro con hombro, las montañas se erguían, gigantescas, abruptas, inhospitalarias.

El avión entró en el círculo y los niños miraron con ansiedad el valle sobre el cual volaban.

—¡Allí está el Bosque Secreto! —exclamó Paul—. ¡Sí allí está! ¡Mirad qué denso y sombrío es! Y casi llena el valle de un extremo a otro.

—¡Qué misterioso es esto! —dijo Nora, empezando a temblar—. ¡Sí, profundamente misterioso! ¡Esta quietud, esta oscuridad, esta soledad!... ¡Verdaderamente, parece que nadie haya puesto aquí el pie, ni haya de ponerlo jamás!

CAPÍTULO V ¡QUÉ CALOR!

El aparato se elevó otra vez a gran altura para pasar al lado opuesto del anillo de montañas. El bosque parecía cada vez más pequeño.

—Ranni, vuelva a volar sobre el bosque. ¡Por favor, hágalo! —le rogó Jack—. ¡Parece estar encantado! ¡Es tan espeso, tan silencioso, tan triste! ¡Me produce una sensación extraña!

Ranni accedió amablemente. Hizo dar la vuelta al avión y éste volvió a volar sobre el bosque. La masa de árboles pareció levantarse, y los niños tuvieron la sensación de que el aeroplano iba a penetrar en la densa capa de verdor.

—¡Sería horrible que el avión cayera en medio del bosque, nos perdiésemos en él y nunca, nunca pudiésemos salir del círculo de montañas de Killimooín! —exclamó Nora.

—¡Qué idea tan espantosa! —dijo Peggy—. ¡No digas esas cosas tan horribles! ¡Ranni, salgamos de aquí! ¡Pronto! Sería horroroso que nos perdiéramos en este lugar.

Ranni se echó a reír. Se remontó de nuevo y en este preciso momento Jack descubrió algo que le hizo pegar la nariz al cristal de la ventanilla y mirar ávidamente.

—¿Qué has visto? —preguntó Nora.

—No lo sé seguro —repuso Jack—. No puede ser lo que primero he sospechado.

—¿Qué has sospechado? —le preguntó Paul cuando volaban sobre la otra vertiente de las montañas.

—Me ha parecido que era una columna de humo —dijo Jack—. No podía serlo, claro, porque donde hay humo hay fuego, y donde hay fuego hay hombres. ¡Y en el Bosque Secreto no hay ningún ser humano!

—Yo no he visto ese humo —dijo Mike.

—Ni yo —afirmó Paul—. Debió de ser un jirón de nubes bajas.

—Sí, eso debió de ser —admitió Jack—. Pero parecía humo. Ya sabéis que en los días en que el aire está en calma, el humo de los fuegos de campamento se eleva casi en línea recta y permanecen así mucho tiempo. Pues bien, eso vi.

—El Bosque Secreto es extraño y misterioso —dijo Peggy—. ¡Por nada del mundo entraría en él!

—¡Pues yo entraría de buena gana si tuviese ocasión! —dijo Mike—. ¡Imagínate lo que será pasear por donde nadie ha puesto nunca el pie! ¡Entonces sí que sería un verdadero explorador!

Desde la cabina del piloto, Ranni gritó:

—¡Esto es Jonnalongay, una de nuestras ciudades! ¡Está alrededor de un hermoso lago!

Los niños volvieron a consultar el mapa, interesados. Era divertido situar en él algún lugar y luego verlo aparecer en la tierra, allá abajo, desde el avión que avanzaba hacia el sitio identificado. Pero poco después se internaron en una masa de nubes y ya no pudieron ver nada.

—No importa que no veamos —dijo Ranni—. Hemos hecho un viraje y ahora volamos a lo largo de la otra frontera de Baronia. Por aquí no hay nada interesante. Probablemente, el cielo se aclarará en las cercanías de Tirriwutu, y podréis ver la vía férrea. Tratad de descubrirla.

Efectivamente, las nubes presentaban grandes claros cerca de Tirriwutu y los niños vieron las vías férreas que relucían como si fueran de plata. Por orden de Pilescu, el avión había descendido tanto, que volaban casi a ras de la llanura. Era interesante ver cómo los raíles se separaban aquí y allá para dirigirse a diferentes pueblos, y luego se reunían y tomaban la dirección de las grandes ciudades.

CAPÍTULO VI EL CASTILLO DE KILLIMOOIN

Fue una complicación instalar en los coches a los hermanos menores del príncipe. Una de las niñeras tenía un niño a su lado, en un gran cesto. Los otros pequeños charlaban y reían. Estaban pálidos a causa del calor, pero se sentían felices porque iban a un sitio en el que nunca habían estado.

Ranni y Pilescu viajaban con los cuatro niños ingleses y el príncipe Paul. El gran coche plateado tenía cabida para todos. Nora se sintió feliz cuando, al fin, todos estuvieron instalados y el automóvil se puso en marcha, pues entonces un vientecillo fresco entró por las ventanillas abiertas. La niña se había sentido enferma al tener que soportar el calor abrasador de Baronia.

—El nuevo palacio se llama el castillo de Killimooin —dijo Paul—. Yo no lo he visto aún, porque lo construyeron mientras estaba en Inglaterra. Está en la vertiente exterior de la cordillera Killimooin. Podremos explorar todo aquello.

—Pero no iréis solos —dijo Ranni—. Por allí puede haber bandidos y gente salvaje.

—¡Pero tenemos que ir solos alguna vez, Ranni! —exclamó Jack—. No podemos llevarle siempre a nuestro lado como si fuera nuestra niñera.

—No iréis solos —repitió Ranni con firmeza. Y Pilescu asintió.

—Killimooin está a unos trescientos cincuenta kilómetros —dijo Paul—. Llegaremos dentro de cuatro o cinco horas al término de la carretera que se dirige al castillo.

Los grandes autos se deslizaban por la carretera a mucha velocidad. Eran cinco. Algunos los ocupaban la servidumbre. Cerraba la marcha un potente camión que transportaba el equipaje: ropas, cochecitos de niño y otras muchas cosas.

La caravana parecía volar. Los niños se asomaban a las ventanillas en busca de aire. Ranni sacó chocolate baroniano, aquél que tanto gustaba a los niños y que sabía a miel y a nata tanto como a chocolate. Los niños lo saborearon mientras contemplaban los ríos, las colinas y los valles que iban pasando a ambos lados del coche. A veces la carretera contorneaba una montaña y Nora volvía la cabeza para no ver la profundidad del valle, pues padecía de vértigo.

—No sé lo que haremos si nos encontramos otro coche en esta carretera tan empinada y llena de curvas —dijo Peggy.

—¡Bah! Ya han despejado las carreteras para que pasemos nosotros —dijo Paul—. No nos encontraremos con ningún coche. De modo que no debes preocuparte.

Así fue. La caravana prosiguió su camino y no se detuvo hasta la hora de la comida. A las doce y media, cuando todos sentían un apetito atroz, se dio la señal de alto. Todos bajaron de los coches para estirar las piernas. Estaban en la ladera de una colina. A sus pies corría un río centelleante, que descendía por el valle zigzagueando.

Era un paraje ideal para un almuerzo campestre.

Como siempre, la comida fue exquisita. Ranni y Pilescu abrieron las cestas y los niños extendieron un blanco mantel sobre la hierba. Luego colocaron los platos y las fuentes.

—¡Bocadillos de pollo! ¡Qué estupendo! —exclamó Mike.

—¡Y pastel helado! ¡Lo que más me gusta! —dijo Nora.

—¡Lo menos treinta clases de bocadillos! —Comentó Jack—. Me alegro porque tengo un hambre atroz.

Fue un verdadero festín. En el lugar de la ladera donde estaban sentados corría un airecillo fresco.

—Aquí la temperatura es más agradable —dijo Nora.

—Aún lo es más en el castillo de Killimoin —dijo Ranni—. Está construido en un punto donde se encuentran los vientos que soplan en dos direcciones distintas. Por eso hace fresco siempre, incluso los días más calurosos. Pronto volveréis a tener las mejillas coloradas.

Cuando acabaron de comer subieron de nuevo en los coches y reanudaron el viaje.

—Sólo nos queda una hora de automóvil, o sea de carretera —dijo Pilescu consultando su reloj—. La carretera continúa contorneando la montaña, pero deja a un lado a Killimoin. Supongo que encontraremos los caballos preparados para que nos lleven al castillo.

—¿Pero podrá ese niño tan pequeño ir montado en un potro? —preguntó Nora—. ¿No se caerá?

—¡Oh, no! —respondió Pilescu—. Ya veréis cómo se soluciona este problema.

Al cabo de una hora poco más o menos, todos los coches aminoraron la marcha y, al fin, se detuvieron. Los niños miraban por las ventanillas, curiosos y emocionados al ver que ante ellos había un gran grupo de hombres. Con ellos estaban los potros, y saludaban a los autos. Había llegado el momento de montar en vez de ir cómodamente sentados en los automóviles.

Tardaron un buen rato en conseguir que todos estuvieran montados en los pequeños potros, inquietos y vivaces. Pronto vio Nora cómo se transportaba a los niños pequeños. Los potros mayores llevaban a cada lado una especie de mullido cesto, a modo de alforjas, y en ellos se instaló a los niños más pequeños. Cada uno de estos potros era conducido por un hombre, de modo que los pequeños viajeros iban seguros.

—Yo no iré dentro de un cesto —dijo Nora, temiendo que le indicaran que debía acomodarse en uno de ellos.

Pero todos los niños mayores sabían montar y esto se había tenido presente. Cada niño montó en el potro que le correspondía y tomó las riendas. Los potros eran

briosos, pero de andar seguro, dóciles y fáciles de conducir. Nora se quejó de que el suyo la zarandeaba.

—¡No, Nora; eres tú la que zarandeas al potro! —exclamó Pilescu, echándose a reír.

La pequeña caravana se puso en marcha. A las niñas, todas ellas muchachas campesinas, les pareció cosa normal llevar a los niños en los potros. Los más pequeños charlaban a grandes voces y se reían, disfrutando del emocionante viaje.

Los conductores de los potros que transportaban los cestos iban también a caballo. La cabalgata subió por el abrupto camino de montaña que conducía al llamado castillo. Los campesinos que acudían al paso de la caravana saludaban con respeto a la familia real. A lo lejos, se veían sus casas diseminadas por la ladera.

La caravana contorneó un saliente de la ladera y entonces los niños pudieron ver en toda su extensión las escarpadas montañas, ásperas e inhospitalarias pero majestuosas. Tendrían que subir mucho más para llegar al castillo que el padre de Paul había hecho construir el año anterior. Ya no se veían casas ni granjas. La desolación era completa.

—¡Mirad! ¡Cabras! —dijo Peggy señalando un rebaño que trepaba por las cimas rocosas—. ¡Cuántas hay! ¿Dónde estará el cabrero?

—Allí —dijo Paul—. ¿Lo veis? Junto a aquel árbol.

El cabrero contemplaba la caravana. Tenía la barba roja, como la mayoría de los baronianos. Llevaba solamente unos viejos pantalones de piel de cabra.

—Tiene un aspecto feroz, salvaje —dijo Nora—. No hablaré con ningún cabrero si todos tienen el mismo aspecto que éste.

—Son buenas personas —dijo Ranni, riéndose de la cara de temor que ponía Nora—. Seguro que ellos os tendrán más miedo a vosotros que vosotros a ellos.

Al principio les pareció divertido cabalgar en los potros, pero el camino era cada vez más empinado y sinuoso, y los niños acabaron por desear que aquel largo viaje terminara.

—Lo único bueno que hay aquí es el aire fresco y las hermosas vistas —dijo Jack.

—Por la noche casi sentiréis frío —dijo Ranni—. Tendréis que dormir con mantas.

—Eso sí que nos sorprenderá —dijo Jack, recordando que la noche anterior había tenido que quitarse incluso la sábana, y aun así tenía calor—. ¡Mirad, mirad! ¿Es aquello el castillo de Killimoooin?

Lo era. Se alzaba en mitad de la ladera, dominando una abrupta hondonada. Estaba construido con piedras de la misma montaña. No parecía un edificio nuevo, pero tampoco viejo. A Nora le gustó su aspecto. Sus dimensiones eran reducidas, estaba rodeado de torreones y tenía una escalinata, toscamente labrada, también de piedra del mismo monte, ante la puerta principal.

—Creeré estar viviendo dos o tres siglos atrás cuando habite en ese castillo —dijo Peggy—. Es un verdadero castillo, no un antiguo edificio en ruinas o una imitación. Me gusta el castillo de Killimooín. Está de acuerdo con el paraje, ¿verdad?

—Sí —dijo Jack—. Está aproximadamente a medio camino de la cumbre. Y nosotros ya estamos a gran altura.

Sí, estaban a considerable altura. Pero la cumbre se hallaba aún muy por encima de ellos. El valle se extendía allá abajo, largo y profundo. El viento empezó a soplar. Nora se estremeció.

—¡A ver si va a resultar que ahora tendré demasiado frío! —exclamó, riéndose.

—No temas —le dijo Ranni—. Lo que sientes es sólo el gran cambio entre el tremendo calor que has pasado y el aire fresco de la montaña. ¿Estás cansada? Antes de merendar échate un rato: te conviene.

—¡Pero si casi debe de ser ya la hora de la merienda! —dijo Mike con un dejo de decepción—. Tengo apetito. Fijaos: ahí está la escalinata. Voy a desmontar.

La guardia del castillo estaba esperando a la familia real. Todos se habían alineado en lo alto de la escalinata. A sus espaldas estaba la gran puerta de hierro, adornada con clavos, abierta de par en par. A los niños les parecieron muy simpáticos aquellos guardianes.

—Éste es Tooku, y ésta Yamen, su esposa —dijo Pilescu—. Todos han vivido siempre en estas montañas. Os gustará hablar con ellos de vez en cuando. Conocen interesantes leyendas y cuentos de estos lugares.

Tooku y Yamen saludaron a los niños con grandes muestras de alegría. Era gente sencilla y de corazón noble a la que no inquietaba la presencia de la familia real y que, en cambio, se alegraba de ver tantos niños juntos.

Pronto estuvieron todos instalados. Las habitaciones no eran, ni mucho menos, tan grandes y lujosas como las que tenían en palacio, pero esto no les importaba. Las habitaciones del castillo, aunque más pequeñas, tenían los techos más altos. En las paredes había tapices antiguos. No tenían cortinas y las ventanas eran estrechas, pero desde ellas se gozaba de una espléndida vista...

Se veía una sucesión de montañas, algunas envueltas en nubes, y en las cumbres de la mayoría de ellas había aún nieve. Los árboles que las poblaban, vistos desde el castillo, parecían una alfombra de hierba. El valle se divisaba allá lejos, muy lejos.

—El castillo de Killimooín tiene algo propio —dijo Jack con énfasis—. El palacio es alegre y moderno y todo está montado en él a la moderna. En cambio, Killimooín es severo, sólido y bravío. No hay agua caliente en los dormitorios. Tampoco he visto ningún cuarto de baño, y nuestras camas parecen toscos bancos con mantas y almohadas. Todo esto me gusta.

Desde el primer momento, para los niños resultó divertida la estancia en el castillo. Podían ir adonde se les antojara: a la cocina, a los torreones, a las bodegas...

A la mañana siguiente Ranni dijo a los cinco del grupo:

—Cada uno de vosotros tiene un potro a su disposición. Podéis montarlos y salir cuando os plazca e ir adonde queráis, pero siempre acompañados por Pilescu o por mí.

—¿Por qué no podemos ir solos? —preguntó Paul, enfurruñado—. No nos pasará nada.

—Podéis perderos por las montañas —respondió Ranni—, cosa sumamente fácil. Tenéis que prometernos que no saldréis nunca sin la compañía de uno de nosotros.

Nadie quería hacer esta promesa. Era mucho menos divertido salir bajo la vigilancia de una persona mayor que solos. Pero Ranni repitió, inflexible:

—Tenéis que prometerlo. Si no hay promesa, no hay potros. ¡Lo digo en serio!

—Entonces tenemos que prometerlo —dijo Jack—. Bien. Prometo no salir de paseo sin niñera.

—Yo también lo prometo —dijo Mike.

Las niñas lo prometieron igualmente.

—¿Y qué me dice Su Alteza? —preguntó Ranni, volviéndose hacia Paul, que seguía enfurruñado.

—Ya que no hay más remedio, lo prometo también —dijo Paul—. Pero no hay ningún peligro. De eso estoy seguro.

Paul estaba equivocado: había peligro..., aunque era un peligro del que nadie tenía la menor idea.

CAPÍTULO VII BEOWALD, EL CABRERO CIEGO

Dos días después Killimooín quedó envuelto en una niebla tan densa, que Ranni y Pilescu no se atrevían a salir en sus potros, aunque habían prometido a los niños llevarlos a explorar los alrededores.

—Con esta niebla nos exponemos a perdernos —dijo Ranni mirando por la ventana—. La espesa capa de vapor impide ver el valle desde aquí. Y aún a esta altura, la niebla es tan compacta, que es fácil salirse del camino e irse rodando ladera abajo.

—¡Qué desengaño! —suspiró Paul—. ¿Qué haremos si no salimos?

Yamen asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—Podéis venir a merendar con Tooku y conmigo —dijo—. Tenemos una merienda que os gustará, y, además, podréis preguntarnos todo lo que os interese de estos lugares.

—¡Aceptamos! —dijo Jack a sus amigos—. Así podremos hacer preguntas sobre el Bosque Secreto. Es muy posible que conozcan viejas leyendas acerca de ese misterioso lugar. ¡Oh, qué emocionante!

Los niños pasaron un buen rato durante la merienda en la cocina del castillo. Ardía en el hogar un gran fuego sobre el que colgaba una enorme olla negra. En esta olla se cocía lentamente la sopa para la cena. Una apetitosa merienda se extendía sobre la mesa de madera. Los niños la saborearon con deleite. No consistía en emparedados, sabrosos buñuelos ni exquisitos bizcochos o pasteles, sino en grandes montones de rebanadas de pan recién hecho por Yamen, en crujientes tostadas con mantequilla o miel de abejas salvajes, y en un raro pastel cuyo sabor agridulce era delicioso.

—Yamen, cuéntenos todo lo que sepa del Bosque Secreto —le rogó Nora mientras saboreaba una tostada con mantequilla—. Lo hemos visto desde el avión. Es enorme y misterioso.

—¡El Bosque Secreto! —exclamó Yamen—. Nadie sabe nada de él. Está oculto entre las montañas, en un lugar al que no puede llegar el hombre.

—¿Nadie vive en él? —preguntó Jack, recordando la espiral de humo que le pareció haber visto.

—¡No se puede llegar a ese bosque! —exclamó Tooku con su voz áspera desde un extremo de la mesa—. No hay ningún camino que atraviese las montañas de Killimooín.

—¿Nadie ha podido pasar nunca? —preguntó Jack.

Tooku movió la cabeza negativamente.

—Ya os he dicho que no hay ningún camino que llegue hasta el bosque. Me han hablado de uno, muy empinado, que sube hasta la cima, desde donde se puede ver el

gran bosque; pero no hay ninguno que baje por el otro lado. Ni una cabra podría bajar por allí.

Los niños escuchaban en silencio, desilusionados al oír decir que no había ningún camino que condujera al bosque. Tooku debía estar bien enterado, puesto que vivía desde hacía muchos años en aquellas montañas.

—Ranni no nos permite salir solos —se lamentó Paul—. Nos trata como si fuéramos niños pequeños. ¿Quiere decirle usted que no hay ningún peligro en estas montañas, Tooku?

—Sí que hay peligro —afirmó Tooku—. Hay bandidos. Los he visto desde aquí. Cuando se construyó este palacio el año pasado, esos ladrones debieron de alegrarse, diciéndose que por aquí pasarían viajeros.

—¿Qué ladrones? —preguntó Jack—. ¿Dónde viven? ¿Hay muchos?

—Sí, hay muchos —respondió Tooku, asintiendo con su poblada cabeza de recios cabellos—. A veces roban a los pobres campesinos que regresan de noche, conduciendo a sus cabras y a sus gallinas. Y también asaltan a los viajeros que pasan por la lejana carretera.

—¿Por qué no se les detiene y se les castiga? —preguntó el príncipe, indignado—. ¡No quiero que haya bandidos en mi país!

—Nadie sabe dónde se esconden —dijo Yamen—. Es una banda feroz y terrible. Yo creo que tienen su guarida en lo alto de las montañas.

—¡Tal vez vivan en el Bosque Secreto! —dijo Jack.

—¡Qué pesado estás con tu Bosque Secreto! —dijo Nora—. No insistas, Jack. Ya te han dicho varias veces que no hay ningún camino para llegar hasta él.

—¿Hay animales salvajes en estas montañas? —preguntó Mike.

—Hay lobos —repuso Yamen—. Los oímos aullar cuando la nieve lo cubre todo y no pueden encontrar alimento. A veces llegan hasta el castillo. Y los hemos visto más de una vez.

—¡Qué miedo! —dijo Nora, temblando—. Me alegro de haber prometido a Ranni que no saldría sin su compañía o la de Pilescu. No me gustaría que me capturasen los bandidos o me devorasen los lobos.

—No creas todo lo que te cuenten —le dijo Peggy en voz baja.

Yamen la oyó. No entendió todo lo que la niña dijo, pero lo dedujo.

—Ya veo que crees que todo esto es falso, habladurías —dijo—. Pero id a hablar con Beowald, el cabrero ciego, y ya veréis. Os contará otras muchas historias extrañas de estos montes.

¡El ciego Beowald! El nombre les gustó. Preguntaron dónde lo podrían ver.

—Id por el camino que sube zigzagueando a espaldas del castillo —respondió Tooku—. Cuando lleguéis a un pino partido y chamuscado por un rayo, tomad el sendero de cabras que se dirige a la izquierda. Es un sendero áspero y pedregoso,

pero vuestros potros lo recorrerán fácilmente. Seguidlo hasta que lleguéis a un manantial que brota detrás de una gran roca. Entonces llamad a voz en grito a Beowald, y él os oirá, pues sus oídos son tan finos como los de una liebre montañesa. Incluso puede oír crecer la hierba en primavera, y el paso de una estrella fugaz en noviembre.

El día siguiente amaneció hermoso y despejado. Los niños recordaron a Ranni su promesa y éste les sonrió. Sus ojos centelleaban bajo la luz del sol.

—Iremos —dijo—. Voy a buscar los potros. Nos llevaremos la comida y exploraremos los alrededores.

—Queremos visitar a Beowald el cabrero —dijo Paul—. ¿Has oído hablar de él, Ranni?

Ranni afirmó con un movimiento de cabeza. Fue a buscar los potros mientras Nora y Peggy corrían a suplicar a Yamen que les preparase algo de comida.

Pronto estuvieron listos para emprender la marcha. Ranni obligó a los niños a ponerse las capas baronianas, ribeteadas de piel, porque, según dijo, si de pronto los envolvía la niebla, sentirían frío.

Se pusieron en marcha por el empinado camino que subía zigzagueando a espaldas del castillo. Los potros posaban con seguridad las patas en el suelo pedregoso, haciendo rodar un alud de piedrecillas que bajaban por la ladera produciendo un leve ruido mientras ellos seguían avanzando. Los animales eran hermosos, jóvenes, dóciles, nerviosos. Pronto los niños se encariñaron con ellos.

Ranni dirigía la expedición y Pilescu cerraba la marcha. La caravana subía alegremente por la ladera bajo el sol matinal.

—Hemos de buscar un pino chamuscado y partido por un rayo —dijo Jack a Ranni que iba delante de él—. Luego tomaremos el camino de cabras que va hacia la izquierda.

—¡Por allí pasa un águila! —exclamó de pronto Nora, viendo un ave de enormes alas que surcaba el aire y cuya figura se recortaba en el cielo—. ¿Son peligrosas las águilas, Pilescu?

—No temas, no nos atacarán —le contestó Ranni—. Sus víctimas son los cabritos recién nacidos. Los atrapan y se los llevan para alimentar a sus crías.

—A lo mejor nos encontramos con algún lobo —dijo Peggy, que no deseaba tener este encuentro.

—¡Qué divertido es escalar montañas a caballo! ¡Me encanta esta excursión!

—¡Mirad! ¡Allí está el pino chamuscado! —gritó Paul—. Pronto llegaremos a él. ¡Qué aspecto tan feo tiene! La mayoría de los pinos son altos y rectos.

El pino resquebrajado parecía señalar hacia la izquierda, donde el camino se dividía en dos. De estos dos ramales, el izquierdo era un sendero de cabras. Fue el que tomaron los potros siguiendo por él. Sus herraduras producían un ruido agradable

al chocar con las piedras.

¡Qué hermoso lugar! El aire era fresco y limpio y el valle que se extendía allá abajo brillaba bajo el sol estival. De vez en cuando, una nubecilla pasaba flotando por debajo de ellos. Una vez creyeron tener una encima, pero cuando, en su ascensión, se encontraron dentro de ella, vieron que se trataba sólo de una ligera niebla.

—¿Qué será eso? —preguntó Jack, cuyo agudo oído había captado algo.

—Debe de ser algún manantial que brota cerca de aquí —dijo Nora deteniendo a su potro—, o tal vez el riachuelo del que Tooku y Yamen nos han hablado. Debemos de estar cerca del sitio donde habita Beowald.

—¡Mirad! Esto está lleno de cabras —dijo Peggy, señalando la ladera de la montaña.

Efectivamente, pacían por allí muchas cabras. Algunas habían dejado de comer y miraban a los niños, sorprendidas; otras pasaban de roca en roca, dando saltos tan arriesgados, que los niños no podían mirarlas sin estremecerse.

—Las cabras son como los artistas de circo —dijo Mike, echándose a reír al ver que una cabra emprendía una especie de vuelo desde un peñasco y aterrizaba con las cuatro patas juntas sobre una piedra que apenas tenía un palmo de superficie—. ¡Ya vuelve a saltar! ¡No sé cómo no se despeñan!

—Deben de ser las cabras de Beowald —dijo Peggy—. Ranni, llame usted a Beowald, por favor.

Pero antes de que Ranni lanzase la llamada, otro ruido llegó a los oídos de los muchachos. Era un sonido extraño, quejumbroso, una especie de melodía sin principio ni fin. Los niños escucharon con cierta inquietud.

—¿Qué será? —preguntó Peggy.

Avanzaron un poco más y llegaron a una gran roca junto a la cual salía, saltando, un arroyo de aguas transparentes. Éstas brotaban de un agujero que había en la ladera. Al otro lado de la roca vieron tendido a un joven que vestía únicamente unos burdos pantalones de piel de cabra. Alrededor de su cuello llevaba una cinta de piel, de la que colgaba una especie de flauta. En ella tocaba el cabrero sus extrañas e interminables melodías.



Éste se sentó al oír que los niños bajaban de sus potros. Los muchachos se dieron cuenta de que los hermosos ojos oscuros del pastor eran ciegos. No tenían luz; no veían nada. Pero el joven tenía el semblante alegre y dijo a los niños con voz profunda y musical:

—¡Al fin han llegado! Hace dos horas que he empezado a oírlos subir. Los esperaba.

—¿Cómo sabía que veníamos a verle? —preguntó Paul, extrañado.

El ciego Beowald sonrió. Su sonrisa era extraña: aunque su boca se curvaba hacia arriba, sus ojos permanecían vacíos y sin luz.

—Lo sabía —respondió Beowald—, porque yo sé todo lo que pasa en mis montañas. Sé cuándo vuelan las águilas allá arriba, sobre mi cabeza. Reconozco el aullido de los lobos en la noche. Noto las flores silvestres que crecen bajo mis pies y los grandes árboles que me dan sombra. Conozco Killimooín mejor que nadie.

—¿Sabe usted algo del Bosque Secreto? —le preguntó Paul con vivo interés. Los demás niños entendían ya el baroniano, aunque aún no lo sabían hablar correctamente. Escucharon con atención la respuesta de Beowald.

—Puedo conducirles a un sitio desde el que se ve ese bosque. Pero no hay ningún camino que llegue hasta él. He seguido a mis cabras por todas partes en estas montañas y hemos llegado a las cumbres. Pero nunca hemos descendido por el otro lado. Allí no hay caminos ni para las cabras.

Los niños estaban defraudados.

—¿Es cierto que hay bandidos en estos montes? —preguntó Jack, chapurreando el baroniano. Beowald lo entendió.

—A veces, durante la noche, oigo pasar a unos hombres extraños —dijo el cabrero—. Bajan de las cumbres, llamándose unos a otros, como hacen los búhos. A mí me dan miedo. Por eso me escondo en mi cueva. Esos bandidos son feroces y desalmados, como los lobos que rondan en invierno. Atacan a los hombres de paz para robarles, y han herido a más de uno.

—¿Dónde habitan? —preguntó Paul, atemorizado.

Beowald fijó en el príncipe sus ojos oscuros y ciegos.

—Eso no lo he sabido nunca —dijo—. No tienen hogar ni refugio fijo. Precisamente por eso les temo: no pueden ser buenos, porque todos los hombres normales tienen su casa.

—¡Eso no puede ser verdad! —dijo Jack en inglés—. Todos los hombres viven en alguna parte, aunque sean bandidos. Paul, pregunta a Beowald si vivirán en alguna cueva, como él.

Paul lo preguntó al cabrero, y éste movió negativamente la cabeza.

—Conozco todas las cuevas que hay en las montañas —dijo—. Y todas son mías, ya que sólo yo he puesto el pie en ellas. Vivo aquí arriba durante todo el verano, y los meses fríos del invierno los paso en el valle al lado de mi madre. Cuando el tiempo es bueno, me siento feliz aquí, con mis cabras y mi música.

—Toca algo para nosotros —le rogó Peggy.

El cabrero se llevó la flauta de madera a los labios y empezó a tocar la melodía de siempre. Las cabras que estaban cerca levantaron la cabeza para escuchar. Los cabritos se acercaron más. Una cabra vieja de gran tamaño y grandes cuernos en espiral, se detuvo junto a Beowald y apoyó su hocico en el hombro y junto al rostro del cabrero.

Beowald cambió de melodía. No era ya como el riachuelo que bajaba por la ladera canturreando, sino como el aire borrascoso que rugía en el monte, barría el valle y silbaba en las copas de los pinos y de los abedules.

Los niños sintieron deseos de bailar y saltar. Las cabras notaron el cambio de música y empezaron a brincar como locas. Era un espectáculo sorprendente. Jack miró la cara del ciego y vio que expresaba felicidad. Cabras, montañas, música... ¿Qué más podía desear Beowald en su mísera, singular y solitaria vida?

CAPÍTULO VIII UN DÍA EN LAS MONTAÑAS

—¿Podemos quedarnos a comer aquí en compañía de Beowald? —preguntó Paul de pronto—. Estoy hambriento, Ranni. ¡Sería tan agradable comer bajo este sol, acariciados por este fresco airecillo y mientras escuchamos a Beowald!

—¡Creo que Beowald preferirá comer con vosotros que estar tocando la flauta mientras vosotros os zampáis la comida! —dijo Ranni riendo—. Preguntadle si quiere comer con vosotros.

El cabrero sonrió al oír lo que Ranni decía. Asintió con un movimiento de cabeza, luego dio una voz que dispersó a las cabras y finalmente se sentó, con la cara vuelta hacia el valle como si lo mirara.

—¿Dónde duermes por las noches? —le preguntó Paul—. ¿Dónde está tu cueva?

—No lejos de aquí —contestó Beowald—. Pero a veces duermo de día y salgo de noche.

—¿Cómo puedes encontrar tu camino en medio de la noche? —preguntó Peggy, pensando en la oscuridad de las montañas, en lo escarpado de sus laderas y en sus peligrosos precipicios.

—Para mí siempre es de noche —respondió—. Veo con los oídos y con los pies. Aunque esté andando horas y horas por estas montañas, siempre sé exactamente dónde estoy. Las piedrecillas que hay bajo mis pies, las rocas que toco, la hierba, las flores, todo me indica el sitio en que me encuentro. El aroma de los pinos, el olor del tomillo, incluso el aire, me revelan el lugar donde estoy. Voy y vengo más seguro por estas escarpadas montañas a pesar de mi ceguera que vosotros con vuestra buena vista.

Los niños escuchaban al cabrero ciego mientras Ranni y Pilescu preparaban la comida. Había bocadillos para todos y unas pequeñas galletas duras y dulces que se comían con el queso de leche de cabra. Beowald comió con ellos. La alegría iluminaba su rostro. ¡Era un gran día para él!

—Beowald, llévanos adonde podamos ver el Bosque Secreto —le pidió Paul—. ¿Está muy lejos?

—A más de dos horas de aquí —contestó el cabrero.

Señaló con el dedo en una dirección determinada, cosa que los niños no comprendieron cómo podía hacer sin tener vista, y añadió:

—El camino está allí. Es empinado y peligroso, pero vuestros potros os llevarán con seguridad.

Los niños estaban emocionados ante la idea de ver el Bosque Secreto desde una cima de aquellas montañas. Ya se hallaban a considerable altura, aunque la cumbre estaba todavía lejos. El aire era frío, y cuando soplabla el viento los niños tenían que envolverse en sus capas ribeteadas de piel. No comprendían cómo Beowald podía ir

sin nada en el cuerpo.

Terminada la comida, se levantaron. Ranni trajo los potros. Éstos se habían entretenido mordisqueando la hierba corta que crecía en aquel lado de la montaña, menos pedregoso que los demás. Los niños se encaramaron a las sillas y los potros levantaron la cabeza alegremente. ¡Creyeron que regresaban a casa! Pero se equivocaron. Beowald conducía la caravana, subiendo por un terreno pedregoso que incluso para las cabras era difícil.

—No comprendo cómo Beowald puede seguir una dirección determinada —gritó Peggy a Nora—. No se ve ningún camino por ninguna parte.

—Seguramente se trata de pasos que sólo las cabras conocen —dijo Ranni—. Delante de nosotros va la vieja cabra de cuernos retorcidos. Parece que nos va indicando el camino.

—¡Sí, mi cabra sabe muy bien cuándo puede ayudarme! —dijo el cabrero.

Luego se llevó la flauta a la boca, hizo sonar unas notas alegres y la vieja cabra se acercó en seguida a él, brincando con ligereza.

—¡Ahora no te alejes! —le ordenó el cabrero.

La cabra lo comprendió y siguió caminando delante de Beowald. Se detenía cada vez que su amo se subía a una roca. Beowald era tan ágil como las mismas cabras, y los niños se extrañaban de ver que un ciego andase por el monte con tanta seguridad. Beowald conocía palmo a palmo el terreno.

Subieron y subieron durante un buen rato. A veces el camino era tan abrupto y de pendiente tan viva, que los potros casi no podían mantener el equilibrio. Sus pezuñas arrancaban piedras y tierra que rodaban ladera abajo.

Ranni y Pilescu empezaron a dudar de si era conveniente seguir adelante. Ranni detuvo a su rollizo potro.

—¡Beowald! ¿Sigue siendo el camino cada vez más empinado? —preguntó—. Me parece peligroso para los niños.

—¡Oh Ranni! —exclamó Paul, malhumorado—. ¡Si no hay ningún peligro! ¡No volveré atrás sin haber llegado a la cumbre! ¡No, no volveré atrás!

—Pronto llegaremos —dijo Beowald, volviendo hacia Ranni sus grandes ojos vacíos—. ¡Ya huelo el bosque!

Los niños husmearon el aire ávidamente, pero no percibieron ningún olor nuevo. En aquel momento hubieran dado cualquier cosa por tener el olfato y el oído tan finos como Beowald. Éste no tenía vista, pero sus demás sentidos eran mucho más agudos que los de todos ellos.

Llegaron a un paso escarpado y estrecho. Uno a uno, los potros fueron salvándolo. Para ello hubieron de restregar sus cuerpos contra una pared rocosa, porque en el lado opuesto había un profundo precipicio. Nora y Peggy se taparon los ojos, pero los chicos no tuvieron miedo. Por el contrario, les entusiasmaba la

aventura.

Primero pasó la vieja cabra; luego, Beowald.

—¡Aquí es! —gritó el cabrero.

El difícil paso se ensanchaba después de contornear un saliente de la montaña. Una vez allí, los niños vieron que se hallaban al otro lado de los montes Killimoooin. No estaban en la cima, pero, después de contornear el saliente, dominaban el lado opuesto de la cordillera y tenían ante sus ojos lo que tanto deseaban ver: ¡el Bosque Secreto!

—¡El Bosque Secreto! —exclamó Paul.

Jack repitió como un eco sus palabras.

—¡El Bosque Secreto! ¡Qué extenso es! ¡Y qué espeso y qué oscuro! ¡Estamos a gran altura sobre él!

Los ocho miraban hacia el fondo del valle que ocupaba el centro del vasto anillo de montañas. Beowald era el único que no podía ver la inmensidad de aquel espeso bosque que se extendía en lo más hondo del valle y que todos los demás estaban contemplando.

—¡Qué misterioso es! —exclamó Jack—. Aquí todo parece plácido y sereno. Ni siquiera el viento hace ruido. Me gustaría ver la espiral de humo que creí distinguir cuando volamos a ras del bosque durante nuestro paseo en avión.

Pero no se veía ni rastro de humo. Tampoco se oía el ruido más leve. El bosque aparecía tan quieto y silencioso, que se habría dicho que estaba muerto desde hacía mil años.

—¡Ya estamos aquí contemplando el Bosque Secreto! —exclamó Mike—. Desde luego, nunca podremos llegar a él.

Miró hacia abajo desde la cornisa en que estaban. A sus pies había una pendiente lisa y casi vertical, por donde ni las cabras podían descender. Por lo menos, así le pareció al niño.

—Ya veis por qué es imposible cruzar estas montañas —dijo Ranni—. No hay ningún camino para bajar por este lado. Todos los pasos son tan difíciles y peligrosos como éste. Ningún hombre se atrevería a descender por la pared de este precipicio ni siquiera con ayuda de cuerdas.

A las niñas no les gustaba ver aquel profundo y áspero abismo que se extendía a sus pies. Habían subido a muchas montañas en África, pero a ninguna tan abrupta como aquélla.

—Volvamos ya; siento un poco de vértigo —dijo Nora.

—Sí, ya es hora de que nos vayamos —dijo Ranni, consultando su reloj—. Si no nos damos prisa, llegaremos tarde.

—Los llevaré por otro camino —dijo Beowald—. Es más corto. Síganme.

Rodeado por sus cabras, el ciego empezó a bajar. Andaba tan seguro como sus

cabras. Causaba admiración verlo. Lo seguían los potros, dando ligeros resbalones en los lugares más difíciles y de pendiente más viva. Estaban ya cansados y se alegraban de haber iniciado el regreso al castillo.

El descenso les parecía interminable. De pronto, Nora lanzó una exclamación que los sobresaltó a todos.

—¡Ya se ve el castillo de Killimoooin! ¡Hurra! ¡Dentro de una hora estaremos en casa!

Bordearon un saliente y, de súbito, apareció ante sus ojos una extraña construcción adosada a la pared rocosa de la montaña. Se detuvieron para contemplarla.

—¿Qué es esto? —preguntó Paul.

Ranni se encogió de hombros. No lo sabía; Pilescu tampoco.

—Parece un templo —dijo Nora, recordando los templos de piedra reproducidos en las láminas de su libro de historia.

Pero éste tenía algo especial: parecía construido dentro de la roca. La entrada era un gran arco medio derruido con columnas toscamente labradas a ambos lados.

—¡Beowald! ¿Sabes qué edificio es éste? —preguntó Jack.

El cabrero retrocedió y se detuvo junto al potro de Jack.

—Es una construcción antigua, muy antigua —dijo—. Es un lugar maldito. Creo que en otro tiempo vivieron aquí hombres malos, que fueron convertidos en estatuas como castigo. Siguen todavía aquí: yo los he tocado con mis manos.

—¡Qué horrible! —exclamó Peggy, aterrada—. ¡Hombres de piedra! ¡Eso no puede ser verdad!

—Vamos a verlo —dijo Jack, que no se asustaba por nada.

—¡Oh, no; gracias! —contestaron las niñas inmediatamente.

Pero los niños ansiaban ver el interior de aquel extraño edificio en ruinas. Beowald no entró con ellos: se quedó con las niñas.

—Ven, Mike. Vamos a ver cómo son estos temibles hombres de piedra —dijo Jack, sonriendo con ironía.

Bajó también de su potro y atravesó el gran arco medio derruido. En el interior de aquel extraño templo reinaba una profunda oscuridad.

—¿Tienes una linterna, Mike? —le preguntó Jack.

Mike solía llevar una linterna, un cuchillo, un cordel y cualquier cosa que uno pudiera desear, todo ello distribuido en sus bolsillos. Mike se los palpó y extrajo una linterna.



La encendió y los dos niños se estremecieron de horror. Incluso Ranni y Pilescu, que los habían seguido, se asustaron. Ante ellos, en el interior de aquella especie de templo, había un gran hombre de piedra sentado en una roca baja y de lisa superficie.

—¡Oooh! —exclamó Paul, asiendo con las suyas la mano de Ranni.

—¡Es una estatua antigua! —dijo Jack riéndose de sí mismo y avergonzado de haber sentido miedo—. ¡Mirad! Hay más. Todas están rotas. Deben de tener muchos años. ¡Qué raras son! ¿Quién las habrá traído aquí?

—Hace muchos, muchísimos años, los baronianos creían en extraños dioses —dijo Ranni—. Seguramente, estas figuras de piedra son las imágenes que idolatraban. Esto debe de ser un antiguo templo olvidado, conocido sólo por Beowald.

—La estatua sentada es la única que está entera —dijo Jack—. Sin embargo, tiene una grieta en la cintura. ¿La veis? Algún día caerá partida en dos... ¡Qué cara tan horrible tiene este hombre de piedra! Parece estar haciendo una mueca.

—Estas estatuas son muy toscas —dijo Pilescu pasando la mano por ellas—. He visto otras semejantes en otros lugares de Baronia, siempre en templos adosados, como éste, a la ladera de una montaña.

—¡Vámonos ya! —gritó Nora, que empezaba a sentirse fatigada—. ¡Venid! ¿Habéis visto los hombres de piedra? ¿Cómo son?

—Como todas las estatuas, niña asustadiza y cobarde —respondió Jack, saliendo del templo en ruinas—. Debisteis entrar a verlas. ¡Hala! ¡Vámonos!

Se pusieron de nuevo en marcha, bajando por el camino que conducía al castillo de Killimoin. Éste se veía ya claramente, pero aún a bastante distancia. Al cabo de un rato Beowald se despidió y desapareció entre los arbustos, que abundaban en aquel lugar. Sus cabras le siguieron. Los niños le oyeron tocar con su flauta una de sus singulares melodías, continua como el canturreo del agua que corre por un riachuelo.

—Beowald me es simpático —dijo Nora—. Me gustaría que fuera de nuestro grupo. Me da pena que sea ciego. Me asombra la facilidad con que encuentra los caminos y la seguridad con que recorre estas montañas.

Los potros seguían avanzando. Al fin llegaron al camino que conducía al castillo directamente, luego lo contorneaba y terminaba ante la escalinata del pórtico. Ranni los guió hasta la misma cuadra y Pilescu condujo a los cinco niños al interior del castillo.

Aunque un poco tarde, tuvieron una succulenta merienda. Luego empezaron a bostezar tan larga y ruidosamente, que Pilescu los envió a la cama.

—¿Sin cenar? —exclamó Paul.

—Esta merienda os servirá de cena —dijo Pilescu—. Estáis medio dormidos. El aire de montaña es tan fuerte, que fatiga incluso a los hombres hechos y derechos. Id a acostaros y mañana os levantaréis descansados y frescos.

Los niños se fueron a la cama.

—Me alegro de haber visto el Bosque Secreto —dijo Jack—. Y también aquel extraño templo con sus viejas estatuas de piedra. Me gustaría volverlas a ver.

Su deseo se cumplió. Los vio de nuevo... Y recibió una de las mayores sorpresas de su vida.

CAPÍTULO IX LOS BANDIDOS

Transcurrieron varios días sin que los niños hicieran otra cosa que corretear por la falda de la montaña, en busca de fresas salvajes y observando los animalitos que poblaban aquellos parajes. Yamen y Tooku contaron nuevas leyendas a los niños y movieron la cabeza afirmativamente cuando Jack les habló del templo en ruinas y de sus extrañas estatuas.

—¡Ah, sí! ¡Es muy antiguo! La gente no se acerca a él ahora porque dicen que las estatuas cobran vida por las noches y se pasean.

Los niños se echaron a reír al oír esto. Se dijeron que los campesinos tenían supersticiones graciosas. Yamen creía en hadas y duendes. Cada vez que hacía mantequilla llenaba un tazón de nata y lo dejaba junto a la puerta de la cocina.

—¡Es para el duende que vive en esta cocina! —explicaba.

—Oiga, Yamen, el que se bebe la nata es su gran gato negro y no el duende —le decía Nora.

Pero Yamen movía negativamente su cabeza gris: estaba segura de que no era el gato.

Yamen solía ir todas las semanas al pueblo para comprar lo que hacía falta. Este pueblo estaba al pie de la montaña. Tenía un asno, y Tooku tenía dos de estos testarudos animales. Muchas veces Tooku acompañaba a Yamen. Cada cual iba montado en su asno, y el que sobraba los seguía transportando dos grandes cestos que colgaban a modo de albarda a ambos lados de su cuerpo rollizo. En estos cestos se cargaban las cosas que Yamen compraba en el mercado.

Un día Yamen y Tooku salieron para el pueblo seguidos, como de costumbre, por el tercer asno. Se pusieron en marcha por el sendero y los niños les dijeron adiós desde el castillo.

—¡Volveremos con tiempo suficiente para prepararos una buena merienda! —les gritó Yamen—. Os traeré rosquillas recién hechas y miel.

Pero a la hora de la merienda ni Yamen ni Tooku habían llegado. Ranni y Pilescu observaban el camino desde la gran puerta del castillo. Estaban un poco preocupados. Era raro que no apareciera ninguno de los dos; a aquella hora debían haber regresado ya. El camino se distinguía hasta muy lejos y no se veía ni la menor señal de Yamen ni de Tooku.

—¡Quiera Dios que no les haya pasado nada! —dijo Nora.

Transcurrió una hora; luego otra. Los niños habían merendado ya y paseaban por los alrededores del castillo. Para entretenerse tiraban piedras a un precipicio y se recreaban viéndolas saltar y rebotar en las paredes casi verticales.

—¡Mirad! —dijo de pronto Ranni.

Todos miraron hacia el camino. Un solo asno subía por él lentamente, llevando a

alguien montado en su lomo, mientras otra persona andaba penosamente delante de él. Ranni se apresuró a ir en busca de un caballo y salió galopando por el camino para ir al encuentro de los que llegaban y averiguar lo que había ocurrido.

Los niños esperaban con ansiedad. Querían mucho a Tooku y a Yamen. Apenas llegaron éstos al castillo en compañía de Ranni, los niños les rodearon.

—¿Qué ha ocurrido, Yamen? ¿Dónde están los otros asnos, Tooku? ¿Se ha hecho daño en el brazo?

—¡Pobres de nosotros! —gimió Yamen—. Nos han asaltado los bandidos. Nos han quitado todo lo que traíamos y se han llevado también nuestros asnos. Tooku ha intentado detenerlos y ellos le han roto el brazo. ¡Qué desgraciados somos! ¡Qué mala suerte hemos tenido! ¡Nos han quitado la compra y dos de nuestros asnos!

—Se han llevado los tres —dijo Tooku—, pero éste debe de haberse escapado. Lo hemos oído correr detrás de nosotros cuando regresábamos a pie.

—¿Cómo eran los bandidos? —preguntó Jack.

—Gente muy rara —contestó Yamen—. Son pequeños y delgados. Llevan cinturones de piel de lobo y todos tienen una cola, también de lobo, de color encarnado. ¡Qué raros y feroces son!

—Hemos oído más de una historia como ésta en la ciudad —dijo Tooku a Ranni y Pilescu—. Han asaltado a muchos viajeros. Se apoderan de las mercancías, pero no del dinero. Bajan de la montaña como cabras y luego se ocultan nadie sabe dónde.

—Supongo que la gente del pueblo habrá ido en busca de su guarida —dijo Ranni—. ¿Han explorado bien toda la ladera de esta montaña?

—¡Han buscado por todas partes! —dijo Yamen—. No han pasado por alto ni una cueva, ni ningún rincón. Y no se ha visto en ninguna parte señal alguna de esos fieros bandidos de cola roja.

—¡Pobre Yamen! —exclamó Nora.

La campesina estaba sentada en una silla y temblaba como una hoja. Pilescu vendió el brazo de Tooku. No estaba roto, pero tenía una grave dislocación.

La madre de Paul se enteró en seguida de lo ocurrido y su disgusto fue tanto como su indignación.

—No admito que estas cosas sucedan en Baronia —exclamó—. Enviaré un mensaje al Rey, y él nos enviará los soldados necesarios para que registren toda la montaña.

—Los montañeses ya lo han hecho —dijo Ranni—. No han encontrado nada y, seguramente, los soldados encontrarán aún menos. La procedencia de esos hombres es un misterio.

—¡Tal vez vengan del Bosque Secreto! —dijo Jack.

Sus amigos se echaron a reír.

—¡No seas tonto! ¿Cómo van a venir de un sitio al que nadie puede llegar? —dijo

Mike.

—Vosotros no os alejéis si no vais acompañados de Ranni o de Pilescu —les advirtió la Reina.

—Señora, eso ya lo han prometido —dijo Ranni—. No os preocupéis. Con nosotros están seguros. Siempre vamos armados.

—Ahora me arrepiento de haber venido —dijo la Reina—. Acaso deberíamos regresar. Pero pienso que aún hace más calor que antes en nuestro palacio.

Los niños no tenían el menor deseo de regresar, y menos al saber que en Palacio había aumentado el calor.

—Aquí estamos seguros —dijo Paul—. No temas, mamá: los bandidos no se atreverán a acercarse al castillo.

—¡Qué tonto eres! —respondió la madre—. Ahora que saben que estamos aquí y que hay tránsito de viajeros en los alrededores del castillo, estarán más que nunca al acecho. Vigilarán las carreteras que nos rodean. Pediré que me manden más servidumbre de Palacio. Tendremos que salir siempre en grupo: nadie deberá ir solo.

Todo esto era verdaderamente emocionante. Los niños hablaban continuamente de los bandidos y Mike tocaba su cuchillo de explorador tres o cuatro veces por hora para convencerse de que seguía prendido a su cinturón. Paul pensaba en los tremendos castigos que impondría a los bandidos si se lograba capturarlos. Mike consideraba que sería divertido encerrarlos en una cueva. Jack se imaginaba a sí mismo haciendo huir a un grupo de bandoleros por la ladera de la montaña.

Las niñas no participaban de estas emociones y no se tranquilizaron cuando los tres chicos les prometieron cuidar de ellas.

—¿Qué podríais hacer contra toda una banda de forajidos? —preguntó Nora.

—No sería la primera vez que correríamos una aventura ni que tendríamos que luchar para salvarnos —dijo Mike con altivez.

—Eso es verdad —admitió Peggy—. Hemos pasado momentos de gran emoción y, a veces, nos hemos salvado por poco. Pero no siento el menor deseo de que me persigan y capturen los bandidos aunque vosotros consigáis rescatarme después.

—¡Quizás uno de los bandidos sea el hombre de piedra del templo! ¡Acaso cobre vida por la noche y salga a robar! —dijo Paul haciendo una mueca de burla.

—Me gustaría ir a echar un vistazo a las estatuas —dijo Jack—. Ranni, ¿podríamos ir mañana? Sólo hay una hora de camino a caballo.

—No quiero alejarme mucho del castillo —respondió Ranni—, pero podemos ir hasta ese viejo templo si lo deseáis. De todos modos, no comprendo que queráis ver esas viejas estatuas en ruinas habiéndolas visto ya una vez.

Al día siguiente los niños se levantaron decididos a ir al templo. Resolvieron ir a pie, ya que el templo no estaba muy lejos y Ranni les dijo que les convenía pasear. Se pusieron, pues, en marcha montaña arriba.

Era ya entrada la tarde cuando llegaron. Se habían llevado la merienda. El sol era fuerte. Los niños sudaban y respiraban penosamente mientras subían el último trecho del camino escarpado y pedregoso.

—Allí está el viejo templo —dijo Jack, señalando el arco en ruinas que sobresalía de la pared rocosa de la montaña—. No he visto nada igual. Parece construido sobre una gran cueva. El arco de la entrada debe de estar labrado en la misma montaña. Entremos. Quiero verlo nuevamente por dentro. Esta vez entrad también vosotras, Nora y Peggy. No os quedéis fuera como la vez anterior.

—Está bien —dijo Peggy—. Entraremos.

Todos avanzaron hacia el interior del templo. Encendieron sus linternas. De nuevo observaron al «hombre de piedra», y sonrieron al recordar lo que Beowald les había dicho de aquellas estatuas. Según el cabrero habían sido en otro tiempo hombres de carne y hueso, que se habían convertido en figuras de piedra como castigo a su maldad.

La mayor de las estatuas estaba en el fondo de la cueva, sentada en su roca de lisa superficie, y fijaba sus ojos vacíos en el arco de la entrada. Parecía hallarse en un sitio mucho más protegido que las demás esculturas, pues éstas habían perdido las narices y las manos, y algunas, incluso la cabeza. Jack paseó la luz de su linterna en todas direcciones. De pronto su mano se detuvo.

—¡Mirad! —dijo.

Todos se acercaron a él y miraron al suelo, donde se proyectaba el disco luminoso de su linterna. En medio del círculo de luz se veía la huella de un pequeño pie descalzo. Jack fue recorriendo el suelo con la luz de la linterna y pronto vieron otras huellas iguales: todas eran de un pequeño pie descalzo. Los dedos estaban marcados claramente.

—¡Alguien viene aquí con frecuencia! —dijo Jack.

—Y no es sólo una persona —dijo Mike, arrodillándose y examinando de cerca las huellas que su linterna iluminaba—. Éstas no son iguales que la primera que hemos visto. Miradlas: todos sus dedos están rectos. En cambio, en la otra hay un dedo torcido. Además, éstas son un poco mayores.

—¿No serán de Beowald? —preguntó Nora, recordando que el cabrero iba descalzo.

—No. Sus pies son mucho mayores que los que han dejado estas huellas —dijo Mike—. Me acuerdo de que pensé que Beowald tenía los pies muy grandes.

—¿No serán las huellas de los bandidos? —exclamó de pronto Peggy.

—Es posible —dijo Jack—. Pero no cabe duda de que esa gente no habita aquí. Si habitara, habría sido fácil descubrirla. Además, Beowald lo sabría.

Ranni llamó a los niños.

—¡La merienda está preparada! ¡Debemos darnos prisa, porque parece que vamos

a tener niebla!

Los niños salieron de la oscuridad del templo a la brillante luz del sol. Se sentaron a merendar y contaron a Ranni y a Pilescu lo que habían visto. Pero ni uno ni otro dieron demasiada importancia a la cosa.

—Seguramente, esas huellas son de los montañeses enviados a inspeccionar todos los rincones de la montaña en busca de la guarida de los bandidos —dijo Ranni.

Esto desilusionó a los niños, que ya estaban de acuerdo en que las huellas pertenecían a los bandidos. Mike señaló la colina.

—¡Mirad cuántas nubes hay allá abajo! —dijo—. Parece que van subiendo hacia aquí.

—Sí, suben —dijo Pilescu mientras recogía los restos de la merienda—. Vámonos. No me gustaría que nos perdiéramos a causa de la niebla.

Iniciaron el regreso. De pronto, Jack descubrió un grupo de jugosas fresas silvestres y salió del camino para recogerlas. No se había comido ni una docena, cuando advirtió que la niebla lo había envuelto.

—¡Caramba! —exclamó mientras volvía al camino—. ¡No veo a los demás! Menos mal que conozco el camino. Esto es lo importante.

Llamó, pero no obtuvo respuesta. El grupo había contorneado un saliente y nadie podía oírlo. En las montañas el eco repite las voces, pero la densa niebla amortiguaba los sonidos y Jack no oyó ninguna respuesta a su llamada.

«Me daré prisa y pronto los alcanzaré», pensó el muchacho.

Echó a andar, pero, al cabo de un rato, ya no sabía en qué dirección avanzaba. La niebla se espesó y Jack sintió frío. Se envolvió en su capa ribeteada de piel y se detuvo. Estaba preocupado; no sabía qué hacer.

Algo que le era familiar llamó su atención; algo que estaba en la pared rocosa de la montaña.

—¡Vaya! ¡Estoy otra vez en el viejo templo! —exclamó Jack, extrañado—. Me he equivocado de dirección y he tomado la de ida. Lo mejor que puedo hacer es refugiarme en el templo y esperar a que la niebla pase. Seguramente, pronto pasará. La niebla suele desaparecer con tanta rapidez como llega.

Entró en el templo y se dirigió al lugar en que estaban las imágenes de piedra. Encontró una roca donde pudo sentarse y allí esperó. Empezó a bostezar. Tenía sueño y se le cerraban los ojos. Esperaba que Ranni y Pilescu no se enfadaran demasiado con él.

Se adormiló mientras la niebla se deslizaba ante la puerta del templo. Le despertó un rumor de voces y esperó. Se imaginó que eran sus amigos, que habían vuelto atrás en su busca. Se puso de pie e inmediatamente se volvió a sentar, extrañado por lo que estaba viendo.

El templo se había llenado de voces extrañas y ásperas. Aquella gente hablaba en

baroniano, pero con un deje campesino tan acentuado, que Jack no conseguía entenderlo. La oscuridad era tan profunda, que el chico no podía ver a las personas que hablaban. No se atrevió a encender la linterna. Entonces uno de los hombres se dirigió a la entrada, se asomó al exterior e informó a sus compañeros de que aún había niebla, pero ya empezaba a despejarse. Jack le miró extrañado. Era pequeño y delgado y no llevaba más vestido que una faja de piel alrededor de la cintura. Jack se agazapó en su rincón: de pronto había sentido miedo.



La niebla se fue disipando. Los demás hombres se reunieron con el que estaba en la puerta y todos salieron. Entonces Jack pudo ver que llevaban detrás una cola de lobo, teñida de encarnado. ¡Eran los bandidos!

Eran muchos. ¿De dónde vendrían? No estaban en el templo cuando el muchacho se había quedado dormido y si hubiesen entrado por el gran arco en ruinas él los habría oído. ¿Por dónde habrían entrado? En aquel templo debía de haber alguna puerta secreta. ¿Pero dónde estaría?

CAPÍTULO X

LA ESTATUA PRODIGIOSA

La caverna quedó vacía. Jack se levantó y se deslizó cautelosamente hasta llegar a la entrada. Ya casi no había niebla. No se veía ni rastro de aquellos extraños hombres. «¡Deben de haberse ido a cometer otra de sus fechorías!», pensó el muchacho. «Inspeccionaré el templo, ya que estoy aquí, y procuraré encontrar la entrada que han utilizado esos hombres. En el fondo debe de haber alguna puerta oculta. Seguramente hay una cueva que se comunica con este templo, y en esa cueva deben de vivir. ¡Qué emocionante es todo esto!»

Pero aún no había tenido tiempo para encender su linterna, cuando oyó que le llamaban desde fuera.

—¡Jack! ¡Jack! ¿Dónde estás?

Era la voz de Ranni. Jack salió corriendo del templo-cueva. Ranni estaba un poco más abajo, en el camino. El muchacho gritó con todas sus fuerzas:

—¡Ranni! ¡Estoy aquí sano y salvo! ¡Me he perdido en la niebla!

—¡Date prisa! ¡Ven en seguida! —respondió Ranni—. ¡La niebla vuelve!

—¡Ranni, espere un momento! ¡He descubierto algo interesante! —gritó Jack.

—¡Ven en seguida! —repitió Ranni severamente—. La niebla ya vuelve a subir. Esta vez será más espesa. Ven inmediatamente.

No había más remedio que volver al lado de Ranni. Jack se deslizó por el camino y cuando llegó junto al hombretón baroniano empezó a contarle lo que había visto. Pero Ranni estaba demasiado preocupado por la niebla que subía de nuevo para prestar atención a la animada charla del niño, al que no cesaba de repetir que se diera prisa.

Al cabo de un rato, Jack ya no podía hablar: le faltaba la respiración. Siguió, pues, andando en silencio. Advirtió que Ranni estaba enojado con él.

El resto del grupo había llegado al castillo sano y salvo. Ranni y Jack entraron en el castillo en el momento en que la niebla aparecía de nuevo densa y gris.

—¡Y ahora vamos a ver! —dijo Ranni severamente, encarándose con Jack—. ¿Por qué te has separado de nosotros? He tenido que volver atrás. Podía haber tenido que estar buscándote durante varias horas por toda la ladera de la montaña. No estoy nada satisfecho de tu conducta, Jack.

—Lo siento mucho, Ranni —dijo Jack humildemente—. He visto fresas y no he podido resistir la tentación de saborearlas. ¡Pero también he visto a los bandidos!

—No quiero hablar contigo —dijo Ranni—. Tu comportamiento me ha desagradado mucho.

Y se retiró a su habitación, dejando a Jack plantado.

Jack siguió con la vista al baroniano. Se sentía humillado e insignificante. Fue en busca de sus amigos.

—¡Jack! ¿Qué te ha ocurrido? —gritó Nora, corriendo hacia él—. Cuando hemos notado que no estabas con nosotros, Ranni ha ido a buscarte.

—Tengo algo importante que comunicaros —dijo Jack con ojos resplandecientes de entusiasmo—. ¡Noticias extraordinarias!

—¡Cuenta, cuenta! —exclamaron todos.

—Cuando la niebla me envolvió, no logré veros y me desorienté —dijo Jack—. De pronto, me encontré de nuevo frente al viejo templo. Entré en él para resguardarme de la niebla y me senté en un rincón dispuesto a esperar a que la atmósfera se despejase. Me adormecí durante un rato y me desperté repentinamente al oír que el templo se llenaba de voces. Cada vez se oían más. En esto un hombre se adelantó hacia la entrada para mirar al exterior. ¡Era uno de los bandidos!

—¡Oh Jack! —exclamó Peggy—. ¡No puedo creerlo!

—Pues es verdad —dijo Jack—. Cuando la niebla se disipó, todos se marcharon y entonces vi que detrás de cada uno de ellos colgaba una cola de lobo de color encarnado. Eran unos tipos muy extraños.

—Tal vez entraron en el templo para guarecerse —comentó Mike.

—No —replicó Jack—. No venían de fuera, y eso es lo que más me sorprendió. Estoy seguro de que utilizaron alguna entrada secreta que quizás esté en el fondo del templo. Lo más probable es que haya una gran cueva detrás de la que ocupa el templo y que esta cueva sea la guarida de los bandidos.

—Así pues, las huellas que hemos visto deben de ser de esos hombres —dijo Paul—. ¡Oh, Jack, qué emocionante es todo esto! ¿Qué te ha dicho Ranni cuando se lo has contado?

—No ha querido escucharme —repuso Jack—. Estaba enfadado conmigo.

—Pronto le pasará —dijo Paul—. El mal humor de Ranni nunca dura mucho. Le conozco bien.

Paul tenía razón. Ranni recobró muy pronto su buen humor y cuando entró en la habitación de los niños era el hombre de siempre: amable y sonriente. Los niños se dirigieron a él.

—¡Ranni! ¡Ya sabemos dónde se esconden los bandidos!

—¡Ranni, escúchanos, por favor! Jack ha visto a los salteadores.

Esta vez Ranni prestó atención, y lo que oyó le movió a llamar a Pilescu en seguida. Los dos hombres escucharon atentamente todo lo que Jack les contó.

—Será fácil capturar a la banda —dijo Ranni—. Bastará cercar la cueva. Bien; es posible que estés en lo cierto, Jack: seguramente hay una entrada secreta en algún lugar del templo, y este paso comunica con una gran cueva que debe de estar en el fondo.

—Debemos dar una batida lo antes posible —dijo Pilescu—. Ranni, hoy hay luna llena. Nos procuraremos dos potentes linternas e iremos tú y yo esta noche a

inspeccionar el templo de un extremo a otro.

—¡Oh, Pilescu! ¡Déjeme ir a mí también! —le rogó Jack.

—¡Y a mí! —gritaron a la vez Mike y Paul.

Pilescu movió negativamente la cabeza.

—No. La visita puede ser peligrosa. Vosotros debéis quedaros en el castillo, donde estaréis seguros.

Jack se enfadó.

—¡Eso no está bien, Pilescu! ¡El descubrimiento lo he hecho yo! ¡Tengo derecho a ir! ¡Deben llevarme con ustedes!

—Eso no es posible —dijo Pilescu con firmeza—. Nosotros somos responsables de vuestra seguridad en Baronia y no os permitiremos correr ningún peligro. Ranni y yo iremos al templo esta noche, y mañana os contaremos lo que hayamos visto.

Los dos hombres salieron de la habitación conversando. Jack los siguió con la vista, malhumorado. Estaba a punto de echarse a llorar.

—A esto no hay derecho —protestó—. El descubrimiento lo he hecho yo. Y van a dejarme fuera. Nunca hubiera creído que Ranni y Pilescu fueran capaces de hacer una cosa así.

Viéndole tan apenado y enojado, sus compañeros intentaron consolarle. Jack se sentó y permaneció un rato sin decir nada, con el ceño fruncido. De pronto, tomó una decisión.

—¡Yo iré también! —dijo en voz baja—. Los seguiré y veré si encuentran algo. Esto no me lo pierdo yo.

—Pero prometiste no salir solo —dijo Mike, como para recordarle que ellos no faltaban nunca a sus promesas.

—Pero ten en cuenta que no iré solo: iré con Ranni y con Pilescu, aunque sin que ellos lo sepan —dijo Jack con una mueca de picardía.

Había recobrado el buen humor al hallar el modo de intervenir en aquella aventura. Porque aquello se había convertido en una verdadera aventura.

Sus compañeros se echaron a reír. Jack tenía razón: no iría solo.

Así pues, aquella noche cuando todos estaban ya acostados, Jack permaneció con el oído atento para que Ranni y Pilescu no salieran sin que él se enterase. La luna subía por el cielo y la ladera de la montaña estaba tan iluminada como si fuera de día. De pronto, Jack oyó las voces apagadas de los dos guardianes baronianos y comprendió que se dirigían a la puerta principal.

Como no se había desnudado, estaba preparado para seguirlos. Se deslizó tras ellos tan silenciosamente como un gato. Sus amigos le susurraron:

—¡Buena suerte!

—¡Procura que Ranni no te vea! ¡Si te ve, te llevarás un buen rapapolvo!

—¡Mucho cuidado, Jack!

La puerta principal se abrió y se cerró de nuevo sin ruido. Jack se detuvo un momento. Luego la abrió y salió detrás de los dos hombres. Debía tener la precaución de avanzar por las sombras porque sería fácil verlo si se exponía a la claridad de la luna.

Ranni y Pilescu subieron por la ladera. Iban en silencio y procurando no hacer el menor ruido. Vigilaban atentamente por si veían algo que indicara la presencia de los bandidos, pero no descubrieron ni el menor vestigio de ellos. Aquel atardecer había llegado al castillo la noticia de que un grupo de montañeses que regresaban del mercado habían sido asaltados y robados aquella misma tarde, y Ranni y Pilescu estaban seguros de que los asaltantes eran los hombres que Jack había visto en el templo.

—Si conseguimos encontrar la entrada de su guarida, haremos venir unos cuantos soldados y los colocaremos en el interior del templo, de modo que vayan capturando a los ladrones uno por uno a medida que salgan.

Pilescu asintió. En esto oyó un ruido y se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Ranni, bajando la voz cuanto pudo.

—Nada —contestó Pilescu al cabo de un instante—. Creía haber oído algo.

¡Y así era! Había oído el ruido de una piedra que Jack había hecho rodar involuntariamente ladera abajo. Jack los seguía de cerca. El niño se detuvo cuando Pilescu lo hizo, y no se movió hasta que los dos hombres echaron a andar de nuevo.

Al cabo de una hora llegaron al viejo templo. La luna iluminaba la entrada. Ranni lanzó una exclamación de inquietud al entrar y ver, iluminada por la luna, la cara de la figura de piedra situada en el fondo del templo. ¡Parecía un ser vivo!

—Ahora —dijo Ranni, encendiendo su linterna y enfocándola en todas direcciones— tú vas por este lado y yo miro por el otro. Inspecciónalo todo palmo a palmo.

De pronto la luna se ocultó tras una nube y la oscuridad fue completa. Jack decidió aprovechar esta ocasión para entrar en el templo sin ser visto por Pilescu y Ranni. Se dijo que podría ocultarse detrás de las imágenes mientras los dos baronianos se dedicaban a buscar por otra parte. Se quedó detrás de una que estaba cerca de la entrada y observó a Ranni y Pilescu, que inspeccionaban minuciosamente la pared rocosa tratando de hallar alguna entrada oculta que condujera a una cueva.

—No encuentro nada —dijo Pilescu en voz baja.

Jack permanecía detrás de la estatua y observaba a Pilescu y a Ranni, con la esperanza de que uno u otro descubriera algo. Deseaba ardientemente poder ayudarlos; pero no quería dejarse ver porque sabía que Ranni se volvería a enfadar. Fijó la vista en la gran estatua que estaba en el fondo de la cueva. La luna, que había aparecido de nuevo, iluminaba de pleno la imagen. Mientras Jack la observaba ocurrió algo extraordinario, rarísimo.

¡La cara de la estatua empezó a ensancharse, a dividirse en dos! Jack la miraba lleno de horror y asombro. ¿Qué iba a suceder? ¿Cobraría vida? ¿Resultaría que aquellas viejas leyendas eran verdad?

Luego vio que la estatua se iba dividiendo, lenta y silenciosamente, en dos. Las dos mitades se iban separando. La separación se producía con tanta suavidad y silencio, que Ranni y Pilescu no oían absolutamente nada y, por lo tanto, nada temían.

Jack estaba tan asustado, que ni siquiera pudo gritar. Una vez dividida por completo en dos partes, cada mitad se fue separando de la otra. Luego, por la roca llana que le servía de base, apareció la cabeza de un hombre que quedó iluminada por la luna: ¡era la cabeza de uno de los bandidos!

Al fin, Jack consiguió gritar:

—¡Ranni! ¡Pilescu! ¡Los bandidos! ¡Miren la estatua!

Ranni y Pilescu se sobresaltaron al oír la voz de Jack y lo que éste les decía y se volvieron rápidamente. Horrorizados, vieron la estatua partida y la cabeza y los hombros del bandido que asomaban debajo de la figura. Con un grito salvaje, el bandido acabó de salir de la roca y llamó a sus compañeros:

—¡Venid! ¡Venid! ¡Hay enemigos!

Al cabo de medio minuto, la cueva estaba llena de malhechores. Ranni y Pilescu lucharon y se defendieron valientemente, pero los bandidos eran muchos y pronto los vencieron y maniataron.

Ranni recordó la voz de Jack y dedujo que el muchacho debía estar cerca. Era evidente que los había seguido. Ranni le gritó en inglés:

—¡Que no te vean, Jack! ¡Corre a avisar a los demás!

Jack no contestó. Agachado detrás de la figura que lo ocultaba, había presenciado la lucha, diciéndose que nada adelantaría mezclándose en ella. Tenía la esperanza de que los bandidos no lo verían.

Con verdadero estupor el muchacho vio cómo aquellos hombres con cola de lobo obligaban a los dos baronianos a entrar por el agujero que había debajo de la gran estatua. Todos los bandidos los siguieron. Luego la estatua empezó a moverse tan suave y silenciosamente como lo había hecho antes. Las dos mitades se unieron estrechamente y la imagen quedó de nuevo entera. Su cara agrietada relucía a la luz de la luna.

«¡No es extraño que tenga una grieta de arriba abajo! —pensó Jack—. No es una grieta, sino el punto de unión de las dos mitades. Todo esto es increíble. No sé si será prudente que me vaya ahora.»

Esperó un rato y luego salió sigilosamente de la cueva, mirando hacia atrás con temor a cada momento. Cuando se convenció de que no lo seguían echó a correr por el camino de bajada iluminado por la luna. Quería ver cuanto antes a sus amigos.

Todos estaban despiertos. Jack los reunió en su habitación y les contó

apresuradamente lo ocurrido. Paul recibió una gran impresión. Le preocupaba la suerte de Ranni y de Pilescu, pues sentía por ellos verdadero cariño.

—Voy a salvarlos —anunció mientras se vestía.

—No seas tonto, Paul —dijo Mike—. No podrás contra toda una banda.

—¡Podré! —afirmó Paul con energía mientras sus grandes ojos oscuros relampagueaban—. Soy el príncipe de Baronia y no abandonaré a mis hombres en peligro. Ahora mismo voy en su busca.

Cuando a Paul se le metía una idea en la cabeza, no había modo de detenerlo. Jack refunfuñó. Se volvió hacia las niñas.

—Tendremos que acompañar a Paul. Hay que proteger a este loco. Vosotras id y despertar a Tooku y a Yamen. Explicadles lo que ocurre. Ellos sabrán lo que conviene hacer. ¡Pero procurad no alarmar a la madre de Paul!

Paul ya había salido por la puerta principal y bajaba velozmente la escalinata del pórtico iluminado por la luna. ¡Ranni y Pilescu estaban en peligro! ¡Él, su príncipe y señor, debía rescatarlos! Mike y Jack corrían tras él. ¡Había empezado una gran aventura!

CAPÍTULO XI EL PRINCIPIO DE LA AVENTURA

Mike y Jack consiguieron muy pronto alcanzar a Paul. El príncipe subía velozmente por el empinado sendero. No sabía con exactitud lo que iba a hacer. Su único deseo claro era hallar a Ranni y a Pilescu y librarlos de manos de los bandidos.

—¡Paul! No es éste el camino —dijo Jack, jadeante, cuando consiguió reunirse con él—. No sabes lo que haces. Ya estarías perdido en las montañas si no te hubiésemos seguido. Fíjate. El camino es éste y no el que habías tomado.

Paul se alegró de ver a su lado a sus dos amigos. Se envolvió en su capa ribeteada de piel. Tenía frío. Mike y Jack se abrigaron también. Continuaron la ascensión en silencio. La luna les mostraba claramente el camino. Mike rogaba a Dios que las nubes no cubrieran la luna, pues sería imposible ver el camino en la oscuridad. Pensó en Beowald, el cabrero ciego. A éste no le importaba que hubiera luz o no. ¡Para él no había diferencia entre una cosa y otra!

Subieron y subieron. Así transcurrió una hora. Paul no parecía estar cansado, pero a Jack le dolían las piernas. Y es que ya había subido al templo y bajado de él aquella misma noche. Pronto estuvieron cerca. Se deslizaron sigilosamente, buscando la protección de las sombras, por si andaba algún bandido por allí. De pronto, apareció una forma humana detrás de una roca. Con la rapidez del rayo, Jack empujó a sus dos acompañantes hacia una gran sombra, donde los tres se agazaparon. Sus corazones latían con violencia. ¿Sería un bandido que estaba de guardia? ¿Los habría visto?

La luna se escondió detrás de una pequeña nube y la montaña quedó a oscuras. Jack forzó su vista y sus oídos para averiguar si aquel merodeador nocturno se acercaba a ellos.

Entonces oyó las quejumbrosas notas de la flauta de Beowald. Era el cabrero, que rondaba de noche, como de costumbre.

—¡Beowald! —gritó Jack con voz ahogada—. ¿Dónde estás?

La luna salió de detrás de una nube, como navegando, y los niños vieron al cabrero sentado en una roca cercana.

—Estoy aquí —dijo—. Os he oído. Sabía que era gente amiga la que se acercaba. ¿Qué hacéis aquí a estas horas?

Jack salió de su escondrijo. En pocas palabras contó a Beowald todo lo que había ocurrido. El cabrero lo escuchó con profundo asombro.

—¡Por eso creía yo que los hombres de piedra cobraban vida durante la noche! —dijo—. Pero eran los bandidos los que yo oía salir del templo y no los hombres de piedra. Debajo del templo debe de haber una gran cueva. Os acompañaré para ver si conseguimos dar con ella.

El cabrero los condujo hacia el templo. La luna se había vuelto a esconder detrás de una nube y los muchachos se sentían más seguros al ir acompañados por Beowald

en el último trecho de la ascensión. Sin su ayuda no habrían encontrado el camino. Pero la oscuridad no era nada para el ciego. Éste encontró el camino con tanta seguridad como si lo estuviera viendo a la luz del día.

Llegaron a las proximidades del templo y se acercaron a él con grandes precauciones. No se oía ni el rumor más leve.

—Lo mejor será que entremos en el templo cuando una nube oculte la luna —susurró Jack—. Paul, pregunta a Beowald si cree que hay por aquí algún bandido. Su oído es tan sensible, que tal vez haya captado algún sonido que le indique la presencia de los malhechores.

Paul habló a Beowald en voz baja y en lenguaje baroniano. El cabrero movió la cabeza negativamente.

—En este momento no hay nadie en las cercanías —dijo—. No oigo nada y si hubiese algún bandido en el templo, oiría incluso su respiración.

Los muchachos se deslizaron silenciosamente en el interior del templo. Cuando ya estaban dentro, la luna reapareció e iluminó el extraño rostro de la gran estatua del fondo. Parecía mirar a los muchachos con sorna.

Jack se dirigió a la figura y pasó los dedos por la rendija que había visto ensancharse cuando se dividió la estatua en dos partes. Se preguntaba cómo podría averiguar el funcionamiento de la extraña escultura. Debía de tener algún mecanismo para abrirla de arriba abajo. Pero ¿cómo sería? Había que descubrirlo, pues, de lo contrario, no podrían llegar al sitio donde los bandidos tenían presos a Ranni y a Pilescu.

Pero por mucho que palpó, frotó y tiró, la rendija siguió siendo una rendija: no se ensanchó. Los otros dos niños también lo intentaron, pero no tuvieron más éxito. Se miraron desesperados.

—Dejad que yo lo intente —dijo Beowald—. Mis ojos no ven, pero mis dedos sí. Pueden sentir cosas que sólo los bigotes de una rata son capaces de percibir.

Era verdad. Los dedos del cabrero ciego eran tan sensibles, que por medio de ellos podía percibir más cosas que los demás con los ojos. Los niños observaban a Beowald mientras éste deslizaba sus dedos por la rendija que recorría la estatua de arriba abajo. Lo veían palpar los ojos de piedra de la escultura. Seguían con la vista sus temblorosos dedos cuando recorrían el cuello y la cabeza de la figura, tocando, palpando, apretando, como las antenas de una mariposa.



De pronto los sensibles dedos de Beowald se detuvieron. Debía de haber encontrado algo. Los niños le miraron.

—¿Qué ocurre, Beowald? —le preguntó el príncipe Paul en voz muy baja.

—Aquí la estatua tiene un vacío —respondió el cabrero—. En todos los demás puntos la piedra es maciza; pero aquí, detrás de la oreja derecha, está hueca.

—Déjame tocar —dijo Jack.

Apartó los dedos del cabrero y puso los suyos detrás de la oreja derecha de la estatua, pero no notó nada anormal: le pareció que allí la piedra era tan dura como en cualquier otra parte. Los demás niños también palparon, pero, lo mismo que a Jack, les pareció que la piedra era maciza. ¿Cómo podían saber los dedos de Beowald si la piedra era sólida o hueca? Parecía cosa de magia.

Beowald apoyó de nuevo sus dedos detrás de la oreja derecha de la estatua y los fue moviendo. Apretaba, hacía toda clase de pruebas. Pero todo fue inútil. Jack dirigió la luz de su linterna a la oreja de la figura y vio que aquella parte estaba más desgastada que el resto de la cabeza. Daba la impresión de que la tocaban frecuentemente. Entonces se dijo que quizás aquella oreja contenía el resorte que dividía a la estatua en dos mitades.

La oreja izquierda era enteramente maciza, y Jack vio que, por el contrario, la derecha tenía un orificio en medio, como lo tienen los oídos humanos. Beowald descubrió el agujero con sus dedos en el mismo momento en que Jack lo veía con sus ojos. El cabrero introdujo en el boquete el dedo meñique. La punta de este dedo alcanzó una pieza redonda de metal colocada en el interior de la oreja, la empujó y puso en movimiento un mecanismo que dividió la imagen de piedra en dos mitades. Este mecanismo era muy sencillo, pero a los niños les pareció algo prodigioso y observaban boquiabiertos cómo la estatua se iba abriendo por la grieta y las dos mitades se iban separando sin producir el menor ruido. Beowald sabía lo que estaba ocurriendo, aunque no lo podía ver. Estaba tan asustado, que, de pronto, se apartó de la estatua de un salto. Temía que la figura de piedra fuera cobrando vida a medida que se iba moviendo.

—¡Fijaos! Hay un agujero debajo de la estatua, en medio de la piedra que le sirve de base —dijo Jack.

Y dirigió hacia el boquete la luz de su linterna. El orificio era redondo y lo bastante ancho para que por él pudiera pasar fácilmente el cuerpo de un hombre. Una cuerda de trozos de piel colgaba por el agujero sujeta a una abrazadera clavada en el borde.

—¡Es la entrada a la guarida de los bandidos! —dijo Jack en voz baja—. ¡No cabe duda! Estoy seguro de que habitan debajo de este templo, en una cueva que se interna en la montaña.

—Voy a verlo —dijo Paul, que aquella noche parecía ser algo más que un niño.

Sí, aquella noche era el príncipe que iba en camino de ser rey y señor de Baronia el que dirigiría y daría órdenes. Jack le detuvo en el momento en que iba a introducirse por el oscuro agujero.

—¡Espera! Tal vez nos tengan preparada una trampa. No hagas tonterías. Haciéndolas no ayudaremos a Ranni y a Pilescu.

—Iré a despertar a los campesinos para que vengan a ayudarnos —dijo Beowald—. Me gustaría entrar por ese agujero con vosotros, pero no puedo ir por un lugar desconocido. Mis pies, mis oídos y mis manos sólo me son útiles cuando voy por la ladera de la montaña. En un lugar extraño, estoy perdido.

—Bajaremos por el agujero y descubriremos lo que podamos —dijo Jack—. Tú ve en busca de los campesinos y seguidnos tan pronto como sea posible. A estas horas, las niñas habrán avisado a Tooku y a Yamen y seguramente ya vendrán hacia aquí acompañadas por algunos servidores. Además, yo creo que la madre de Paul mandará un mensajero para que envíen algunos soldados.

Beowald no entendía lo que Jack decía porque no hablaba en baroniano. Paul rápidamente se lo iba traduciendo y Beowald asentía.

—A ver si caéis en manos de los bandidos —dijo—. ¿Por qué no esperáis a que yo regrese?

—He de ir a rescatar a mis hombres —dijo el príncipe Paul resueltamente—. Allí donde ellos estén, debo estar yo.

—Haz lo que quieras —dijo el cabrero.

Jack se deslizó por el agujero con ayuda de la cuerda. Descendió más y más, mientras Mike lo iluminaba desde arriba con su linterna. Beowald esperaba pacientemente. No podía ver nada, pero sus oídos lo iban enterando de todo lo que ocurría.

El agujero era muy hondo. Jack seguía deslizándose por la cuerda y sus brazos empezaban a cansarse. Luego notó que había ásperos salientes en las paredes de aquella especie de pozo y comprendió que podía descansar apoyando los pies en ellos de vez en cuando. Así sus brazos recuperarían las fuerzas.

Al fin llegó al fondo del agujero. Jack notó que sus plantas se apoyaban en el suelo. Soltó la cuerda y extendió los brazos en todas direcciones. No tocó nada. El pozo debía de terminar en una ancha cueva. Jack no oía ningún ruido. Decidió encender su linterna.

La encendió y vio que, como suponía, se hallaba en una cueva, cuyo techo estaba perforado por el profundo pozo. Éste, visto desde abajo, aparecía redondo y oscuro. «¿Será esto la guarida de los ladrones?», se preguntó Jack mientras proyectaba su linterna en todas direcciones. Pero la cueva estaba desierta y vacía: la luz de la linterna sólo permitía ver paredes desnudas y ásperas.

Los pies de Mike aparecieron pronto al final del agujero y el muchacho se dejó

caer al lado de Jack. Luego llegó Paul. Los tres se dedicaron a explorar la cueva.

—No parece que aquí habite nadie —dijo Mike—. No hay ningún camastro donde puedan dormir los bandidos, ni el menor rastro de cacharro de cocinar. No creo que sea su guarida esta cueva.

—Entonces, ¿qué será esto? —preguntó Jack—. Los he visto bajar por aquí. Aunque no sé cómo habrán bajado a Ranni y a Pilescu con las manos atadas. ¿Dónde estarán?

—Aquí es seguro que no están —dijo Paul iluminando todos los rincones con su linterna—. Es raro. ¿Dónde se habrán metido?

Era un misterio. Jack empezó a dar vueltas por aquella especie de cámara subterránea y sus pasos resonaban extrañamente. Paseó el haz de su linterna por las paredes, y, de pronto, su mano se detuvo.

—¡Aquí hay un paso! —exclamó—. ¡Mirad! Se ve con toda claridad. Es raro que no lo hayamos visto antes.

Los niños miraron hacia arriba. A media altura, en la pared del fondo de la cueva, se veía una estrecha abertura. Subieron a una especie de cornisa que sobresalía de la pared rocosa y examinaron la abertura. Se veía claramente que era una salida de la cueva y que allí empezaba un pasadizo que atravesaba la roca.

—¡Entremos! —dijo Jack—. Por aquí se deben de haber ido los raptos con sus presas. ¡Yo iré delante!

Entró en el pasadizo y sus compañeros le siguieron. Con su linterna iba alumbrando el paso subterráneo ante sus pies. El túnel, escabroso y oscuro, describía cerradas curvas y descendía de continuo. ¿Adónde conduciría?

CAPÍTULO XII UN RÍO A TRAVÉS DE LA MONTAÑA

Continuaban los tres muchachos su descenso por el rocoso pasadizo, cuando empezaron a oír un extraño y lejano rumor que cada vez se acercaba más. Se detuvieron.

—¿Qué será ese ruido? —preguntó Jack.

Tan pronto parecía un murmullo como un canto, y unas veces era fuerte y otras suave. Los tres muchachos se detuvieron a escuchar.

—No lo sé —dijo Mike al fin—. Venid. Vamos a ver si lo descubrimos.

Siguieron avanzando y pronto supieron lo que era aquel extraño ruido. ¡Lo hacía el agua, una cascada que caía en el interior de la montaña, algo que los niños no creían posible! ¡Una cascada subterránea! Habían llegado a una gran cueva en cuyo fondo se veía un gran salto de agua. La cueva era húmeda y fría. Los niños empezaron a temblar.

Se acercaron a la singular cascada.

—Supongo —dijo Jack— que el agua procede de la cumbre de la montaña, donde la nieve se funde. El agua corre hasta aquí por un paso semejante al que nosotros hemos recorrido, y salta al llegar al final del pasadizo, que desemboca en esta cueva. ¡Estoy empapado por las salpicaduras!

El agua caía sin cesar desde el agujero que se abría en el techo de la cueva. Allí, como decía Jack, debía de terminar un túnel, procedente de la cima, por el que el agua se deslizaba para caer finalmente en la cueva.

—¿Adónde irá a parar este agua? —preguntó Mike—. Se precipita desde la boca de ese túnel y forma un arroyo que corre por el interior de la montaña. Esto es muy raro. ¿Vivirán los bandidos en esta cueva? Tampoco aquí hay rastro alguno de ellos ni de sus cosas. Cuando alguien habita en un lugar, incluso en una cueva, se ven sus utensilios, los objetos que emplean a diario.

Pero allí no había nada de esto y los chicos no veían ninguna salida de la «Cueva de la Cascada», como la llamaron.

Fueron de un lado a otro, buscando un paso, pero vieron que la única salida la había encontrado el agua, que desaparecía por un segundo túnel después de caer en el acanalado suelo de la cueva.

Los muchachos observaron el arroyo que corría por la cueva y Jack advirtió que durante cientos de años la cascada se había ido labrando un lecho en el suelo de la caverna y que el agua corría por la superficie para precipitarse después por el segundo túnel, en cuya oscura profundidad se perdía pronto de vista.

—No creo que los bandidos hayan podido bajar por este pasadizo —dijo Paul—. Aquí no hay ningún reborde que permita pasar junto a esta masa de agua.

Los muchachos intentaron mirar a través de la cortina de salpicaduras. De pronto

Jack gritó:

—¡Pues sí; hay un reborde, y creo que podemos llegar a él! Llevad mucho cuidado. Pensad que si caemos en el agua, nos ahogaríamos: la corriente es muy fuerte y nos arrastraría.

Jack se inclinó, atravesó corriendo la cortina de agua y llegó al húmedo reborde junto al cual corría el agua, y que se perdía de vista en la profundidad del túnel. Resbaló y estuvo a punto de caer al agua, pero consiguió mantener el equilibrio.

Iluminó el túnel con el haz de luz de su linterna y se estremeció al ver el gran caudal de agua que se deslizaba bajo la negra bóveda del túnel. Aquella corriente parecía algo sobrenatural y el ruido que producía en el interior del túnel era aterrador.

Paul y Mike llegaron pronto junto a Jack. Éste les gritó al oído:

—Seguiremos por aquí para ver si esto conduce a alguna parte. Creo que éste es el camino que han seguido los raptos de Ranni y Pilescu. Apartaos del agua tanto como os sea posible y, sobre todo, procurad no resbalar.

Los muchachos prosiguieron con dificultad la marcha por el túnel bajo una lluvia de salpicaduras. Junto a ellos el agua rugía. El ruido era ensordecedor. Pronto tuvieron los pies mojados por el agua que saltaba de aquel extraño río.

—¡El túnel se va ensanchando! —gritó Jack de pronto—. El reborde por el que avanzamos es ya tan ancho como una plataforma.

Así era. Los tres muchachos estaban en una especie de acera tan ancha, que cuando se apoyaban en la pared, las salpicaduras de la corriente no llegaban a ellos.

Descansaron un momento. Paul estaba fatigado. Mike consultó su reloj. ¡Eran las cuatro de la madrugada! El sol estaría ya saliendo en el exterior de la montaña, pero donde ellos estaban la oscuridad seguía siendo absoluta.

—¡Estoy rendido de sueño! —dijo Paul apoyándose en Mike—. Creo que debemos descansar un rato.

Jack paseó la mirada por la amplia plataforma, buscando un lugar más cómodo para descansar. De pronto, lanzó un grito. Sus dos compañeros acudieron rápidamente a su lado.

—¡Mirad! —dijo Jack iluminando con su linterna una cámara excavada en la pared del fondo de la plataforma—. Aquí deben de descansar los bandidos algunas veces, antes de dirigirse al lugar en que viven.

En la cámara, que era como un gran armario abierto en la roca, había alfombras de piel. Los niños se echaron sobre ellas, muy juntos uno a otro, cerraron los ojos y al punto se quedaron dormidos. Estaban agotados por su viaje nocturno.

Estuvieron durmiendo varias horas y, de pronto, Jack se despertó sobresaltado. Abrió los ojos y recordó inmediatamente que se hallaban ¡en el interior de la montaña! Se sentó y en seguida se dio cuenta de que la plataforma sobre la que se abría la cámara estaba brillantemente iluminada. Oyó voces y vio la luz cegadora de

una antorcha que alguien mantenía sobre su cabeza. ¿Qué ocurriría? Sus dos compañeros no se despertaron. ¡Su sueño pudo más que los ruidos! Jack se tendió sobre las pieles y asomó la cabeza para ver quién sostenía la antorcha. Tuvo un estremecimiento de pánico. El que levantaba la antorcha era uno de los bandidos, pues de su espalda colgaba la cola roja de lobo. Entonces ya no dudó de que eran los salteadores los que estaban reunidos allí mismo, a unos pasos de él.

Jack los observó, deseoso de averiguar lo que hacían. Estaban en la especie de andén que había junto al agua, al final de la plataforma. En esto, dos hombres más aparecieron por el fondo. Se deducía que aquella amplia plataforma en la que se hallaban volvía a estrecharse y se convertía en un paso semejante al que ellos habían recorrido para llegar donde estaban. Más hombres iban llegando, procedentes de un lugar de nivel más bajo y arrastrando algo a sus espaldas, algo que flotaba sobre la corriente. Jack no veía lo que era porque la oscilante luz de la antorcha no lo iluminaba.

Los hombres se llamaron unos a otros ásperamente, hicieron algo junto al agua y luego, sin volverse a mirar hacia la cámara donde los niños dormían, se dirigieron a la parte del túnel por donde Jack y sus dos amigos habían llegado. Iban por el reborde en fila india. Jack estaba seguro de que se dirigían al templo.

«Sin duda, van a asaltar a alguien —se dijo Jack sin poder dominar sus nervios—. Deben de tener a Ranni y a Pilescu en su guarida, fuertemente atados. ¡Ojalá no los hayan maltratado! Si pudiéramos dar con ellos, los libertaríamos fácilmente ahora que los malhechores se han ido.»

Miró su reloj. Las nueve menos diez. Ya estaba el sol bastante alto. Quizás Yamen, Tooku, Beowald y los campesinos habrían llegado al templo y detenido a los ladrones. Pero Jack no podía imaginarse lo que iba a ocurrir. Despertó a Paul y a Mike y les contó lo que acababa de ver.

—Debemos seguir adelante lo más rápidamente posible para ver si encontramos a Ranni y a Pilescu —dijo—. Los de la banda se han ido en dirección al templo. Seguidme. Yo he visto por donde venían. Estoy seguro de que han llegado bordeando.

Los muchachos se quitaron de encima las pieles. Jack encendió su linterna y miró todos los rincones de la acogedora habitación para asegurarse de que no se dejaban nada. La luz se proyectó en una pequeña estantería del fondo. Allí había algo envuelto en un trozo de tela. Jack lo desenvolvió por curiosidad. Y vio que dentro había un gran pan baroniano, que ya estaba duro.

—Podríamos mojarlo en el agua y comer un poco —dijo Jack satisfecho del hallazgo—. Tengo tanto apetito, que me parecerá delicioso el pan con agua. Supongo que los bandidos dejan el pan aquí para echar mano de él cuando se instalan en la cámara para descansar.

Al quitar un trozo de corteza vieron que el pan no estaba tan duro que no se

podiera comer. Ni siquiera fue necesario remojarlo. Como de costumbre, Paul llevaba en el bolsillo un paquete del exquisito chocolate baroniano que sabía a miel, y los tres niños se deleitaron con aquella extraña comida junto a un río que fluía por el interior de una montaña.

Sobre la estantería en que habían encontrado el pan hallaron también una especie de copa que emplearon para sacar agua del río, que era pura y cristalina, y así pudieron calmar su sed. El agua estaba helada y sabía muy bien.

Jack se agachó para volver a llenar la copa y en este momento algo le llamó la atención. Lo iluminaba la luz de su linterna. Lanzó una exclamación de asombro y quedó inmóvil.

—¿Qué será aquello? ¡Mirad allí!

Sus amigos se acercaron y miraron. Se veía un objeto atado al pico de una roca, algo semejante a una balsa. Era ancha y de fondo algo hundido. Los lados estaban reforzados con tiras de piel sobrepuestas y atadas fuertemente.

—¡Es una balsa o algo por el estilo! —dijo Mike en un tono de extrañeza—. Nunca he visto nada semejante. ¡Qué embarcación tan rara! ¿Para qué servirá?

—¡Nosotros la utilizaremos para navegar río abajo! —exclamó Jack alegremente—. Así llegaremos mucho antes a nuestra meta.

—Pero ¿cómo habrán llegado hasta aquí los bandidos? —preguntó Paul—. La corriente es muy fuerte y no es posible que hayan navegado contra ella.

—Es probable que suban a pie por el reborde rocoso. Éste parece seguir el cauce del río en todo su recorrido —dijo Jack—. Y cada vez que suben, arrastran la balsa. Así pueden utilizarla luego para regresar rápidamente. ¡Esto se pone cada vez más emocionante! Podemos irnos en la balsa. De este modo dejaremos a los bandidos muy atrás, tanto que no podrán alcanzarnos, pues, al no tener la balsa, habrán de regresar a pie por el reborde de piedra. ¡Embarquemos inmediatamente!

—No me sorprendería que así llegáramos directamente al sitio en que están Ranni y Pilescu —dijo Paul—. Desata esa tira de cuero, Mike, y subamos a esa extraña embarcación.

Los chicos desataron los cabos de piel y embarcaron. Se colocaron en la parte central, ligeramente cóncava, de la sólida balsa. Era muy segura; no había que temer que se hundiera. Estaba construida con el tronco de un gran árbol, vaciado en su parte central. Pronto comprendieron los niños por qué habían sido reforzados los bordes con tiras de piel sobrepuestas y firmemente atadas.

Dejaron que la balsa navegara por sí sola, arrastrada por la rápida corriente. En seguida penetraron en el oscuro túnel por donde Jack había visto llegar a los bandidos. La balsa iba de un lado a otro a la vez que avanzaba, y chocaba violentamente con las paredes rocosas del extraño y oscuro túnel. Los refuerzos de piel amortiguaban los golpes, pero, aun así, los niños tenían que aferrarse donde

podían para no salir despedidos por la borda en alguno de aquellos violentos tronazos.

—¡Esto es lo más emocionante que hemos hecho en nuestra vida! —gritó Jack con todas sus fuerzas para que su voz pudiera oírse por encima del rugido del agua—. ¡Oh, qué velocidad llevamos! ¡Sería horrible que cayéramos por alguna cascada!

Descendieron por el veloz río del interior de la montaña, avanzando en medio de la densa oscuridad. La balsa corría más que una barca de motor a toda marcha. Los tres muchachos sentían que se les cortaba la respiración. ¿Adónde iría a parar aquel río?

CAPÍTULO XIII EN EL BOSQUE SECRETO

La balsa avanzaba velozmente, tambaleándose. A veces el agua corría con más lentitud y la navegación era menos rápida, pero la velocidad era escalofriante. Hubo un tramo donde el techo del túnel era tan bajo, que los niños tuvieron que agacharse para librar a sus cabezas de un violento choque con la dura roca.

—Seguimos bajando —dijo Jack—. Este río debe de atravesar la montaña descendiendo. Yo creo que saldrá a la superficie por el otro lado.

—¡Por el otro lado! ¿Es el lado en que está el Bosque Secreto? —gritó Mike.

Jack asintió. A la luz de la linterna de Mike se veían brillar de emoción sus ojos.

—¡Eso creo! Si al fin el río sale a la superficie, como es de esperar, nos encontraremos en el otro lado de la montaña, ante el Bosque Secreto. ¡Entonces estaremos seguros de que hay un camino para llegar a él y de que la banda lo conoce! No me sorprendería que hubiera sido verdaderamente humo lo que vi el día en que volamos sobre el Bosque Secreto.

Los chicos estaban cada vez más emocionados. Aquello les parecía imposible. Sentados en la balsa, pensaban en la aventura que estaban viviendo. Era la más extraña que habían tenido hasta entonces. Aquel río subterráneo parecía no tener fin. ¿Cuánto tiempo estarían navegando aún por él?

Al cabo de unas dos horas ocurrió algo que los sobresaltó. Jack vio una luz brillante a lo lejos.

—¡Mirad! —exclamó—. ¿Qué es aquello?

Navegaron velozmente, acercándose al resplandor, y pronto vieron de qué se trataba. Era luz diurna: la luz del sol, deslumbrante y plateada. ¡Pronto llegarían al aire libre!



—¡Podremos salir de la balsa y estirar un poco las piernas! —dijo Jack en un tono de satisfacción, pues todos tenían ya los miembros entumecidos. Pero Jack se equivocaba. ¡Aún tardarían en poder dejar la balsa!

Pronto salieron al aire libre. Los niños tuvieron que cerrar los ojos, deslumbrados

por el sol. Cuando de nuevo pudieron abrirlos vieron que, tal como se habían imaginado, se hallaban al otro lado de las escarpadas montañas de Killimoooin.

¡Y más abajo, no muy lejos, se veía el Bosque Secreto!

El río, después de recorrer muchos kilómetros de túneles interiores, salía a la falda de la montaña, arrastrando la balsa consigo. La corriente se ensanchaba por un amplio cauce y la balsa navegaba por el centro, donde el agua corría con más ímpetu. Al parecer no tenían que temer ninguna cascada que pusiera en peligro sus vidas, lo que representaba un alivio para Jack y sus compañeros.

—¿Creéis que este río se dirige al Bosque Secreto? —preguntó Mike mientras seguía con la mirada el curso de la corriente hasta donde alcanzaba su vista.

Le pareció ver relucir la plata del río en las cercanías del bosque. Seguramente el río se dirigía a él.

—Creo que vamos hacia el bosque —dijo Jack mientras la balsa seguía deslizándose por el centro de la corriente—. ¡Cada vez estamos más cerca!

Al cabo de un rato llegaron casi al límite del gran bosque. Los niños podían ver lo enorme, espeso y oscuro que era. Ya no les parecía sólo una gran mancha verde: veían sus árboles, gigantescos y muy cercanos entre sí. El río se dirigía hacia allí de un modo constante. La balsa alcanzó las primeras franjas de árboles, y luego penetró en el bosque, arrastrada por la corriente y tripulada por los niños, que ya no vieron la luz solar, sino sólo un débil resplandor verdoso que se filtraba entre el ramaje.

—¡Qué espeso y oscuro es este bosque! —dijo Jack atemorizado—. El río debe de atravesarlo por completo.

—¿Adónde se dirigirá? —preguntó Mike—. Casi todos los ríos terminan en el mar. ¿Cómo podrá salir éste del círculo de montañas? ¿Será que forma un gran lago con toda el agua que cae por las vertientes y que no tiene salida?

Otro misterio. Los muchachos pensaban en todo esto mientras la balsa avanzaba balanceándose bajo la arcada que formaban los árboles. Luego, de pronto, se encontraron en una laguna completamente rodeada de árboles. La corriente del río la atravesaba y salía por el lado opuesto. La balsa se dirigió a la orilla y Jack lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Aquí viven los bandidos! ¡Mirad esas extrañas casas o como queráis llamarlas!

Junto a la laguna había una serie de extrañas construcciones en forma de colmena, hechas con ramas y barro. Todas tenían un orificio en el techo para dar salida al humo. Entonces Jack comprendió que no se había equivocado cuando creyó ver una columna de humo desde el avión. El humo de las casas se unía al elevarse y formaba una alta columna azul que quedaba inmóvil, porque en aquel valle cerrado no circulaba el aire.

No se veía un alma. «Si en las chozas hay alguien debe de estar durmiendo», pensó Jack. La balsa se deslizó en silencio al embarcadero y los tres muchachos

saltaron a él inmediatamente. Se escondieron detrás de unos arbustos y permanecieron al acecho, preguntándose si alguien los habría visto. Nadie apareció.

Estaban hambrientos, pero no podían ir a aquellas cabañas a pedir comida. Empezaron a hablar en voz baja para decidir lo que debían hacer. Detrás de ellos se extendía el oscuro y espeso bosque. Delante, la laguna de la que salía el río para hundirse en la espesura del Bosque Secreto.

—¿Creéis que habrán subido al templo todos los ladrones? —preguntó Mike en voz baja.

Jack movió la cabeza.

—No —repuso—. Sólo he visto cinco o seis. Aquí pueden vivir muchos. ¡Mirad, allí hay niños!

Los tres muchachos vieron a cuatro o cinco niños que venían del bosque y se dirigían a las cabañas. Iban desnudos. Lo único que llevaban era una tira de piel alrededor de la cintura. Iban sucios y su pelo era claro, largo y enmarañado. Llevaban brillantes plumas de ave detrás de las orejas. Parecían golfillos.

Una mujer apareció, en la puerta de una de las chozas, y los niños le hablaron a grandes voces. Paul se volvió hacia sus compañeros.

—¿Habéis entendido, las palabras de esos niños? Han dicho que han ido a ver a los prisioneros. Así que Ranni y Pilescu deben de estar cerca. ¿Queréis que intentemos explorar el camino por el que han llegado esos chiquillos?

—Podríamos perdernos en el bosque —dijo Mike, acobardado—. Seguramente hay lobos por aquí. Empiezo a arrepentirme de haber venido. ¡Debimos esperar y venir con todos!

—Iremos al bosque —dijo Paul, volviendo a sentirse de pronto príncipe de Baronia—. Quedaos aquí si no queréis seguirme. Iré solo a buscar a Ranni y a Pilescu.

No tuvieron más remedio que seguir a Paul. Contornearon sigilosamente la laguna y hallaron el estrecho camino por el que habían llegado los hijos de los malhechores. El sendero se internaba en el bosque, cada vez más espeso y, evidentemente, el tránsito por él era continuo. Aquí y allá, los árboles aparecían marcados con extrañas señales trazadas, al parecer, con un hacha.

—Los bandidos deben de señalizar así sus caminos por el bosque —dijo Paul.

—Sí, parecen señales para diferenciar unos caminos de otros —dijo Jack—. Mientras vea estas marcas no temeré perderme.

Siguieron adelante. El estrecho camino descendía zigzagueando. Contorneaba árboles, serpenteando entre los gruesos troncos, y parecía no tener fin. A cada momento los niños veían la marca del hacha en la corteza de los árboles. El bosque estaba sumido en una silenciosa calma. No hacía viento; no se movían las ramas de los árboles. No se oía el canto de ningún pájaro. Todo era quietud, silencio, misterio.

Los agudos oídos de Jack percibieron un rumor de voces.

—¡Alguien viene! —dijo—, ¡Subíos a un árbol! ¡Pronto!

Los niños corrieron hacia los árboles que les parecieran más fáciles de escalar y en un instante estuvieron en sus copas. Una especie de ardilla huyó de Jack saltando por las ramas. Entre éstas permaneció el muchacho al acecho.

Vio otros tres niños que, afortunadamente, se dirigían a la laguna que ellos habían dejado a sus espaldas. Hablaban a gritos unos con otros y parecían entregados a algún juego divertido. Pronto hubieron pasado. No habían advertido que tres pares de ojos ansiosos seguían sus movimientos desde las copas de los árboles.

Tan pronto como los hijos de los bandidos se perdieron de vista, nuestros tres amigos bajaron de los árboles y continuaron la marcha.

—¡Ojalá encontremos pronto a Ranni y a Pilescu! —refunfuñó Jack—. Estoy rendido y tengo un hambre atroz.

—Yo también —dijo Mike.

Paul no dijo nada. Estaba decidido a seguir adelante hasta encontrar a sus hombres. No se quejaba de cansancio, aunque era evidente que lo sentía. Jack se dijo que era un muchacho valiente, pues, aunque era más joven y débil que Mike y él, sabía hacer buen papel junto a ellos en todas las ocasiones.

Jack se detuvo de nuevo y dijo por señas a sus amigos que escucharan. Éstos se pararon y los tres permanecieron inmóviles. De nuevo oyeron voces. En seguida se encaramaron a un árbol. Pero esta vez las voces no se acercaron. De pronto, Paul enrojeció de emoción. Se inclinó hacia Jack, que estaba en una rama próxima a la ocupada por él.

—¡Jack! ¡Me parece oír la voz profunda de Pilescu! Escucha.

Todos escucharon. A través del bosque llegó hasta ellos la voz grave de Pilescu. Era su voz, no cabía duda. Los tres bajaron del árbol y echaron a correr por el camino, hacia el lugar de donde procedía la voz.

Pronto llegaron al límite de un pequeño claro. En medio de él había un hoyo tapado por una serie de gruesos troncos, separados entre sí sólo unos milímetros, los necesarios para dar paso al aire.

Las voces procedían del hoyo. Antes de entrar en el claro, lo exploraron con la vista, temerosos de que hubiera alguien. Pero no vieron a nadie, y corrieron hacia el hoyo.

—¡Ranni! ¡Pilescu! —gritó Paul, intentando separar los pesados troncos.

Luego, en vista de que no le respondían, los volvió a llamar en voz baja y les preguntó si estaban heridos.

El silencio se prolongó unos segundos. Después se oyó la voz de Ranni confundida con la de Pilescu:

—¡Paul! ¡Alteza! ¿Qué hacéis aquí? No puedo creer que hayáis venido.

—Pues es verdad. Y conmigo están Jack y Mike. Hemos venido a rescataros.

—¿Pero cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó Ranni, aterrado—. ¿Habéis venido a través de la montaña, por ese río subterráneo que luego se pierde en las profundidades del Bosque Secreto?

—Sí —dijo Mike—. Ha sido una gran aventura, se lo aseguro.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Pilescu.

—Sí, pero tenemos un hambre atroz —dijo Jack, echándose a reír.

—Si podéis ayudarnos a mover estos troncos, os daremos comida —dijo Ranni—. Tenemos algo de comer. Los bandidos nos han dejado pan y agua y de las dos cosas nos queda aún bastante. No sabemos qué pretenden hacer con nosotros. Supongo que nos han capturado porque saben que hemos descubierto el secreto de sus apariciones y desapariciones y no quieren que lo divulguemos.

Los muchachos intentaron apartar los pesados troncos. Ranni y Pilescu los ayudaron. Los troncos se fueron separando poco a poco. Para correrlos unos cuantos milímetros se necesitaban las fuerzas juntas de los cinco. Al cabo de un rato consiguieron dejar un espacio suficiente para que Ranni y Pilescu pudieran salir del hoyo y se reunieran con los chicos. Se sentaron, jadeando a causa del esfuerzo.

—Desde luego, esta prisión no es cómoda —dijo Ranni, bromeando, cuando vio que las lágrimas asomaban a los ojos de Paul.

El príncipe había sentido verdadera angustia ante la desaparición de sus dos amigos, y ahora que el brazo de Ranni rodeaba sus hombros estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Este chico es un poco raro! —susurró Mike a Jack—. Unas veces es muy valiente y otras llora como una niña.

—Bueno, vamos a escondernos ahora mismo —dijo Ranni—. Los bandidos pueden volver en cualquier momento y hay que evitar que nos encuentren aquí. ¡Entonces tendrían cinco prisioneros en vez de dos! Pongamos los troncos tal como estaban, Mike. Esto dejará perplejos a esos hombres. Verán que aparentemente los troncos no se han movido y se preguntarán cómo habremos conseguido huir.

CAPÍTULO XIV LA VUELTA AL POBLADO

Fue fácil volver a colocar los troncos como antes estaban, ya que esta vez Ranni y Pilescu pudieron emplear libremente todas sus fuerzas, cosa que anteriormente les impedía su incómoda posición en el fondo del pozo. Terminada la tarea, decidieron conferenciar sobre lo que debían hacer, y para ello se ocultaron en un espeso matorral que había junto al claro.

Desde allí se veía perfectamente el camino y advertirían si alguien llegaba, aunque a ellos era imposible descubrirlos.

Se sentaron y empezaron a conversar. Jack contó a los dos baronianos lo que les había ocurrido y Ranni y Pilescu lo escucharon con admiración.

—¿Debemos intentar volver a casa por el mismo camino que hemos empleado para venir? —preguntó Mike—. Quizá sea esto lo mejor.

—No estoy seguro —dijo Ranni—. Cuando los bandidos descubran que nos hemos escapado saldrán en nuestra busca y seguramente pondrán hombres de guardia por el camino de regreso para volver a capturarnos.

—¿Pero qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Paul, contrariado.

—Pensémoslo despacio, señor —dijo Ranni—. Tal vez haya otro camino para salir de aquí, algún paso también oculto en el interior de las montañas.

Todos guardaron silencio. Se decían que era imposible escalar las montañas que los rodeaban, y que, por lo tanto, de nada les serviría encontrar un paso a través del bosque que los condujera al pie de la cordillera.

Jack preguntó:

—¿Adónde cree usted que va este río, Ranni? Hacia alguna parte ha de ir. Si quedara detenido en este valle, formaría un enorme lago, cosa que no ocurre, pues, si así fuera, lo habiéramos visto desde el aire, cuando volamos sobre estas montañas.

Ranni reflexionó.

—Es cierto —dijo—: a alguna parte ha de ir. Quizá vuelva a desaparecer en un tramo subterráneo. Ya sé lo que estás pensando, Jack. Te parece que no sería mala idea seguir el curso del río para ver si, navegando por él, encontramos otro túnel que atravesase el lado opuesto del anillo de montañas.

—¿Por qué no probarlo? —dijo Jack, vacilante—. Podríamos regresar esta noche a las extrañas chozas en forma de colmena y ver si aún está allí la barca. Si está, embarcaremos en ella y continuaremos nuestro viaje río abajo. El río no nos llevará hacia arriba, o sea, hacia atrás: esto es seguro. Así que a la fuerza tenemos que ir hacia delante.

—Está bien; lo intentaremos —dijo Ranni, que no parecía muy entusiasmado—. Pero ahora comamos algo. Como habéis dicho, debéis de estar hambrientos.

Los prisioneros se habían traído el pan que tenían en el hoyo. Los cinco

empezaron a comer mientras pensaban en la aventura que les esperaba. Pilescu miraba a los tres chicos. Advirtió que estaban muy cansados.

—Busquemos un lugar oculto para descansar —dijo a Ranni—. Necesitamos cobrar fuerzas para esta noche. Seguidnos. Yo llevaré a Paul. ¡Ya está casi dormido!

Pero antes de que pudieran alejarse oyeron voces y vieron a tres o cuatro mujeres de la banda que llegaban por el camino, con pan y jarras de agua. Era evidente que aquello iba destinado a los prisioneros. Los cinco desaparecieron en silencio entre los árboles.

Las mujeres se dirigieron al hoyo y depositaron la comida y el agua junto a él. Por lo visto, les habían dicho que lo dejaran allí. Después llegarían los hombres, separarían los troncos y entregarían el pan y el agua a los prisioneros. Esta operación resultaba, sin duda, demasiado pesada para las mujeres.

Éstas miraron por las rendijas de los troncos y se quedaron pasmadas al no ver a los prisioneros. Cruzaron unas palabras con gran agitación y volvieron a mirar hacia el fondo del hoyo. Éste estaba oscuro, pero ello no impediría ver a los dos hombres. Los niños habían estado allí por la mañana y, al volver, habían dicho que los habían oído gritar desesperadamente, que tenían el pelo muy rojo y que llevaban barba. ¿Por qué no podrían ver ahora todo esto?

Las mujeres se convencieron de que los dos hombres no estaban allí. ¿Cómo habrían podido escapar? Los troncos estaban aún encima del hoyo y ningún hombre podía moverlos sin recibir ayuda desde fuera. ¿Qué misterio era aquél? Corriendo y parlotando con voz alterada volvieron al poblado para dar cuenta de lo ocurrido. La comida y el agua quedaron abandonadas junto al hoyo vacío.

Tan pronto como desaparecieron las mujeres, Ranni salió de su escondrijo y se dirigió al hoyo. Se apoderó del pan y volvió corriendo al lado de sus amigos.

—¡Esto puede sernos útil! —explicó.

Ató una tira de piel alrededor del pan y lo colgó a su espalda. Era un pan redondo y llano, fácil de transportar.

—Ahora buscaremos un buen escondite —dijo el hombretón baroniano.

Pilescu tomó a Paul en sus brazos y el grupo se internó en el bosque en busca de un lugar seguro donde esconderse y poder descansar hasta que llegara la noche.

Lo encontraron. Una gran roca se alzaba entre los árboles del bosque cada vez más espeso, y al pie de ella había un hoyo cubierto por ramas y enredaderas que lo ocultaban perfectamente. Cuando estuvieran en este escondrijo, nadie podría verlos.

—¿Conoces el camino de regreso al claro, Pilescu? —preguntó Paul con voz soñolienta, mientras el corpulento baroniano lo instalaba cómodamente en el suelo, sobre las grandes capas guarnecidas de piel, que Ranni y él se habían quitado. A los tres fatigados niños estas capas les parecieron blandos colchones.

—Conozco perfectamente ese camino, señor —repuso Pilescu—. No os

preocupéis y dormid. Esta noche tendréis que estar bien despejados, pues es posible que hayáis de utilizar vuestros cinco sentidos.

Pronto se durmieron los niños. Habían pasado casi en vela la noche anterior y estaban tan cansados después de su aventura, que no les fue posible permanecer despiertos. Los dos hombres montaron guardia. Se habían emocionado al saber que los niños los habían seguido para rescatarlos. Ahora les tocaba a ellos defender a sus salvadores de los bandidos.

El sol empezó a deslizarse hacia el oeste. El día tocaba a su fin. Ranni dormitaba y Pilescu se dedicaba a vigilar. Luego descansó Pilescu mientras Ranni permanecía con los ojos y los oídos muy abiertos. Anochecía, oyó voces agitadas procedentes del claro, y dedujo que los bandidos habían descubierto su desaparición. Luego todo quedó nuevamente en silencio. El Bosque Secreto era el lugar más silencioso que Ranni había visto en su vida. Se preguntaba si el viento habría soplado alguna vez en aquel valle, y si algún pájaro habría cantado en él. Dio un salto al pasar entre sus pies un animal semejante a un ratón.

Las sombras invadieron el bosque. Allí siempre había poca luz; la del sol apenas se veía. El crepúsculo llegaba al bosque antes que a cualquier otro lugar del mundo. Ranni consultó su reloj. Eran las siete y media. Los niños seguían durmiendo. Los dejaría dormir una o dos horas más y luego todos se deslizarían por la oscuridad del bosque hacia el lugar en que se hallaba la barca.

Jack fue el primero en despertar. Se desperezó, abrió los ojos y paseó la vista por la densa oscuridad que lo rodeaba. No recordaba dónde estaba. Luego oyó a Pilescu, que hablaba en voz baja con Ranni, y entonces fue recordándolo todo. Estaban en el Bosque Secreto escondidos al pie de una roca. Se incorporó en el acto.

—¡Ranni! ¡Pilescu! ¿Qué hora es? ¿Va todo bien?

—Sí —respondió Ranni—. En seguida iremos a buscar la barca. Ahora despertaremos a los demás y comeremos algo. ¡Paul! ¡Mike! ¡Es hora de levantarse!

Pronto estuvieron los cinco comiendo pan duro. Ranni llevaba un poco de agua en su cantimplora y todos pudieron beber. Luego se dispusieron a emprender la marcha.

A la luz de su linterna, Ranni encontró el camino de vuelta al claro donde había estado preso con Pilescu. Recorrió palmo a palmo el lugar con el haz luminoso. Allí no había nadie. Los troncos que cubrían el hoyo estaban a un lado. Sin duda, esto era obra de los bandidos, que los habían apartado para comprobar si lo que sus mujeres decían era cierto.

—Tomaremos el camino de regreso —dijo Ranni—. Está por aquí. Daos la mano e id en fila de a uno. No debemos separarnos en ningún momento. Yo iré delante y me seguiréis por este orden: Paul, Mike y Jack. Pilescu cerrará la marcha. ¿Estáis preparados?

Hallaron el camino y avanzaron en silencio en fila india. Los niños estaban

emocionados, pero se sentían seguros acompañados de Ranni y Pilescu.

Al cabo de un rato Ranni se detuvo. Encendió su linterna y miró en todas direcciones. ¡Se había salido del camino!

—No nos hemos desviado mucho —dijo—. He visto la señal del hacha en un árbol muy cerca de aquí. Tenemos que buscar estas marcas.

Fue un trabajo penoso buscar las señales que les indicarían que habían dado de nuevo con el buen camino. Mike se estremeció al imaginarse lo que pasaría si se perdían de veras en aquel gran bosque. Creyó ver dos ojos centelleantes que le miraban entre los árboles y dio un salto.

—¡Parece un lobo! —susurró al oído de Jack.

Pero todo había sido producto de su imaginación. No había allí ningún lobo, sino sólo dos hojas que espejearon al recibir la luz de la linterna de Ranni.

—¡Ya hemos vuelto al camino! —exclamó Ranni alegremente—. Mirad los árboles. Podemos avanzar de nuevo. Ahora ninguno de vosotros debe perder de vista esas señales que nos indican el buen camino.

Desde este momento todos avanzaban con la atención fija en las señales. No era posible desviarse del camino si se seguían estas marcas que aparecían a intervalos regulares. Así que la pequeña comitiva pudo avanzar más rápidamente.

—¡Debemos de estar ya cerca del poblado! —dijo de pronto y en voz baja Ranni—. ¿Oís el chapoteo del agua? Nos acercamos a la laguna.

Un minuto después su linterna enfocaba el agua del pequeño lago. Habían llegado al grupo de chozas. ¡Había que evitar que los bandidos los oyesen!

CAPÍTULO XV

¿UN CAMINO DE ESCAPE?

Todo estaba en silencio. Sólo se oían algunos débiles ruidos como el chapoteo del agua, el paso de algún pequeño animal, el salto de un pez en la laguna...

Los cinco permanecieron en silencio junto a la laguna escuchando con atención. En esto, un extraño ruido llegó a ellos y los niños se apiñaron estrechamente.

—No pasa nada —susurró Ranni, haciendo un esfuerzo para no echarse a reír—. Es que en una choza cercana ronca un bandido.

Así era efectivamente. Los ronquidos continuaron. Al fin se extinguieron y Ranni, que había apagado su linterna, la volvió a encender. Deseaba encontrar la balsa de la que Paul le había hablado. Por suerte estaba muy cerca de ellos, a unos diez metros, atada a un árbol.

—¿Os han traído por el río en esta balsa? —preguntó Paul a Ranni.

Éste contestó en voz baja:

—Nos trajeron en balsa sólo hasta el lugar en que el río sale de la montaña. Los bandidos acercaron la balsa a una roca llana que hay allí, y todos desembarcamos. Ataron la balsa e hicimos a pie el resto del camino hasta el Bosque Secreto. Al parecer, los bandidos, cada vez que suben al templo, van andando por el reborde que hay junto al río, y arrastran la balsa contra la corriente. ¡Debe ser un trabajo muy duro!

—Así se explica que la balsa no esté en la laguna —dijo Jack, al que este detalle parecía un enigma.

—La usan sólo en la parte subterránea del río para bajar con rapidez.

—¡Silencio! —les amonestó Pilescu—. Basta ya de charla. Levanta la linterna, Ranni. Así podré desatar la balsa.

No fue difícil desatarla. Ranni encontró una rama rota y decidió utilizarla como remo. No deseaba entregarse sin defensa alguna a la corriente. Con aquella rama podría cambiar el rumbo de la balsa y, si era necesario, conducirla a la orilla.

—Entrad en la balsa —dijo en voz baja Ranni.

Todos obedecieron, ocupando la cavidad central, donde quedaron un tanto estrechos. Ranni impulsó la balsa hacia el centro de la laguna, donde encontró la corriente que la atravesaba. Inmediatamente empezó a navegar, muy lentamente pero con toda seguridad. Así salieron de la laguna y llegaron al río que atravesaba el Bosque Secreto en una distancia de muchos kilómetros.

El paisaje era variado y misterioso visto desde la pequeña balsa que se deslizaba por el corazón del oscuro bosque.

A veces las ramas de los árboles eran tan bajas, que golpeaban la cabeza de los viajeros o les arañaban la cara. Era imposible evitarlo. Ranni intentaba encender su linterna cada vez que entreveía esta amenaza, pero la corriente era rápida y las ramas

chocaban con sus cabezas antes de que advirtieran el peligro.

Los niños se abrazaban e iban amontonados e incómodos. De pronto, una gran rama golpeó a Paul con tal violencia que faltó poco para que lo arrojara por la borda y le hizo un gran cardenal en la frente. En vista de ello, Ranni decidió detener la balsa hasta que fuera de día. No creía que los bandidos los persiguieran, ya que no tenían embarcaciones para navegar río abajo.

Así pues, ató la balsa a un árbol y los cinco se sentaron para roer un trozo de pan duro y hablar en voz baja. Ranni se quedó dormido poco después. En cambio, los niños estaban muy despiertos. Pilescu se quedó de guardia. El tiempo se hizo muy largo hasta el amanecer, pero el alba llegó al fin. En aquel lugar el bosque era tan espeso que los niños no veían la luz del sol, sino sólo un tenue resplandor que los envolvía y les permitía distinguir los troncos de los árboles y el color de las hojas.

—Continuemos el viaje —dijo Ranni.

Desató la balsa, todos embarcaron en ella y la fuerte corriente los arrastró.

Ahora veían las ramas de los árboles con que podían tropezar, y Ranni, de pie en la balsa, procuraba apartarlas.

El río describía curvas a derecha e izquierda y, de pronto, dio una vuelta tan cerrada, que casi llevó a los navegantes hacia atrás.

—¡No creo que vaya muy lejos en esta dirección! —dijo Pilescu—. Sería fatal. Por nada del mundo desembarcaría en el poblado de los bandidos.

El río seguía su marcha atrás y, aunque los navegantes no se enteraron, llegó un momento en que pasaron a sólo un kilómetro del poblado de los malhechores. Aquel río tenía un curso extraño por el interior del Bosque Secreto. A medio camino hacía un viraje e iba hacia atrás un gran trecho. Al fin salía del bosque a unos diez kilómetros del punto por donde había penetrado. Los viajeros no sabían esto último, pero Ranni, por la posición del sol, advertía que desde que habían dado la vuelta viajaban casi en sentido opuesto.

De pronto, los árboles aparecieron más separados y el sol llegaba al suelo aquí y allá, deslumbrando a los dos hombres y a los tres niños. La corriente era más fuerte y la balsa avanzaba dando tumbos.

—Ahora salimos del Bosque Secreto —dijo Jack mientras se llevaba la mano a la frente a modo de visera y miraba hacia delante—. Los árboles están cada vez más distanciados unos de otros. ¿Hacia dónde irá este río? Ojalá nos llevara a través de las montañas hasta salir por el otro lado. Una vez fuera del anillo podríamos contornearlo a pie, sin detenernos hasta llegar al castillo de Killimooiin.

—¡Eso no parece fácil! —dijo Pilescu.

Un grito les hizo dar media vuelta. Horrorizados, vieron entre los árboles a uno de los hombres de la banda. Éste les dijo algo a grandes voces y luego echó a correr, sin duda para avisar a sus compañeros. Su roja cola se balanceaba a sus espaldas.

Dos minutos después aparecieron seis o siete hombres más y se detuvieron a observar a la balsa que estaba lejos de ellos y seguía alejándose.

Los bandidos les dijeron algo a voz en grito.

—¿Qué dicen? —preguntó Jack.

Ranni le miró con expresión sombría.

—Hablan un dialecto extraño —dijo—, pero creo haber entendido lo que decían: «¡Pronto estaréis en el centro de la tierra!» No sé lo que habrán querido decir con esto.

Todos quedaron pensativos.

—Eso —dijo Jack— puede querer decir que el río penetra en la tierra, que es precisamente lo que deseamos, ¿no es así?

—Eso depende de si hay espacio para que pase la barca —dijo Ranni—. Hemos de estar muy alerta.

El río continuaba su rápido curso. Los niños veían las montañas de Killimooín en torno de ellos. A lo lejos, un poco a la izquierda, se alzaba la que ya conocían, porque al otro lado estaba el castillo de Killimooín. Vista desde allí, la montaña era muy diferente, pero la cumbre tenía la misma forma.

En esto oyeron una especie de poderoso rugido delante de la balsa. Con la rapidez del pensamiento, Ranni introdujo en el agua la rama de árbol e intentó apartar la balsa de la corriente. Pero ésta era tan fuerte, que la balsa no pudo librarse de ella.

Jack vio que Ranni estaba pálido. Con una expresión de angustia trataba en vano de apartar la balsa del centro de la corriente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack.

—¿No oyes ese ruido? —repuso Ranni—. Creo que cerca de aquí el río se precipita en forma de cascada. Sería espantoso que cayéramos por ella, pero no puedo apartar la balsa de la corriente.

Pilescu saltó de pronto por la borda y, aferrándose a la balsa con una mano, intentó nadar con la otra hacia la orilla. Pero no lo consiguió: la balsa seguía atrapada por la corriente.

—¡Saltad! —gritó a sus compañeros—. ¡Arrojaos al agua y nadad! ¡Es nuestra única posibilidad de salvación! ¡Nos acercamos a la cascada!

Todos se lanzaron al agua. Paul era el que nadaba peor y Ranni lo llevó sobre su espalda. La balsa siguió avanzando vacía.

Pilescu ayudó a Mike y a Jack. Pero era difícil salir de la fuerte corriente del río. Al fin llegaron a la orilla. Estaban rendidos de cansancio. Su mayor deseo era que no hubiera ningún bandido por allí, pues no habrían tenido fuerzas para luchar con él.

Al cabo de un rato se sentían más valerosos. El sol ardiente había secado sus ropas haciendo salir vapor de ellas.

—¿Qué habrá sido de la balsa? —preguntó Jack.

—¡Iremos a verlo! —respondió Ranni—. El ruido es ensordecedor. Seguramente la cascada, o lo que sea, no está muy lejos. Debe de estar allí, donde el aire parece enturbiado por una fina niebla, semejante a un humo ligero.

Echaron a andar junto al río, por un suelo desigual y pedregoso. El ruido era cada vez más ensordecedor. ¡Pronto descubrieron el enigma de aquel río!

Ranni contorneó una gran roca y llegó a un sitio donde caía sobre él una fina lluvia de salpicaduras. El río de aguas brillantes como la plata rugía junto a él y, de pronto, desaparecía sin dejar rastro. El agua caía por un estrecho orificio. Ranni, con toda clase de precauciones, volvió atrás y dijo a sus compañeros:

—¡Ha sido una buena idea salir de la balsa! El río se hunde en la tierra al llegar aquí.

Todos fueron a reunirse con él. Las salpicaduras los empaparon mientras permanecieron allí intentando ver adónde iba a parar aquella gran cantidad de agua.

Era algo extraordinario. El río desaparecía rugiendo por la boca de un abismo, a cuyo fondo caía sin dejar el menor rastro.

—¡Esto era lo que nos decían los bandidos cuando nos gritaban que pronto estaríamos en el centro de la tierra! —dijo Jack—. El agua debe de caer a gran profundidad por grandes bocas de precipicio como ésta, abiertas entre las rocas. Yo creo que debe de pasar por debajo de la cadena de montañas y reaparecer en alguna otra parte. ¡Qué río tan raro!

—¡Ha sido una suerte que hayamos podido salir de la balsa! —dijo Mike, aterrado al pensar que podían haberse hundido con la balsa en el corazón de la tierra—. Verdaderamente este río tiene un curso accidentado por demás. Atraviesa las montañas, baja por la vertiente, se dirige al Bosque Secreto, sale de él y se precipita en esta fosa. No tenemos, pues, ningún camino de salida por este lado. Me parece que sobre esto no hay duda.

Los cinco viajeros dejaron aquel extraño lugar y se sentaron en una roca caldeada por el sol para que se secaran sus ropas mojadas por las salpicaduras.

—Los bandidos deben de creer que hemos desaparecido para siempre en las profundidades de la tierra —dijo Pilescu—. Ya no nos buscarán. Esto es una gran ventaja.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Paul.

—Sólo podemos hacer una cosa, señor —dijo Pilescu—: regresar por donde hemos venido.

—¡Eso es imposible! —exclamó Paul—. ¿Cómo vamos a recorrer todo el camino que bordea el río cuesta arriba a través de la montaña? Aunque quisiéramos, no lo podríamos hacer.

—Pues tendremos que hacerlo —intervino Ranni—. Es el único camino que nos permitirá salir de aquí. Voy a subirme a un árbol para ver la dirección que sigue el río

hasta llegar a la montaña.

Se subió al árbol más alto que había cerca y, con las manos en la frente a modo de visera, estuvo un buen rato observando.

—No puedo ver por dónde sale de la montaña el río —dijo—. Está demasiado lejos. Pero veo el punto por donde penetra en el Bosque Secreto. Por lo menos me parece verlo. Iremos hacia el este y encontraremos el río. No podemos equivocarnos, pues atraviesa la ruta que vamos a seguir.

—Primero comamos algo —dijo—. ¿Dónde está el pan? Queda mucho aún, ¿verdad?

No quedaba mucho, pero tuvieron suficiente. Se sentaron y comieron su ración de pan con gran apetito. Luego Ranni se puso en pie y todos se levantaron.

—Ahora vamos hacia el río a través del bosque. Después nos dirigiremos hacia arriba, hacia la montaña.

CAPÍTULO XVI TEMPESTAD

Entre tanto ¿qué les había ocurrido a las niñas? Habían hecho lo que los muchachos les habían dicho. Despertaron sin pérdida de tiempo a Tooku y a Yamen y les contaron todo lo sucedido. La extraña historia impresionó profundamente a la pareja. ¿Ranni y Pilescu capturados por los bandidos? ¿Una estatua que se había abierto en dos mitades? ¿Y los chicos se habían marchado? Todo esto pareció un sueño, algo increíble a Yamen y a Tooku.

—Esta noche no podemos hacer nada —dijo Tooku, sosteniéndose el brazo dislocado—. Los criados no podrían ayudarnos a buscar a los desaparecidos: el miedo podría más que ellos. Mañana a primera hora los enviaremos a dar la noticia y a reclutar a los montañeses.

Aunque la espera les pareció demasiado larga, las niñas tuvieron que aceptarla, ya que no se podía hacer otra cosa. Volvieron a sus camas, pero no pudieron dormirse. Entonces se acomodaron juntas en un sofá, se taparon con mantas de piel y empezaron a hablar, muy preocupadas por la suerte de los chicos. Al fin, cuando faltaba muy poco para el amanecer se adormilaron. Yamen las despertó.

Pronto todos los habitantes del castillo estuvieron enterados de lo ocurrido aquella noche. La servidumbre estaba aterrada. La madre de Paul hizo que las niñas le repitieran el relato una y otra vez, y los ojos se le llenaban de lágrimas cada vez que oía decir que Paul había ido a rescatar a sus hombres.

—¡Es un baroniano de pies a cabeza! —exclamó—. ¡Me alegro de que Mike y Jack estén con él! ¿Pero por qué no habrán esperado hasta que pudiésemos enviar soldados o campesinos armados en busca de Ranni y de Pilescu?

Pronto apareció un grupo de montañeses a caballo. Los habían reclutado los sirvientes del castillo y Beowald, el cabrero ciego. Todos se habían asustado al oír lo que les contaban, pero todos estaban decididos a rescatar a su «pequeño señor», como llamaban a Paul.

Beowald iba con ellos. Los condujo al templo. Los montañeses retrocedieron atemorizados cuando vieron aquellas extrañas imágenes de piedra. La estatua del fondo, la del hombre sentado, estaba entera: los bandidos, que los muchachos habían visto la noche anterior, habían subido al templo y, al ver la estatua partida en dos, se habían apresurado a unir las dos mitades, temerosos de que se hubiera descubierto su secreto. Seguidamente se habían ocultado en la cueva que estaba debajo del templo.

Peggy y Nora observaban a Beowald cuando éste introdujo un dedo en la oreja derecha de la estatua. Los montañeses empezaron a lanzar gritos de terror cuando vieron que la piedra se abría y que la figura empezaba a dividirse lentamente en dos mitades. Beowald señaló el agujero que la estatua ocultaba.

—Éste es el camino —dijo.

Los montañeses se acercaron al agujero y miraron hacia el fondo. Todos temblaban; nadie se atrevía a bajar. Sus cabezas estaban llenas de supersticiones sobre los misterios, las hechicerías y los espíritus de la montaña.

Pero uno más atrevido que sus compañeros se deslizó por la cuerda, e invitó a los demás a seguirle. Uno tras otro, todos bajaron. Las niñas intentaron hacer lo mismo, pero Tooku y Yamen se lo prohibieron terminantemente.

—Esto es cosa de hombres —les dijeron—. No haríais más que estorbar.

Así que las niñas no tuvieron más remedio que volver al castillo, donde encontraron a la madre de Paul pálida y angustiada, esperando noticias.

Nora y Peggy intentaron consolarla refiriéndole sus aventuras anteriores, en las que siempre habían triunfado. La Reina las miraba sonriente, pero sin que su inquietud desapareciera.

—¡Sois unos aventureros! —dijo—. En todos los sitios adonde vais os ocurren aventuras. ¡Me sentiré feliz cuando ésta termine!

Pasó el día sin que llegaran noticias. Los campesinos no regresaban. Beowald volvió del templo y dijo que, aunque había escuchado atentamente desde la boca del pozo, no había oído nada. Por primera vez su ceguera lo mortificaba. Su mayor deseo habría sido seguir a sus amigos por el interior de la montaña. Pero no se había atrevido a acompañarlos: se habría desorientado en aquel subterráneo que no conocía.

Hacia la hora de la merienda, el cielo se ensombreció. Las niñas miraron por la ventana. Yamen, que estaba con ellas, se asomó también.

—Se acerca una tempestad —dijo señalando hacia el oeste—, una gran tempestad. No os asustéis. Esto suele ocurrir cuando el tiempo es muy caluroso. Aparecen grandes nubes que se amontonan y los relámpagos rasgan el cielo mientras los truenos retumban levantando ecos por todas partes.

—Las tempestades no nos asustan, Yamen —dijo Nora—. Una tempestad sobre los montes de Killimoin debe de ser un espectáculo maravilloso.

El cielo se puso tan negro, que las niñas hubieron de renunciar al entretenimiento de la lectura. Las grandes nubes empezaron a rodar alrededor de la cima de la montaña y pronto el castillo desapareció, envuelto en una masa densa y oscura. A lo lejos se oían retumbar los truenos. Los niños pequeños de la *nursery* rompieron a llorar.

—¡Ya se ven los relámpagos! —dijo Nora, deslumbrada por una cegadora chispa que lo iluminó todo vivamente durante un instante—. ¡Oh, qué trueno! ¡Nunca había oído nada igual!

Killimoin parecía estar en el centro de la tempestad. Los truenos retumbaban alrededor del castillo y los relámpagos llenaban de luz trozos de cielo. Entre relámpago y relámpago, la oscuridad era tan absoluta que parecía haber llegado ya la noche.

A las niñas no las asustaban las tempestades, pero ésta las llenó de inquietud. El ruido de los truenos era espantoso y los relámpagos, impresionantes.

Luego llegó la lluvia. ¿La lluvia? Más parecía una cascada que cayera sobre el castillo, estrellándose contra las ventanas y formando cortinas que resbalaban por las paredes. Las niñas no habían visto ni oído en su vida un diluvio igual. El ruido del agua apenas dejaba oír los truenos que seguían retumbando.

—Menos mal que los chicos no estarán a campo raso, sino bien guarecidos en una cueva —dijo Nora.

¡Pero los chicos no estaban en ninguna cueva! No; iban camino del río, hasta el punto en que éste se internaba en el Bosque Secreto. Ya casi habían llegado. Estaban tan cerca que veían sus aguas espejeantes. Estaban contentos al pensar que ya no podían perderse. Ya sólo tenían que seguir el curso del río en dirección contraria, hacia las montañas, y subir por el reborde que atravesaba la cordillera junto a la corriente.

Entonces el cielo se oscureció y se desencadenó la tempestad. Primero hubo un momento de gran calma, y Ranni levantó la vista al cielo con inquietud. ¡Conocía bien las tempestades baronianas! ¡Eran tan impresionantes como sus bravíos montes!

La tempestad estalló en el preciso momento en que el grupo, después de alcanzar el río, empezaba a remontar su curso hacia la montaña. Los rayos zigzagueaban sobre sus cabezas a través del oscuro cielo.

—Debemos resguardarnos —dijo Ranni mientras miraba a su alrededor en busca de algún refugio. No quería detenerse bajo los árboles porque sabía muy bien que atraían a los rayos. Cerca había un espeso matorral de hojas enormes, tanto, que la lluvia resbalaba por ellas como si fueran paraguas.

—Nos esconderemos bajo estas matas —dijo Ranni— y nos pondremos la capa sobre la cabeza. La lluvia no las atravesará.

¡Pero se equivocó! La lluvia lo caló todo, y de nuevo los fugitivos quedaron mojados de pies a cabeza. Los muchachos se sentían incómodos bajo la violencia de aquella lluvia tormentosa. Las gruesas gotas se estrellaban salpicándolos, mojándolos, empapándolos. Atravesaban las ramas de los arbustos, sus capas, sus trajes y todo cuanto se les oponía.

—¡Qué tempestad tan tremenda! —dijo Paul—. ¡Es la peor que he visto en Baronia! ¡Oh, Pilescu; esto no me gusta nada!

Pilescu atrajo al niño contra su pecho y lo cubrió con sus grandes brazos.

—Estando con Pilescu no tienes nada que temer —le dijo—. ¡Ni las peores tormentas podrán causarte ningún daño!

Durante dos horas cayó la lluvia sin cesar. Jack no comprendía cómo podían almacenar tanta agua las nubes. Era como si el cielo vaciara mares sobre la tierra.

Al fin se abrió un claro en las nubes y apareció un trozo de cielo azul y brillante.

Los truenos se alejaron y no se vio ningún relámpago más. Las nubes perdieron espesor y al fin cesó la lluvia. Los niños respiraron. Estaban mojados y tenían frío y hambre. Ranni palpó sus grandes bolsillos y sacó un poco de chocolate que fue muy bien recibido.

—Ahora hay que seguir adelante —dijo Pilescu—. Si el sol vuelve a brillar antes de ponerse, pronto estaremos secos. Nos falta aún un gran trecho para llegar al punto donde el río sale de la montaña. ¿Queréis que os lleve un rato en brazos, señor?

—¡Oh, no! —respondió Paul—. Puedo andar igual que Jack y Mike.

Pero al cabo de tres horas de marcha, el príncipe se sintió feliz al verse sobre la ancha espalda de Pilescu. Avanzaron lentamente siempre cuesta arriba y guiándose por el ruido del agua. No vieron ni rastro de los bandidos, a pesar de que iban pendientes de ello y su vigilancia era continua.

Al atardecer llegaron al lugar en que el río salía de la montaña y fluía cantando como si se alegrara de ver el sol. Se sentaron junto a la corriente para descansar. Todos estaban fatigados.

—Ahora tenemos que remontar el río por el reborde —dijo Ranni al cabo de un rato—. Tardaremos varias horas en llegar a la cascada. El camino es empinado y a veces peligroso. Señor, os tendré que atar a mi cuerpo. Si os cayerais al río, no podría salvaros. En un instante desapareceríais arrastrado por el ímpetu de la corriente.

—Entonces ata también a Mike y a Jack a Pilescu —dijo Paul—. No quiero ser el único en ir atado.

Al fin los cinco quedaron atados unos a otros, de modo que si uno se caía los demás podrían salvarlo tirando de la cuerda. Así penetraron en la gruta que daba entrada al corazón de la montaña de Killimoooin y se dispusieron a subir junto al ruidoso río.

Tal como todos sabían, había un estrecho reborde. Estaba mojado y resbaladizo, y a veces era tan estrecho que parecía imposible pasar sobre él. Pero, con el tacto, encontraban asideros en la pared rocosa y, gracias a ello, el grupo pudo proseguir su camino.

Una vez Paul resbaló, perdió el equilibrio y casi arrastró a Ranni. El príncipe cayó al agua, pero Ranni sujetó la cuerda fuertemente. El muchacho pudo encaramarse de nuevo al reborde y allí quedó de rodillas, temblando de miedo.

—Estáis a salvo, señor. No os asustéis —dijo Ranni, intentando tranquilizarlo con su potente voz que dominaba el ruido del agua.

—¡Pero si no estoy asustado! —gritó Paul, levantándose rápidamente.

Había pasado un miedo espantoso, pero no quería que se supiera. Ranni se sintió orgulloso de su pequeño príncipe.

Volvieron a ponerse en marcha sin decir palabra, pues tenían que hacer un tremendo esfuerzo para que sus voces se oyeran por encima del estruendo del río.

Tenían la sensación de que hacía muchas horas que iban subiendo por aquel estrecho reborde. Ranni iluminaba con su linterna el camino, y Pilescu cerraba la marcha. De pronto, los cinco vieron algo que los sobresaltó.

La luz de la linterna de Ranni se proyectó sobre una forma oscura que descendía balanceándose arrastrada por la corriente. El sorprendido Ranni siguió dirigiendo hacia el objeto el haz de su linterna y pronto pudieron ver todos que se trataba de una balsa en la que iban cinco o seis de aquellos pequeños, delgados y nerviosos bandidos. Bajaban a toda velocidad hacia el Bosque Secreto dando tumbos en su balsa.

También los bandidos los vieron a ellos y empezaron a lanzar gritos de sorpresa. Medio minuto después habían desaparecido río abajo, arrastrados por la rápida corriente, como tragados por la negrura del túnel en que el río se perdía.

—¡Nos han visto! —gritó Jack—. ¿Creen que nos perseguirán?

Ranni y Pilescu se detuvieron para reflexionar sobre lo ocurrido. Les parecía muy posible que los bandidos volvieran atrás y les persiguieran. Les sería fácil detener la balsa en un saliente del reborde rocoso y subir a éste. Y luego, arrastrando la balsa como, por lo visto, hacían cada vez que subían al templo, emprender la ascensión.

—¡Ranni! —gritó Jack de nuevo—. ¿Cree usted que nos perseguirán?

—Es posible —repuso Ranni—. Debemos avanzar rápidamente. No podemos perder ni un segundo.

Los cinco se pusieron de nuevo en marcha. Era un viaje duro y fatigoso. El río los salpicaba continuamente, y en algunos trechos rebasaba el reborde de piedra, así que los fugitivos tenían en todo momento las piernas mojadas. A veces el túnel era muy bajo. En una ocasión tuvieron que agacharse y avanzar a gatas, mientras sus cabezas rozaban el áspero techo de roca.

A la linterna de Ranni se le agotó la pila, y Mike se alegró de llevar encima la suya y poder prestársela. Necesitaban dos linternas: una al final de la fila y otra al principio.

—¿Falta todavía mucho? —refunfuñó Paul—. Estoy deseando llegar.

CAPÍTULO XVII EL VIAJE JUNTO AL RÍO SUBTERRÁNEO

Fue una subida interminable. Ranni acercó su reloj a la luz de la linterna y vio que era casi medianoche. Se comprendía que el pobre Paul refunfuñara y preguntase si faltaba aún mucho. Incluso los dos hombres estaban extenuados.

—Ranni, cerca de aquí hay una especie de plataforma —dijo Jack, recordando aquel ensanche del reborde donde hallaron una tosca habitación en la que Paul, Mike y él habían dormido dos noches antes.

Ranni y Pilescu ignoraban la existencia de esta cámara. Jack los había informado de ello a voz en grito, y los dos baronianos deseaban llegar cuanto antes a aquel lugar. Allí descansarían, haciendo guardia por turno por si llegaban los bandidos.

Siguieron subiendo. Tropezaban en el áspero suelo del reborde rocoso. Una vez Mike resbaló y cayó de cabeza al agua. En su caída arrastró a Jack con sus pies y los dos muchachos desaparecieron. Paul lanzó un grito de horror.



Pero Pilescu se mantuvo firme y tiró de la cuerda. Así consiguió sacar a Jack y a Mike del agua, ayudándolos a subir al reborde. Estaban empapados. Temblaban de miedo y de frío. No fue para ellos nada agradable aquel baño inesperado en el agua helada de la montaña. Se alegraron de que a Ranni se le hubiese ocurrido atarlos a todos juntos. Jack rogaba al cielo que los forzudos baronianos no se cayeran al río, pues estaba seguro de que, si esto ocurría, arrastrarían a los niños con ellos. Pero Ranni y Pilescu se mantenían firmemente sobre sus pies. Estaban acostumbrados a subir montañas, pues lo hacían desde que eran niños, y ninguno de los dos resbaló.

Paul estaba tan cansado que apenas podía subir. A Ranni le era imposible cargar con él, pues necesitaba sus dos manos para sostener la linterna y buscar en la pared rocosa asideros que le permitieran avanzar con seguridad. Se sentía muy apenado al pensar en el pobre niño que se arrastraba detrás de él rendido de cansancio.

Tardaron aún bastante en llegar a la plataforma. Cuando la alcanzaron, Ranni no lo advirtió. Siguió adelante, palpando la pared, sin darse cuenta de que se iba apartando del río. Mike gritó:

—¡Creo que hemos llegado a la plataforma! ¡El reborde se está ensanchando!

Ranni y Pilescu se detuvieron y proyectaron en todas direcciones el foco de sus linternas. ¡Habían llegado a la plataforma! Esto los colmó de alegría.

—¡Aquí está la habitación donde dormimos! —exclamó Mike.

Los dos hombres miraron el gran hueco que había en la pared rocosa, cubierto de alfombras de piel. Y vieron algo más: en la estantería había otro pan. Sin duda, lo habían dejado allí los bandidos que habían pasado junto a ellos en su balsa arrastrada por la corriente, hacía dos o tres horas.

—¡Esto es magnífico! —exclamó Ranni.

Sentó a Paul en sus rodillas y despedazó el pan. Mike y Jack tomaron un trozo cada uno y le hincaron el diente con avidez. Paul estaba tan extenuado que no podía ni comer. Su cabeza cayó sobre el ancho pecho de Ranni y el niño se quedó dormido inmediatamente.

—Vosotros debéis descansar en esas pieles —dijo Ranni a Mike y a Jack—. Yo tendré a Paul en mis brazos para darle calor. Pilescu se quedará de guardia por si vuelven los bandidos.

Mike y Jack se echaron en aquel extraño dormitorio excavado en la pared rocosa y se cubrieron con las alfombras de piel. Transcurridos unos segundos, dormían profundamente. Los dos hercúleos baronianos tenían también mucho sueño, pero Pilescu estaba de guardia y procuró mantener los ojos muy abiertos.

Ranni se durmió teniendo a Paul entre brazos. Sólo Pilescu estaba despierto. Pero los ojos se le cerraban. Había apagado su linterna para que los bandidos no viesen ninguna luz si regresaban. Le era muy difícil permanecer despierto en la oscuridad estando tan cansado.

La cabeza se le doblaba, pero al punto la volvía a levantar. Sabía que no podría evitar quedarse dormido si se sentaba. Empezó a pasear de un lado a otro de la plataforma como un león en su jaula. Así se mantuvo despierto: no podía dormirse andando.

Sin hacer ruido, siguió paseando arriba y abajo durante dos horas. De pronto, se detuvo y prestó atención. ¡Oía voces! Éstas procedían de la parte baja del túnel. ¡Debían de ser los bandidos que volvían!

«Han conseguido detener su balsa y salir de ella, y han vuelto hacia atrás para capturarnos de nuevo —pensó Pilescu—. ¿Qué podemos hacer? Nos atraparán: no podremos escapar. ¡Cómo me gustaría tener un revólver!»

Pero los bandidos los habían desarmado. Ni Ranni ni Pilescu tenían armas para defenderse. Sólo podían luchar con sus manos. ¡Pero harían buen uso de ellas!

Las voces se acercaban. Pilescu despertó a Ranni y le explicó, hablándole al oído, lo que ocurría. Ranni depositó a Paul, que seguía dormido, en la cámara donde estaban Jack y Mike. El príncipe no se despertó.

—Nos taparemos con nuestras capas y nos sentaremos con la espalda apoyada en la pared, uno a cada lado de la habitación —susurró Ranni—. Es posible que los bandidos no nos vean. Tal vez no supongan que estamos descansando aquí. Pueden creer que seguimos huyendo a toda velocidad.

Dejaron de oír las voces. Suponían que los bandidos estaban ya muy cerca. Éstos no llevaban linternas, pero conocían tan bien el reborde, que podían avanzar por él en plena oscuridad.

El agudo oído de Ranni percibió un jadeo, ¡había un individuo de la banda en la plataforma! Los dos servidores baronianos permanecieron inmóviles, deseando que los tres muchachos dormidos no hicieran ningún ruido. Los habían cubierto de pies a cabeza con las alfombras para que no se oyera su respiración. Era increíble que Ranni hubiese oído el jadeo del malhechor, aunque el río hacía allí casi tanto ruido como en todo su curso.

Oyeron una voz áspera y potente y comprendieron que los bandidos estaban ya en la plataforma. Ranni y Pilescu aguzaron el oído por si percibían alguna señal de que los hombres de cola de lobo pensaban inspeccionar aquel amplio tramo del reborde.

Pero no se oyó ningún otro ruido; ni Ranni ni Pilescu percibieron ni jadeos ni voces. Estaban inmóviles como estatuas, sin apenas respirar, a fin de captar cualquier sonido que el ruido del agua permitiera oír. Permanecieron así durante diez minutos y no oyeron nada. Entonces, sin hacer el menor ruido, Ranni se puso en pie. Buscó su linterna y la encendió. La plataforma quedó iluminada. ¡Y vieron que estaba completamente vacía!

—Se han marchado —dijo Ranni en voz baja—. Me lo he figurado al ver que pasaba el tiempo y no oíamos nada. No se les ha ocurrido inspeccionar esta

plataforma. Han seguido hacia delante, sin duda con la esperanza de atraparnos en la cueva de la cascada.

—Eso no es nada alentador —dijo Pilescu, apagando su linterna—. Si nos esperan allí nos capturarán fácilmente. Jack ha dicho que Beowald iba a reunir un grupo de montañeses para salir en nuestra busca. Es muy posible que hayan llegado a la cueva de la cascada y nos puedan ayudar. Pero no estamos seguros.

—Dejemos descansar a los chicos un poco más —dijo Ranni—. No hay por qué apresurarse ahora que tenemos a los bandidos delante y no a nuestra espalda. Duerme un poco, Pilescu. Ahora me toca a mí vigilar.

Pilescu se sintió feliz al poder permitirse descabezar un sueño. Apoyó su gran cabeza en la pared y al punto se quedó profundamente dormido. Ranni montaba guardia. Sus ojos y sus oídos estaban atentos a percibir cualquier movimiento o cualquier sonido extraños. Nunca se había visto en una situación semejante. Allí estaba sentado, inmóvil, junto a sus compañeros dormidos, oyendo el rugido del río subterráneo y vigilando por si volvía alguno de aquellos ladrones de cola de lobo.

Pero no volvieron. Ningún ruido sospechoso llegó a oídos de Ranni. Sus compañeros dormían tranquilamente; ninguno hacía el menor movimiento. Ranni miró su reloj al cabo de un buen rato. ¡Eran ya las seis! Fuera de la montaña el sol debía ya de brillar y todo estaría inundado de luz. En aquel túnel la oscuridad era tan completa como la de medianoche y hacía frío. Ranni se sentía feliz de tener aquella gran capa que abrigaba tanto.

Poco tiempo después se despertó Pilescu y preguntó a Ranni:

—¿Has oído algo?

—Nada —respondió Ranni—. Son ya cerca de las siete. ¿Despertamos a los muchachos para continuar la marcha? No hay razón para que estemos más tiempo aquí. Aunque los bandidos tal vez nos esperen, debemos seguir adelante.

—Sí —dijo Pilescu, bostezando—. Ahora me siento mejor. Estoy seguro de que haría polvo a cinco o seis de esos rufianes en un abrir y cerrar de ojos. Despertaré a los niños.

Los despertó. Ellos se resistieron a abrir los ojos, pero al fin los abrieron y pronto estuvieron sentados y comiendo un trozo del pan que habían encontrado en la estantería la noche anterior.

Ranni les contó que los bandidos habían pasado por allí y no los habían visto.

—No es nada tranquilizador pensar que van delante de nosotros y se detendrán para esperarnos —dijo Mike inquieto—. A lo mejor nos esperan ya en alguna cueva. Tendremos que estar muy alerta.

—¡Vigilaremos! —dijo Jack, que, como Pilescu, se sentía mucho más animoso, después de haber dormido—. No me asustan los bandidos de cola de lobo.

Dejaron la plataforma y se dirigieron al reborde que seguía subiendo junto al río.

Como de costumbre, Ranni abría la marcha y todos iban enlazados por la cuerda.

—Si mal no recuerdo, nos vamos acercando a la cueva de la cascada —dijo Jack—. Debemos de estar a unas dos horas de allí.

Echaron de nuevo a andar a trompicones por el reborde rocoso. El agua les mojaba los pies. Los niños se sorprendieron al ver que ahora el reborde quedaba bajo el nivel del agua, que les llegaba a los tobillos.

—No ocurría así cuando los bandidos los trajeron a Pilescu y a usted, ¿verdad, Ranni?

—No, no ocurría así —confirmó Ranni, extrañado—. Entonces el agua apenas llegaba al reborde. En cambio, ahora el reborde queda bajo el nivel del agua. El río se ha desbordado y sigue subiendo. Es posible que el agua nos llegue muy pronto a las rodillas.

Y les llegó a las rodillas. Aquello era muy extraño y muy molesto. ¿Por qué subiría el río de aquel modo?

CAPÍTULO XVIII EN LA CUEVA DE LA CASCADA

Cuanto más subían, más alto era el nivel del agua que corría por el reborde. Además, el río hacía cada vez más ruido. Ranni estaba desconcertado, pero de pronto comprendió lo que motivaba la crecida.

—¡Ha sido el diluvio de ayer lo que ha provocado la subida del río! —dijo a los niños levantando la voz cuanto pudo, a fin de que le oyeran a pesar del ruido del agua—. La lluvia se ha filtrado por la montaña hasta las capas más profundas y ha llegado hasta el río. ¿Recordáis la tormenta de ayer? A mares caía el agua sobre la tierra. El río sube rápidamente. Que no crezca mucho más, pues, si esto ocurre, no podremos seguir adelante.

Esta idea les produjo profunda inquietud. Sería horrible que quedaran atrapados en el túnel subterráneo mientras el nivel del río subía continuamente. Todos procuraron avanzar lo más rápidamente posible a través del agua que cubría sus pies.

Transcurridas dos horas, se dijeron que debían de estar cerca de la cueva de la cascada. El agua les llegaba ya hasta más arriba de las rodillas y les era muy difícil seguir andando contra la resistencia que les oponía la impetuosa corriente. Ranni y Pilescu estaban muy preocupados.

¡Pero de pronto oyeron el ruido de la cascada que caía en la gran cueva! No podía ser otra cosa lo que oían, porque el estruendo era ensordecedor.

—¡Ya llegamos! —gritó Ranni.

—¡Hay que vigilar por si están aquí los bandidos! —exclamó Jack.

Recorrieron el último trecho del reborde y, a la luz de la linterna de Ranni, vieron que al fin habían llegado a la espaciosa cueva de la que partía el pasadizo que conducía al subterráneo situado debajo del templo. Todos se sintieron aliviados.

Allí no había ni rastro de los bandidos. Los cinco entraron cautelosamente en la cueva y miraron a su alrededor. A la luz de la linterna de Ranni, la cascada les pareció mucho mayor que cuando la vieron por primera vez. Se precipitaba desde la abertura que había en el techo y luego corría por el canal y desaparecía en el túnel.

—Ahora es mayor —dijo Ranni—. Ha crecido a causa de la lluvia de ayer. Ahora llena completamente la abertura del techo.

—¿Qué ocurrirá si esta abertura no puede tragar toda el agua que va llegando a ella? —preguntó Jack.

—No lo sé —repuso Ranni—. ¿Qué haremos ahora? ¿Dónde estarán los bandidos? ¿Se habrán ocultado en alguna parte para esperarnos? ¿Estarán arriba, en el subterráneo de debajo del templo, o habrán salido a la montaña para hacer una de sus fechorías?

—Eso sólo lo podremos saber si vamos a verlo —dijo Pilescu—. Vosotros, muchachos, no os mováis de aquí mientras Ranni y yo vamos por el pasadizo al

sótano del templo.

—¡No, iremos con vosotros! —dijo Paul resueltamente.

—Eso sería una locura —replicó Pilescu—. No hay ninguna necesidad de que nos expongamos todos. Vosotros os quedaréis aquí hasta que Ranni o yo regresemos. Entonces os diremos si podemos salir todos sin peligro a la ladera de la montaña.

Los niños vieron como los dos hercúleos baronianos desaparecían por el estrecho pasadizo que había en el fondo de la cueva, al otro lado de la gran cascada. Les fue muy difícil quedarse allí, esperando la vuelta de los dos guardianes de Paul. Permanecieron en un rincón contemplando la rugiente cascada.

—¡Oyendo el ruido que hace, cualquiera diría que está furiosa! —dijo Jack—. No creo que la abertura del techo sea ahora lo bastante grande para dar paso a toda el agua que llega. Estoy seguro que el agua la agrandará.

—Piensa que el agujero está en la roca viva —dijo Mike—. No creo que el agua pueda romper la piedra.

Aún estaban hablando cuando ocurrió algo que los horrorizó. De pronto, aumentó el volumen y el estruendo de la cascada y los niños vieron que una gran roca se desprendía lentamente del techo. Como Jack había dicho, la abertura no era ya lo bastante grande para dar paso a la gran cantidad de agua que recibía y el empuje de la riada se había llevado parte de aquel sólido techo.

Inmediatamente, el agua se extendió por el suelo de la cueva, llegando muy cerca de los pies de los niños, que estaban paralizados por la sorpresa y que al punto se retiraron al otro extremo de la cueva.

—¡Caramba! ¡Supongo que no cederá todo el techo! —dijo Jack—. La fuerza del agua debe de ser formidable. De otro modo, no habría podido romper la roca.

No ocurrió nada más: sólo que aumentaba el rugido del agua y que ésta seguía inundando el suelo de la cueva y se acercaba al lugar donde estaban los chicos.

—A pesar de todo, me parece que no corremos peligro —dijo Mike—. Estamos justamente en el comienzo del paso que conduce al sótano del templo. El agua viene del otro lado. Si sube aquí el nivel, podremos huir por el pasadizo.

Pero el nivel del agua no subió y los niños siguieron esperando con paciencia. Transcurrieron veinte minutos. No había el menor indicio de que Ranni o Pilescu regresaran. Mike empezó a sentirse preocupado.

—Estoy deseando que vuelvan —dijo—. No podré estar así mucho tiempo más: se me acaba la paciencia.

—Pero ¿qué estarán haciendo Ranni y Pilescu? —preguntó Jack, impaciente—. Desde que se han marchado, han tenido tiempo de sobra para salir de la montaña.

—Subamos por el pasadizo a ver si averiguamos algo —dijo Paul—. No puedo estar más tiempo aquí sentado.

—De acuerdo —dijo Mike—. Seguidme. Nos será fácil volver aquí si oímos

regresar a Ranni o a Pilescu.

Empezaron a subir por el estrecho y sinuoso pasadizo, dejando atrás el ruido ensordecedor de la gran cascada. Pero antes de recorrer la mitad del camino, oyeron que alguien bajaba hacia donde estaban ellos.

—Deben de ser Ranni y Pilescu —dijo Mike en voz baja—. Venid; volvamos a la cueva. Evitemos que nos riñan por no haber esperado como nos dijeron.

Bajaron corriendo por el pasadizo y pronto estuvieron nuevamente en la cueva de la cascada. Ésta seguía cayendo en el fondo de la cueva y su ruido era aún más ensordecedor que antes.

—¡Ya llegan! —dijo Mike al ver una luz en el pasadizo. También él encendió su linterna para dar la bienvenida a Ranni y a Pilescu.

Pero un segundo después él y sus dos compañeros quedaron petrificados de horror. Sí, eran Ranni y Pilescu los que llegaban. ¡Pero como prisioneros! Otra vez estaban cautivos. Se les veía furiosos, pero sin poder hacer nada. Detrás de ellos aparecieron seis o siete bandidos que los empujaban y los amenazaban con sus cuchillos, gritándoles que fueran más de prisa.

—¡Ranni! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Paul, yendo hacia ellos.

Pero antes de que las víctimas pudieran dar ninguna explicación, los bandidos, lanzando gritos de alegría, se habían arrojado sobre los tres muchachos y les ataron las manos en la espalda. Mike intentó en vano sacar su cuchillo de explorador.

Los malhechores ataron también los pies a los niños. Las ligaduras que utilizaban eran de piel flexible. Por mucha resistencia que opusieron, no pudieron impedir que los atasen. Los tendieron en el suelo de la cueva como si fueran gallinas desplumadas. Ranni y Pilescu gruñían como toros bravos, intentando libertar sus manos, atadas a su espalda fuertemente como la primera vez que habían caído en poder de la banda. Los bandidos los echaron en el suelo y les ataron también las piernas.

A pesar de su escasa talla, aquellos malvados eran fuertes. Ranni y Pilescu parecían gigantes al lado de ellos, pero los desalmados pasaban por encima de ellos como si fueran hormigas. A pesar de su pequeñez habían vencido a los dos altos y fornidos baronianos.

Los bandidos hablaban unos con otros regocijados. ¡Tenían cinco prisioneros! Pero, de pronto, uno de ellos señaló el agua que cubría el suelo de la cueva.

Todos miraron el agua, pasmados. No cabía duda de que hasta entonces nunca habían visto agua en el suelo de la cueva. Miraron también el agua que caía desde la abertura del techo, aquel orificio que se había agrandado, y comprendieron lo que había ocurrido. Entonces, aterrados, corrieron hacia el reborde que acompañaba al rugiente río.

El agua les llegaba a las rodillas. Habían dejado la balsa más allá de la amplia

plataforma. Miraban la corriente llenos de horror. No podían oírse unos a otros, por estar demasiado cerca de la cascada, y regresaron al lado de los cinco prisioneros hablando a gritos y visiblemente aterrados.

El ruido del agua aumentó. Entonces todos fijaron sus desorbitados ojos en la abertura por la que caía la cascada. En este instante cedió otro trozo de techo, que cayó en el suelo de la cueva con estrépito ensordecedor. Al fragmento de roca siguió una masa de agua que se había acumulado y que se desparramó por el suelo de la cueva con el bramido de un torrente.

Los bandidos lanzaron un grito de terror. Comprendieron que no les sería posible regresar al Bosque Secreto si no se marchaban inmediatamente, pues el caudal de agua aumentaba y el nivel del río subterráneo subiría tanto, que no podrían andar por el reborde rocoso.

Desaparecieron tras una cortina de salpicaduras. Jack levantó la cabeza y los vio vagamente, ya a bastante distancia, intentando avanzar por el reborde en el punto en que el río se internaba en el túnel. ¡El agua les llegaba ya a la cintura!

—Se ahogarán todos —dijo Jack—. El agua los arrastrará. Su nivel no cesa de subir.

—¡No os preocupéis por los bandidos! —dijo Ranni, que, mediante un gran esfuerzo, logró incorporarse y quedar sentado—. ¡Tenemos que pensar en nosotros! ¡Mirad el agua: ya llega hasta aquí!

Así era. Chapoteaba en torno de ellos. Los cinco cautivos lograron ponerse en pie, aunque fue muy difícil levantarse teniendo las manos y los pies atados. Forcejearon para librarse de sus ligaduras; pero aquellos hombres sabían hacer nudos que no era posible deshacer ni romper.

—Lo mejor será que intentemos subir por el pasadizo —dijo Ranni, avanzando hacia él a saltos con sus dos pies atados. Pero se cayó y dio con la cabeza contra una piedra, al no poder apoyar las manos en el suelo. Quedó inmóvil. Paul lo miró aterrado.

—Ha perdido el conocimiento, pero en seguida volverá en sí: no tiene ninguna herida grave —dijo Pilescu para tranquilizar al príncipe, aunque el gigante baroniano se sentía tan intranquilo como el pequeño Paul.

Estaban como atrapados en una trampa mortal. En cualquier momento podía ceder otro trozo del techo y entonces la cueva quedaría completamente inundada. Y como estaban fuertemente atados, no podrían huir.

—¡Ranni! ¡Abre los ojos! —le dijo Paul, desesperado.



Los bandidos se habían dejado olvidada una antorcha encendida, no lejos de ellos, y su luz iluminaba la cara de Ranni, que yacía con los ojos cerrados junto a la pared rocosa.

—Pero dime, Pilescu: ¿cómo os han capturado?

—Subimos al sótano del templo —explicó Pilescu— y llegamos a la estatua partida en dos. Salimos por ella. Vimos que no había nadie. Nos acercamos a la entrada del templo y nos asomamos. No pudimos ver nada, porque una espesa niebla se extendía por la vertiente de la montaña. Volvimos al interior con el propósito de venir a buscaros; pero, de pronto, todos los bandidos llegaron corriendo y se arrojaron sobre nosotros. Seguramente, nos estaban espiando cuando nos asomamos a la puerta del templo, y nosotros no pudimos verlos a causa de la niebla. ¡Nos estaban esperando!

—¡Oh, Pilescu! ¡Que nos haya ocurrido esto cuando llegábamos al final de nuestro viaje! —dijo Paul—. ¿Qué haremos ahora? ¿Estará Ranni malherido? ¡Hado dado con la cabeza en la roca!

En este momento Ranni abrió los ojos y profirió un gemido. Debía de sentir fuertes dolores de cabeza. Intentó incorporarse haciendo un gran esfuerzo y, de pronto, lo recordó todo.

—¡Se está desprendiendo otro trozo de techo! —gritó Jack.

Era verdad. Con ensordecedor estruendo cayó otra gran roca en el fondo de la cueva, y una masa de agua aún mayor que la anterior se precipitó sobre el suelo de la caverna. El agua lamía sus piernas. Los cinco cautivos hacían esfuerzos desesperados para retirarse a una parte más alta del suelo, donde la masa líquida no los alcanzara.

—¡Sigue subiendo el nivel! —dijo Mike con la mirada fija en el agua que se extendía por la cueva. La luz brillante de la antorcha se proyectaba sobre el agua helada y oscura, que tenía un aspecto amenazador.

—¿Qué podemos hacer, Pilescu? —preguntó Jack, desesperado—. Pronto nos

ahogaremos todos si no hacemos algo. ¿Por qué no vendrán a salvarnos los criados y los campesinos? Beowald dijo que reclutaría gente.

Ya sabemos que Beowald había pedido ayuda. Los campesinos que acudieron a su invitación llegaron hasta la cueva de la cascada, pero no se enteraron de que los muchachos habían seguido adelante por el estrecho reborde rocoso que bordeaba el tumultuoso río. Por eso volvieron atrás y salieron de nuevo a la montaña. Dijeron a Beowald que debía de estar equivocado, pues en aquellas cuevas profundas no había nadie, y que los bandidos y sus prisioneros debían de estar en algún escondrijo de la vertiente de la cordillera.

Inspeccionaron toda la montaña; buscaron en todas las cuevas y rincones. La busca y los gritos que cruzaban los buscadores duraron varias horas. Cuando apareció la espesa niebla tuvieron que suspender la exploración. Aquellos hombres eran excelentes montañeros, pero podían perderse en la niebla tan fácilmente como se habría perdido un niño inexperto.

Sólo Beowald siguió buscando. Al él no le importaba la niebla, del mismo modo que no le importaba la oscuridad, ya que sus ojos no la percibían. Toda la noche estuvo buscando a sus amigos acompañado de su cabra favorita.

Cuando el sol ya estaba bastante alto, Beowald volvió al templo. Escuchó desde fuera. No se oía nada. Se dirigió a la gran imagen de piedra del fondo. Aún estaba partida en dos. Beowald se detuvo a reflexionar. ¿Sería prudente que bajara para continuar la busca? Los campesinos habían dicho que allí abajo no había más que cuevas vacías y que en una de ellas se precipitaba una cascada. Beowald se perdería en aquel subterráneo desconocido para él. Pero algo le impulsó a intentarlo.

El cabrero ciego se deslizó por la cuerda hacia el fondo del pozo. Así llegó al sótano del templo y la exploró palmo a palmo, con las manos extendidas, tocándolo todo y palpando las ásperas y rocosas paredes.

Pronto halló la entrada del estrecho pasadizo. Bajó por él, con los brazos extendidos y tocando todo lo que encontraba ante él y a los lados. El pasadizo iba siempre hacia abajo describiendo curvas a derecha e izquierda.

Beowald llegó a la cueva de la cascada y se detuvo, aturdido por el ruido del agua, que le mojaba los pies. Al principio el estruendo del agua llenaba de tal modo sus oídos, que no podía oír nada más.

Luego, con gran asombro, oyó que pronunciaban su nombre.

—¡Beowald! ¡Es Beowald, el ciego! —¡Sí, es él! ¡Beowald, ayúdanos! ¡De prisa! Beowald estaba en pie a la entrada de la cueva de la cascada. Sus ojos no vieron nada, pero sus oídos percibieron aquellas voces conocidas en las que difícilmente podía creer.

¡Los cinco cautivos estaban aún más pasmados! ¡Beowald había surgido ante ellos como una aparición cuando ya empezaban a perder las esperanzas de salvarse!

CAPÍTULO XIX BEOWALD LOS SALVA

—¡Beowald! ¡Date prisa! ¡Desátanos! —gritó Ranni.

El nivel del agua había subido mucho y cada vez subía más. En unos minutos la crecida había sido impresionante. Ranni temía que todo el techo cediera bajo el tremendo peso de la masa de agua. En este caso no habría salvación posible para él ni para sus compañeros.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estáis? ¿Qué significa esta agua? —gritó Beowald, perdido en aquel extraño mundo donde todo era ruido y humedad.

—¡Beowald! ¡Escucha! —le dijo Ranni a grandes voces—. Escucha con atención. Estás en la entrada de una cueva donde nos hallamos Pilescu, los tres chicos y yo. Todos estamos fuertemente atados, de modo que no podemos andar ni desatarnos unos a otros. El agua cae a mares en esta cueva y pronto nos ahogaremos todos si no te das prisa. Ven, Beowald; guíate por mi voz. No temas.

—Ya voy —dijo el cabrero.

Y avanzó barriendo el agua con sus pies. Pero, de pronto, se detuvo asustado. Nunca tenía miedo en las montañas. Allí conocía el terreno palmo a palmo, con todas sus rocas y todos sus árboles. Pero aquella cueva era un mundo nuevo y extraño para él y le inquietaba.

—¡Date prisa, Beowald! —gritó Ranni—. Ven lo más rápidamente que puedas. Saca tu cuchillo y corta las ligaduras de mis manos.

Beowald avanzó por el agua con gran dificultad, con los brazos tendidos y moviendo las manos, con la esperanza de que sus dedos tropezaran con Ranni. Al fin tocaron la cara del baroniano. Ranni estaba recostado en la pared. En su cabeza había un gran chichón, en el lugar donde se había producido el choque con la roca. Los dedos de Beowald palparon el chichón y el cabrero se preguntó cómo se habría hecho Ranni aquello. Sus manos recorrieron el cuerpo de Ranni y advirtió que tenía las manos atadas a la espalda.

Sacó su cuchillo y, manejándolo con destreza y precisión, cortó las ligaduras de cuero que mantenían juntas las manos de Ranni. El hombretón, con gran alegría, agitó sus brazos para devolverles la fuerza y la elasticidad que habían perdido al estar atados tanto tiempo.

Quitó el cuchillo a Beowald y cortó la ligadura de sus tobillos. Al ponerse en pie perdió el equilibrio. Las tiras de cuero se habían introducido profundamente en su carne y tenía las piernas doloridas y entumecidas. Pero en un nuevo intento consiguió mantenerse firme y llegar hasta Paul. En un instante el niño recobró su libertad de movimientos, y se dirigió a la entrada del pasadizo.

—¡Pronto, Ranni! —gritó—. ¡Desata a los demás si no quieres que muramos todos ahogados!

Tan rápidamente como pudo, Ranni cortó las ligaduras que inmovilizaban a sus compañeros. Todos corrieron a través del agua que les llegaba ya más arriba de las rodillas. La cueva se llenaba de agua con gran rapidez.

Ranni se apoderó de la antorcha que se habían dejado los bandidos en un saliente de la pared rocosa y que iluminaba toda la cueva, y la mantuvo de modo que todos pudiesen ver la entrada del estrecho pasadizo que conducía hacia arriba, hacia el sótano del templo, lejos del agua. Beowald ya había desaparecido en el pasadizo, deseoso de llegar cuanto antes a la ladera de la montaña, terreno que conocía tan bien. Bajo tierra se sentía perdido, desorientado.

Ranni iluminó con la antorcha toda la cueva de la cascada por última vez y se dio cuenta de que aquello que temía que ocurriese estaba a punto de ocurrir. ¡Todo el techo de la gran cueva empezaba a ceder! La presión y el peso del agua que había encima y que intentaba penetrar por la abertura que ya se había ido ensanchando, eran aún excesivos. El agua necesitaba una salida mucho mayor. La lluvia que había caído a mares sobre la montaña tenía que salir por alguna parte: corría por sus cauces subterráneos habituales, pero estos cauces eran esta vez pequeños. El agua todo lo derribaba a su paso. El techo de la cueva cedería también a su enorme presión.

Con gran estruendo cedió el techo, y tras él cayó la mayor masa de agua que Ranni había visto en su vida. Lanzó un grito de horror y corrió por el estrecho pasadizo siguiendo a los demás. Temía que el agua hundiera también el pasadizo y los atrapara antes de que llegasen al sótano del templo.

—¿Qué ocurre, Ranni? Di, ¿qué ocurre? —gritó Paul al oír el grito que su servidor había lanzado.

—¡Corred! ¡Corred! ¡Se ha desplomado el techo de la cueva y todo se está inundando! —respondió Ranni, jadeante—. ¡Es muy posible que se inunde también este pasadizo antes de que el agua encuentre otro camino de salida hacia abajo! ¡Corre, Paul! ¡Corre, Mike!

Los seis estaban aterrados. Corrieron tanto como les fue posible, avanzando a trompicones por el áspero camino. Beowald era el más asustado de todos. Temía caerse; le daba miedo lo desconocido, y más aún el rugido del agua que los perseguía.

La masa líquida había encontrado el estrecho pasadizo y subía por él. Ranni oía el chapoteo del agua muy cerca de sus talones. Instigaba a sus compañeros vociferando, y ellos, dominados por el pánico, avanzaban a trompicones por el oscuro y sinuoso pasadizo.

«Por suerte este pasadizo no cesa de subir —pensó Ranni al llegar a un punto en que la pendiente se acentuaba—. ¡Ahora ya estamos a salvo! El agua no puede llegar a esta altura. Nunca más podrá entrar nadie en la cueva de la cascada. Estará siempre llena de agua, al haberse hundido el techo.»

Al fin llegaron al sótano del templo. Todos se echaron en el suelo, temblando de

pies a cabeza. Seguramente nunca habían estado en una situación tan desesperada.

—Si Beowald no hubiese llegado en aquel momento, todos nos habríamos ahogado —dijo Paul con voz trémula—. ¡Oh, Beowald, qué oportunamente has llegado!

A lo lejos, en el fondo del pasadizo, se oía aún el sordo estruendo del agua. Dominándolo, se oyó la voz clara de Beowald que decía:

—Los campesinos han bajado a este sótano y han llegado a la cueva de la cascada, pero no os han encontrado. Aún siguen buscando por la ladera de la montaña. Yo estaba tan intranquilo, que he vuelto al templo y he decidido bajar, a pesar de que me daba miedo. ¡Y os he encontrado!

—¡Qué aventura tan emocionante! —exclamó Mike, que empezaba a sentirse héroe—. ¡Hemos estado en el Bosque Secreto, Beowald!

—¡Eso es maravilloso! —dijo el ciego—. ¡Ningún hombre ha estado allí antes que vosotros!

—¡Eso no, Beowald! —dijo Paul—. Los bandidos viven allí, y seguramente desde hace muchos años. Oye, Ranni, ¿crees que los bandidos podrán seguir pasando por el río subterráneo para salir de este anillo de montañas?

—No —aseguró Ranni—. ¡Nos hemos librado de ellos para siempre!

Poco a poco, los muchachos fueron dejando de temblar y sus corazones empezaron a latir más despacio. Pronto fueron capaces de mantenerse en pie. Mike se levantó y vio que había recobrado por completo sus fuerzas.

—Estoy deseando regresar al castillo —dijo— para ver a mis hermanas y contarles nuestra gran aventura. ¡Cómo nos envidiarán!

—Pues yo deseo regresar para comer —dijo Paul—. Tengo un hambre atroz. Le diré a Yamen que me prepare una buena comida.

Al pensar en la comida todos sintieron el deseo de seguir adelante. Ranni se levantó y ayudó a Paul a ponerse de pie.

—Vámonos —dijo—. ¡Pronto llegaremos a casa!

Uno tras otro, fueron subiendo por la cuerda que conducía al templo. Sus pies se apoyaban en los salientes de las paredes rocosas, lo que facilitaba su ascensión. Poco después los seis estaban en el templo.

Reinaba en él una oscuridad impropia de la hora. Ranni se asomó al exterior.

—¡No podemos salir de aquí! —dijo, desilusionado—. ¡Hay mucha niebla! No veríamos ni siquiera nuestras manos como no las pusiéramos a un palmo de nuestros ojos. No tardaríamos más de dos minutos en perdernos.

—Tendremos que quedarnos aquí hasta que la niebla se disperse —dijo Pilescu—, cosa que temo que no ocurra hasta dentro de varias horas. Cuando la niebla de montaña es tan espesa, suele durar mucho.

—¡Oh, Pilescu! No quiero quedarme aquí, estando ya tan cerca de casa —dijo

Paul con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Es necesario que volvamos al castillo! Tengo hambre. No puedo estar aquí ni un minuto más.

Jack miró al cabrero ciego, que escuchaba sin decir palabra.

—Beowald puede guiarnos —dijo, y añadió dirigiéndose al cabrero—: Tú conoces los caminos de noche. También has de saber por dónde vas cuando la niebla es muy espesa. ¿Verdad que lo sabes, Beowald?

Beowald asintió: —sí, lo sé. Si lo deseáis os llevaré al castillo de Killimooiin. ¡Mis pies conocen el camino! ¿Es muy espesa la niebla? Noto que hay niebla, pero no si es espesa o clara.

—Es la más densa que he visto en mi vida —dijo Pilescu—. Ni siquiera a ti me atrevo a confiarme.

—Conmigo iréis seguros —dijo el cabrero.

Sacó su pequeña flauta y empezó a tocar una de sus extrañas melodías. Al punto apareció ante la cueva una gran cabeza cornuda. Todos dieron un salto de sorpresa y horror.

—¿Estás aquí, amiga mía? —preguntó Beowald cuando oyó el chasquido de las pezuñas de su cabra—. No te muevas de mi lado. Entre los dos conduciremos a estos amigos por la montaña con toda seguridad.

—¡Daos la mano —ordenó Ranni— y no os soltéis! Si ocurriera algo que os obligara a separaros, gritad sin descanso. Así no perderemos el contacto entre nosotros. ¡Ya hemos pasado bastantes malos ratos hoy!

Todos enlazaron sus manos. Beowald salió de la cueva tocando la flauta y asido con su mano izquierda a la manaza de Ranni. Detrás de éste iba Paul, luego Mike, después Jack y finalmente Pilescu, todos firmemente encadenados con sus manos.

—Cualquiera diría que vamos a jugar al corro —exclamó Jack riendo.

—Sí, pero pasemos por alto ese momento en que todos se sueltan —advirtió Mike—. Sería peligroso respetar esta regla del juego.

Todos se sentían felices ante la idea de llegar pronto a casa. La música plañidera de Beowald no cesaba, y el cabrero los conducía a través de la niebla, dando tumbos por la pendiente de la montaña. Dos o tres veces, uno de los niños cayó y se soltó de las manos de los otros. En seguida empezó a gritar, la caravana se detuvo e inmediatamente se formó la cadena de nuevo.

Fue lento y penoso avanzar a través de la densa niebla. Apenas se veían los que se daban la mano. Sólo Beowald caminaba tranquilo y seguro. ¡Veía con los pies!

—No vayas tan de prisa, Beowald —le dijo Ranni tras una caída del príncipe—. Recuerda que no vemos ni siquiera nuestros pies.

«¡Tampoco Beowald ve los suyos! —pensó Mike—. ¡Este muchacho es un portento! ¿Qué habríamos hecho sin él?»

Durante más de hora y media descendieron penosamente. Al fin Ranni gritó:

—¡Ya llegamos! Oigo cloquear las gallinas en los gallineros que están detrás del castillo, y también los ladridos de uno de los perros. ¡Animo, Paul! ¡Ya estamos en casa!

Llegaron ante la gran escalinata. La subieron a trompicones, a causa del cansancio. Beowald desapareció con su cabra. Sus amigos no advirtieron su desaparición. Estaban demasiado emocionados al verse en casa sanos y salvos. ¡Al fin habían llegado al castillo de Killimoooin! Golpearon con impaciencia el portón decorado con grandes clavos.

CAPÍTULO XX EL FIN DE LA AVENTURA

La puerta se abrió y vieron a Yamen. Nora y Peggy estaban pegadas a ella. Lanzando gritos de alegría, las dos niñas abrazaron a los chicos. Yamen estaba profundamente emocionada. ¡Los que se daban por perdidos habían vuelto! Los hizo entrar y echó a correr escaleras arriba gritando a pleno pulmón:

—¡Majestad! ¡Han regresado! ¡El príncipe está sano y salvo!

Toda la servidumbre se reunió para oír el relato de los viajeros. Los criados asomaban la cabeza por las puertas. Los niños más pequeños, en brazos de sus ayas, miraban con ojos muy abiertos a aquellos chicos mal vestidos y sucios y a los dos gigantescos baronianos. Tooku, con el brazo todavía vendado, llegó corriendo desde la cocina. La agitación era general.

—¡Hemos estado en el Bosque Secreto! —anunció Paul con orgullo. Ya se había olvidado de su fatiga y de su hambre. Era el príncipe de Baronia que había ido a rescatar a sus hombres y volvía con ellos.

—¡El Bosque Secreto! —repitió Yamen, pasmada. Y toda la servidumbre suspiraba y movía la cabeza. ¡Verdaderamente, su príncipe era un gran príncipe!

—¡No puedo creerlo, Paul! ¡Es imposible que hayáis estado en el Bosque Secreto! —exclamó la Reina. Y miró a Ranni y a Pilescu, que sonreían y asentían.

—Madre, es verdad —dijo Paul—. Descubrimos que a Ranni y Pilescu los habían capturado los bandidos y que los raptos se los habían llevado hacia el fondo de la montaña por el templo. Allí un río corre por debajo de la tierra, y junto a su cauce está el único camino que permite llegar al Bosque Secreto.

Poco a poco fueron contando la aventura. Todos escuchaban maravillados.

Cuando Paul explicó que el techo de la cueva se había hundido y que habían estado a punto de morir ahogados, su madre lo tomó entre sus brazos y empezó a derramar lágrimas sobre su cabeza. Pero Paul la apartó, indignado.

—¡Madre, suéltame! No soy un bebé para que llores por mí.

—¡Claro que no, señor! ¡Sois un héroe! —exclamó Yamen con profunda admiración—. Voy a prepararos una comida digna del más noble príncipe que ha tenido Baronia.

Dio media vuelta y se dirigió a la cocina, donde preparó un banquete verdaderamente regio. ¡Pequeño príncipe Paul! ¡Qué gran príncipe era! Yamen estaba maravillada ante las hazañas de su príncipe y también ante el valor de los dos niños ingleses. Preparó con esmero toda clase de pasteles. ¡Les serviría una comida que no podrían olvidar!

—¿Dónde está Beowald? —preguntó la Reina después de haber oído explicar una y otra vez que Beowald había aparecido en el momento oportuno para conducirlos fuera de la cueva antes de que ésta se llenara de agua—. He de dar las gracias a

Beowald, y también una recompensa.

—¿No ha entrado con nosotros? —preguntó Jack.

No, Beowald no estaba allí; estaba lejos, en plena montaña, tocando la flauta para su rebaño y oculto por la niebla.

—Madre, me gustaría que Beowald viviera aquí conmigo —dijo Paul—. Lo quiero y me encanta oír sus extrañas melodías. Ésta puede ser su recompensa.

—Si él acepta, no tengo nada que oponer —dijo la Reina, aunque suponía que el cabrero ciego no aceptaría tal recompensa—. Ahora debéis lavaros y arreglaros para la comida. ¡Oh, qué contenta estoy de que no os haya ocurrido nada y de teneros de nuevo a mi lado!

Media hora después los viajeros tenían un aspecto muy diferente. Volvían a estar limpios y en sus ropas no se veían desgarros ni manchas. Pero a las niñas les pareció que daban muestras de cansancio. Aunque quizá lo que tenían era sólo hambre.

Yamen les había preparado una comida extraordinaria. El aroma de los manjares llegaba al comedor, procedente de la gran cocina, y los cinco viajeros se impacientaban esperando el primer plato. Éste fue una sopa deliciosa que por sí sola constituía un festín.

Nunca habían comido tanto los niños. También Ranni y Pilescu consumieron grandes raciones. El primero en dejar de comer fue Paul. Soltó su cuchara y lanzó un suspiro. No pudo acabar con la crema que tenía en el plato.

—No puedo más —dijo.

Se le cerraban los ojos. Pilescu lo tomó en brazos para llevarlo a la cama. Paul se defendió débilmente aunque estaba ya casi dormido.

—¡Suéltame, Pilescu! ¡No quiero que me lleves en brazos! ¿Cómo te atreves a tratarme como si fuera un muñeco?

—¡No sois un muñeco ni mucho menos, señor! —dijo Pilescu—. Nos habéis rescatado a Ranni y a mí con vuestro valor y vuestra prudencia. ¡Sois un león!

A Paul le gustó mucho el calificativo.

—Pero Mike y Jack son también leones —dijo, lanzando un gran bostezo. Y antes de llegar a su dormitorio ya se había dormido.

Las niñas no soltaban a Mike ni a Jack. Les hacían mil preguntas y les obligaban a contar su aventura una y otra vez.

—¡Estábamos muy preocupadas por vosotros! —dijo Nora—. Cuando han vuelto los campesinos y han dicho que no os habían encontrado nos hemos quedado heladas. ¡Y qué terrible fue la tempestad! Pedíamos a Dios que estuvierais resguardados.

—Pues no lo estábamos —dijo Jack, recordando aquellos momentos—. Y aquella tempestad, aquella lluvia torrencial fueron la causa de que la cascada de la cueva aumentara de tal modo, que se desbordó el río que nace de ella. ¡No sé si los bandidos se habrán salvado! ¿Conseguirían llegar hasta donde habían dejado la balsa, subir a

ella y lanzarse río abajo a sesenta por hora? Misterio.

—Ahora, Mike y Jack, debéis acostaros —dijo Ranni, llegando en este momento—. Paul está ya profundamente dormido. Estos días han sido muy duros para vosotros y necesitáis descansar.

Cuando despertaron a la mañana siguiente, los niños apenas podían creer que sus aventuras fuesen verdad. Estaban acostados, mirando al techo. Se sentían entumecidos, pero muy felices. Habían rescatado a Ranni y a Pilescu. Habían descubierto a los bandidos y habían estado en el Bosque Secreto. Todo esto los llenaba de satisfacción.

—Mamá, quiero ir montaña arriba en busca de Beowald —dijo Paul durante el desayuno—. Le diré que deje sus cabras y se venga a vivir conmigo. Cuando regresemos al gran palacio él vendrá con nosotros. No olvidaré nunca lo que ha hecho por mis amigos y por mí.

—Id todos con Ranni y Pilescu —dijo la Reina—. Aún temo que puedan aparecer los bandidos.

—No temas —dijo Paul—. ¡Nunca los volverás a ver! Ranni, ¿quieres venir con nosotros? Vamos a ir en busca de Beowald.

Ranni dijo que sí. Tanto él como Pilescu tenían buen aspecto a pesar de su agotadora aventura. Lo único que no estaba de acuerdo con la buena apariencia de Ranni era aquel gran chichón que aún tenía en la cabeza.

La niebla había desaparecido. En la montaña la atmósfera era clara y soleada. Las agudas cumbres se recortaban nítidas sobre el azul del cielo. Los cinco niños, acompañados por Ranni y Pilescu, subieron en sus potros y emprendieron la marcha ladera arriba.

Llegaron al templo al cabo de una hora. Pero Beowald no estaba en aquellos parajes. Ranni gritó con toda la potencia de su vozarrón:

—¡Beowald! ¡Beowald!

Por toda respuesta oyeron una música clara y alegre que llegaba de lejos. Se sentaron a esperar al cabrero. Paul estaba ya planeando un uniforme para Beowald. Quería demostrarle lo que era la gratitud de un príncipe.

Pronto oyeron muy cerca la música de la flauta. Luego, en un recodo del camino apareció un grupo de cabras, a cuya cabeza iba la vieja cabra de retorcidos cuernos.

—¡Ya llega! —dijo el príncipe.

Y corrió a su encuentro. Beowald se sentó con el grupo, y preguntó a sus amigos cómo estaban después de su gran aventura.

—¡Oh, Beowald! ¡Pasamos horas emocionantes! —exclamó Paul—. No sé qué habría sido de nosotros sin tu ayuda. Quiero recompensarte. Todos te estamos muy agradecidos, pero yo más que nadie.

—No me hables de recompensas, príncipe —dijo el cabrero. Y se puso a tocar

una melodía en su flauta.

—Beowald, quiero que vengas a vivir a mi lado —dijo Paul—. Estarás conmigo en el gran palacio y llevarás un bonito uniforme. Ya no tendrás que guardar cabras en la montaña. ¡Serás mi acompañante y mi amigo!

El ciego Beowald fijó en el príncipe sus ojos vacíos. Movi6 la cabeza negativamente y dijo sonriendo:

—¿Crees que así puedes hacerme feliz, príncipe? Pues has de saber que me moriría de pena viviendo bajo un techo y en un lugar para mí desconocido. Las montañas son mi casa. Las conozco y ellas me conocen. Conocen las huellas de mis pies y yo conozco la melodía de sus vientos y de sus arroyos. Además, mis cabras me echarían de menos, sobre todo esta vieja amiga de rizados cuernos.

La vieja cabra había permanecido junto a Beowald durante su conversación y lo escuchaba como si lo entendiera todo. Golpeó el suelo con su pezuña y se acercó más al cabrero como si le dijera: «¡Amo mío, estoy de acuerdo contigo! ¡Pertenece a estas tierras! ¡No te vayas de aquí!»

—¡Yo quería recompensarte! —dijo Paul, desilusionado.

—Si quieres recompensarme, príncipe —dijo Beowald sonriendo—, ven a verme de vez en cuando y permíteme que toque la flauta. Tocaré para ti todas las piezas que te gusten. Esto será para mí la mejor recompensa. Y haré una flauta y te la regalaré para que aprendas a tocar las canciones de las montañas y te las llesves al gran palacio.

—¡Oh, cómo me gustará eso! —dijo Paul, que ya se veía tocando la flauta ante todos los alumnos del colegio que lo mirarían y escucharían con admiración—. ¡Tienes que enseñarme todas las piezas que conoces, Beowald!

—Entremos en el templo a echar un vistazo —dijo Jack.

Todos entraron, pero Ranni y Pilescu no permitieron a los niños bajar al sótano.

—No —dijeron—, no más aventuras. Durante estos días hemos tenido suficientes para llenar toda una vida, o por lo menos bastantes para los dos meses de vacaciones.

—¡Ahora nadie podrá visitar el Bosque Secreto! —dijo Mike—, ya que el único camino para llegar a él ha desaparecido. El agua impedirá siempre que las personas atraviesen la montaña por el reborde del río subterráneo que conduce a ese bosque misterioso.

—¡Y los bandidos nunca podrán salir del Bosque Secreto! —dijo Jack—. Tendrán que vivir allí año tras año. Formarán un pueblo perdido, como un mundo aparte.

—Tal vez sea ése el castigo que merecen los bandidos —dijo Nora, pensativa—. Será para ellos como estar en una gran cárcel de la que nunca podrán salir. Y se habrán terminado sus asaltos y sus robos.

—Nunca volveremos a ver el Bosque Secreto, ese lugar tan lleno de misterio y de emoción —dijo Mike, apenado.

Pero se equivocó. Lo volvieron a ver. En los últimos días de aquel magnífico

veraneo, cuando llegaron sus padres en la «Golondrina Blanca» para recoger a los niños, Ranni los llevó un día a todos de excursión en el gran avión azul y plateado y voló sobre las montañas de Killimoooin y por encima del Bosque Secreto.

—¡Ahí está, papá! —gritó Mike—. ¡Míralo! Se ve el sitio por donde sale el río de la montaña. Vuele más bajo, Ranni. ¡Mira! Por aquí entra en el Bosque Secreto, luego describe una cerrada curva y finalmente desaparece por la boca de un enorme pozo y cae en el corazón de la tierra.

El avión volaba en aquel momento tan bajo, que casi rozaba las copas de los árboles. Los bandidos oyeron el estruendo de las hélices, y algunos salieron del bosque y levantaron la vista al cielo.

—¡Ahí hay un bandido!... ¡Y otro!... ¡Y otro! —gritó Paul—. ¡Adiós, pueblo de los ladrones! ¡Tendréis que pasar en el Bosque Secreto el resto de vuestras vidas!

El avión se remontó dejando allá abajo el Bosque Secreto. Luego volvió a pasar sobre las montañas de Killimoooin. Los niños lanzaban suspiros de satisfacción.

—¡Han sido unas vacaciones inolvidables! —dijo Nora—. Ya estoy pensando en nuestras próximas aventuras. ¿Cómo serán?

—Ya habéis tenido bastantes aventuras —dijo Ranni.

Pero ellos están convencidos de que tendrán muchas más. ¡Son unos niños que han nacido para correr aventuras!

FIN



ENID BLYTON (Londres, Gran Bretaña, 1897 - Londres, Gran Bretaña, 1968). Enid Mary Blyton Pollock Darrell Waters, nacida Enid Mary Blyton fue una prolífica escritora inglesa de literatura infantil de más de 600 novelas con su nombre de soltera Enid Blyton y su nombre de casada Mary Pollock.

Enid Mary Blyton nació el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich, Londres, Inglaterra, la hija mayor de Thomas Carey Blyton (1870-1920) y Theresa Mary, nacida Harrison (1874-1969), que tuvieron además dos hijos; Hanly Blyton (1899-1983) y Carey Blyton (1902-1976). Estaba muy unida a su padre, por lo que la afectó mucho que abandonase a su esposa, para irse a vivir con otra mujer.

De 1907 a 1915 estudió en la St. Christopher's School en Beckenham, donde fue siempre la primera de su clase. Adoraba el deporte y la literatura y despreciaba las matemáticas. Aprendió a tocar el piano, en lo que demostraba algún talento, pero dejó sus estudios musicales para formarse como profesora. Durante cinco años fue institutriz en Bickley y Surbiton y consagraba su tiempo libre a la escritura.

Tras la Primera Guerra Mundial, publicó su primer libro, poético, *Murmullos de niño* (*Child Whispers*) en 1922. Fue en su editorial George Newnes, dónde conoció a Hugh Alexander Pollock (1888-1971), un distinguido héroe de guerra que trabajaba como editor. Hugh, estaba divorciado de su primer esposa Marion Atkinson, con quien había tendido dos hijos: William Cecil Alexander (1914-1916) y Edward Alistair (1915-1969). La muerte de su primogénito, la infidelidad de su esposa y posterior

divorcio, le habían hecho caer en una depresión y el alcoholismo, que arrastraría a lo largo de toda su vida.

Enid y Hugh contrajeron matrimonio el 28 de agosto de 1924, y se instalaron en Buckinghamshire, finalmente adquirieron una propiedad, «Green Hedges», en Beaconsfield, el nombre de la propiedad fue escogido por sus lectores en un concurso. El matrimonio tuvo dos hijas: Gillian Mary (1931-2007) e Imogen Mary (n. 1935). A mediados de los treinta Enid sintió deseos de convertirse a la fe católica, pero desistió a causa de las renunciaciones que tendría que hacer en su vida. Dio sin embargo a sus hijos una educación religiosa.

A comienzos del año 1938 su marido enfermó de neumonía y estuvo hospitalizado varios meses. El matrimonio estaba distanciado, y Enid no tardaría en iniciar una serie de breves romances. Además, debido a la segunda guerra mundial, su marido se reincorporó al ejército como Comandante instructor y asesor de Winston Churchill, por lo que apenas se veían. Cuando su marido fue herido durante unas maniobras, Enid no lo visitó durante la convalecencia, pero sí lo hizo Ida Crowe, otra escritora, que había obtenido gracias él un puesto como secretaria civil. Mientras, Enid había conocido a un cirujano, Kenneth Fraser Darrell Waters (1892-1967), con quien inició una relación romántica en 1941. En 1942, su marido decidió que debían divorciarse, pero Enid no quería dañar su imagen pública. Su marido aceptó declararse culpable de adulterio para acelerar el divorcio. El 20 de octubre de 1943, Enid y Kenneth se casaron, entonces hizo tomar a sus hijas el apellido de Darrell Waters, prohibiendo a su padre tener contacto con ellas. Seis días después que su exesposa, Hugh se casó con Ida Crowe, con quien tuvo una hija, la también escritora y editora, Rosemary Pollock.

En el curso de los veinticinco años siguientes Enid publicó sus novelas más célebres y, tras la muerte de su segundo marido, la salud de la escritora se degradó muy rápidamente; aquejada de mal de Alzheimer se internó en la clínica de Greenways (en Hampstead), y murió tres meses más tarde. Sus cenizas reposan en el crematorio de Golders Green.

Su hija menor Imogen Smallwood, publicó en 1989 una autobiografía sobre su infancia *A Childhood at Green Hedges*, donde describía a su madre como una persona emocionalmente inmadura, sin embargo su hija mayor Gillian Baverstock, siempre defendió su imagen y sobre todo su trabajo, publicando a su vez un libro sobre su madre en 1997. Ida Pollock, la tercera esposa de su primer marido, también la criticó su carácter en su autobiografía *Starlight*, publicada en 2009 a los 100 años.

En 2009 la BBC realizó una película basada en la vida de Enid Blyton con Helena Bonham Carter como protagonista, con Matthew Macfadyen como Hugh Alexander

Pollock y con Denis Lawson como Kenneth Fraser Darrell Waters.

Su obra literaria, centrada en el mundo preadolescente, se caracteriza sobre todo por el recurso a pandillas formadas por varios niños que actúan por lo general al margen de los adultos del lugar, con frecuencia como detectives; también ha realizado series muy populares sobre centros educativos femeninos en régimen de internado. Sus libros han tenido gran éxito en muchos países, existiendo traducciones al alemán, chino, finlandés, francés, eslovaco, español, hebreo, holandés, japonés, malayo, portugués y sueco, entre otros cerca de noventa idiomas. Según el *Index Translationum* (datos de febrero de 2007), es el quinto autor más popular del mundo, con más de 3300 traducciones de sus obras y más de 400 millones de copias vendidas.

Esta popularidad no se acompaña del respeto de la crítica literaria, que tiende a reprocharle la escasa imaginación exhibida (repite constantemente sus fórmulas narrativas), el abuso de los tópicos en la caracterización psicológica, muy superficial, y la pobreza de su estilo y de su léxico, que no favorece el desarrollo de la afición por la literatura. Se trata, a grandes rasgos, de un tipo de literatura que «no alimenta y engorda». También ha sido acusada de recurrir con excesiva frecuencia, a la hora de dibujar los «malos» de sus obras, a estereotipos étnicos que denotan un cierto racismo larvado y subyacente.

Entre sus creaciones más famosas se cuentan Noddy, un hombrecillo de madera que vive en una diminuta casa en el mundo imaginario de *Toyland*, y la serie de 21 novelas de *Los cinco* publicada entre 1942 y 1963, protagonizada por los adolescentes hermanos Julian, Dick y Anne; su prima Georgina y el perro de ésta, Tim, que hacen de detectives en historias que combinan el misterio y la aventura.

La obra de Enid Blyton se puede dividir en tres tipos bien diferenciados:

- Aquéllos en los que niños normales se ven envueltos en situaciones extraordinarias, resolviendo crímenes, desvelando misterios y viviendo toda clase de aventuras. En este tipo se incluyen las series de *Los Siete Secretos*, *Los Cinco*, *Aventura*, *Secreto*, *Misterio* y *Misterios de Barney «R»*, conocida así porque su protagonista se llama Barney y todos sus títulos comienzan por la letra «R» en el original inglés.
- El segundo tipo de sus obras se desarrolla en internados femeninos y su trama hace más énfasis en el día a día en estos colegios, con la interacción social de varios tipos de caracteres. Aquí se engloban las series *Santa Clara* y *Torres de Malory*.
- El tercer tipo es la fantasía. En estos libros los niños se ven transportados a un mundo mágico en el que encuentran hadas, duendes, gnomos, elfos y otras

criaturas fantásticas.